

Antonio García Cubas

Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos. Tomo I

Miguel León-Portilla (estudio introductorio)

Edición facsimilar

Aguascalientes

Instituto Nacional de Estadística y Geografía/
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
El Colegio Nacional

2015

XI + [XX + 469] p.

Ilustraciones

ISBN 978-607-739-765-6 (obra completa)

ISBN 978-607-739-776-2 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de noviembre de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diccionario_garcia_cubas/680t1A-B.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

denominada) de poco más de $\frac{1}{2}$ milla de largo, con una anchura máxima de 2 cables (480 pies) y unos 250 pies de altura. Se une dicha isleta con la principal por un bajo rocalloso; y entre su extremidad N. y la de Mejía, hay un canal de 150 yardas de ancho, con profundidad media de $8\frac{1}{2}$ brazas, el cual comunica entre sí los dos puertos de la bahía del Refugio.

El puerto del lado occidental de ésta tiene un poco más de una milla de extensión de NE. á SO. (magnético) con una anchura media de cerca de media milla. Puede tomarse, ó por su extremidad SO. entre la punta meridional de la isla Mejía (llamada Punta Monumento) y un grupo de rocas adyacentes por el través de la punta NO. de la del Angel de la Guarda, ó por su extremidad NE. (del puerto de que se trata) con viento favorable, ó en vapor, por el canal antes descrito, que media entre la isla Mejía y la isleta que entre esta y la costa del Angel de la Guarda existe.

Como á $\frac{1}{4}$ de milla al O. de la punta NO. del Angel de la Guarda hay un grupo de rocas muy peligroso, ahogadas y á flor de agua en la baja mar, cuyo límite exterior ú occidental está cuando menos á $\frac{1}{2}$ milla de la mencionada punta. El paso que media entre dicho bajo y la costa de la isla no es recomendable de modo alguno.

Sail Rock (roca de la vela). Es un peñasco de figura cónica, con agudo remate de unos 167 pies de altura, que se halla situado á $1\frac{1}{4}$ millas al SO. $\frac{3}{4}$ S. (magnético) de Punta Monumento, (extremidad meridional de la isla Mejía), con 16 brazas de agua en su redoso.

Para entrar al puerto occidental de la bahía del Refugio, hallándose al N. de la Roca de la Vela (Sail Rock) que acaba de describirse, gobiérnese al punto medio de la entrada, guardando en enfilamiento la Roca Blanca del puerto del E. con la extremidad S. de la isla que separa ambos puertos, hasta traer á la punta oriental de la isla Mejía en rumbo al N. cuarta E. $\frac{3}{4}$ E. (magnético), en cuya posición se halla el mejor fondeadero por 6 á 7 brazas de agua, con fondo de arena y conchas. Si se deseara pasar de este fondeadero al puerto del E., deberá gobernarse proa á la punta N. de la isla mencionada que separa los dos puertos, hasta traer la parte media del canal que hay entre dicha isla y la de Mejía á rumbo de N. cuarta E. $\frac{1}{4}$ E. (magnético), y gobernando así se llegará á un paraje con 4 brazas de agua.

Pululan en la isla, objeto de este artículo, las iguanas y también las víboras de cascabel, de las cuales se vieron algunos ejemplares en los hoyos de las playas. Aun cuando no se ha hecho hasta ahora un reconocimiento de esta isla, por las indicaciones de sus costas se presume que no tiene veneros ni corrientes de agua.

Según la compilación hidrográfica de Imray titulada: "El Piloto del Pacífico del N." la punta meridional de la isla México, se halla en latitud $29^{\circ} 33' 7''$ N. y longitud $111^{\circ} 32'$ O. (en la carta núm. 2,248 edición de 1879 del almirantazgo británico se halla un buen plano de la bahía ó puerto del Refugio)."

Según la carta núm. 620 de la Oficina hidrográfica de los E. U., he aquí las posiciones geográficas de varios puntos de las costas de la isla del Angel de la Guarda:

Punta extrema del S., latitud $28^{\circ} 58' 10''$ N. y longitud $113^{\circ} 8' 30''$.

Punta extrema del NO., latitud $29^{\circ} 26' 30''$ N. y longitud $113^{\circ} 36' 50''$.

Punta Roca, $29^{\circ} 15'$ N. y longitud $113^{\circ} 12' 30''$ O.

Todo el contenido del artículo que precede, relativo á la isla del Angel de la Guarda, ha sido, ó extractado, ó tomado del Libro núm. 56 de la Oficina hidrográfica de los E. U. relativo á la costa occidental de la República.

Las mareas vivas suben hasta 13 pies en la bahía del Refugio, y la variación magnética en ella observada en 1877 fué de $12^{\circ} 30'$ E. con diferencia anual de 2° .

Angeles. Villa de la municipalidad de Noria de Angeles, partido de Pinos, Estado de Zacatecas.

Angeles. Hacienda de la municipalidad de Fronteras, Distrito de Arizpe, Estado de Sonora.

Angeles (Bahía de los). Litoral de la República en el Golfo de California, costa oriental de la Península del mismo nombre.

La bahía así llamada es una hermosa extensión de agua, que ocupa una área de 25 millas. Casi completamente cerrada, se halla además protegida contra viento y mareas por un grupo de islas é islotes en número de quince, situados en sus lados E. y NE. Su costa es, en casi toda su extensión, una playa arenosa interceptada por una, dos ó tres puntas rocallosas solamente, y en su lado meridional hay un espacio de bajo fondo que se extiende á alguna distancia de la playa.

Varios son los pasos seguros para la entrada á esta bahía que vamos á describir detalladamente.

El paso de más al S. se halla entre Punta Colorada (que es un promontorio rocalloso del color de su nombre), y dos pequeñas islas de 50 á 70 pies de altura, que están situadas á unos 3 cables al N. de dicha punta, cuyo canal se cree generalmente que es enteramente limpio de escollos insidiosos, y tiene una profundidad media de 25 brazas.

Otro paso, que se considera también perfectamente seguro, se halla al N. de las dos islas mencionadas y entre ellas y una isla grande de color rojo oscuro, en cuyo lado meridional hay un cerro de 225 pies de altura que tiene un monumento de piedra; y dicho paso tiene media milla de ancho, y de 20 á 30 brazas de profundidad en su parte media.

Por el N. de la isla, últimamente mencionada, hay otro paso que no es recomendado, y al contrario, está marcado como *peligroso* en las cartas hidrográficas de los Estados Unidos; pues existen en su trayecto muchas rocas ahogadas y peñascos á flor de agua, con mucha profundidad en su rededor. En el lado N. de este paso, hay un grupo de islas cuya altura es entre 90 á 125 pies, con mucho fondo entre ellas, y también en el espacio que las separa de la costa firme.

El paso de más al N., se encuentra entre la isla Smith (que es la más extensa y la más septentrional de las que se hallan por el través de la bahía de los Angeles), y una lengüeta larga de tierra que se desprende de la costa y corre en dirección SO. hasta terminar en una punta rocallosa; y á la altura de ésta el paso queda en ella y el grupo de islas ya mencionado. Tiene este paso una anchura de poco más de una milla, y es limpio en todas sus partes, excepto en un punto, como á la mitad del largo de la referida isla Smith, en donde se hallan unas rocas insidiosas, situadas á tres cuartos de milla de dicha isla, y estrechan el canal á poco menos de 9 cables, en el cual se navega en 10 brazas de agua.

En general ninguno de los mencionados pasos debe intentarse, si no se tiene bien á la vista la costa, que en resumen es la mejor guía para aventurarse en ellos.

Las instrucciones para entrar á la bahía de los Remedios son las siguientes, según el libro núm. 56 de la Oficina Hidrográfica de los Estados Unidos, del cual hemos extractado los datos anteriores.

Viniendo del S. lo mejor es seguir la línea de la costa, y decidirse por el paso más meridional (ya descrito), entre Punta Colorada y las dos pequeñas islas mencionadas. Consérvese á medio canal hasta pasar dicha punta, y entonces gobiérnese al O. (magn.) en demanda del mejor fondeadero, que se encuentra en la boca de una pequeña caleta formada por una baja lengüeta de arena que sobresale poco más de media milla de la línea de la costa rumbo al S. Al venir en demanda de este paso (el más meridional) tráigase una notable montaña que se conoce con el nombre de "Cumbre redonda" (round Top.) que tiene una altura de 3,423 pies, y está situada á dos millas de la costa occidental de la bahía, á demora en rumbo SO, cuarta O. $\frac{1}{4}$ O. [magn.] y

póngase proa á ella, y gobiérnese así hasta enfrentar la mencionada Punta Colorada, conservándose á medio canal hasta pasar ésta.

Viniendo del N., en demanda de la misma bahía, sígase también la costa, pasando entre ella y la isla de Smith, acercándose lo más posible á los altos promontorios del extremo SE. de la lengua de tierra que se proyecta por frente de dicha isla, con el fin de evitar las insidiosas rocas que como queda dicho se hallan á tres cuartos de milla de la costa occidental de la referida isla de Smith. Llegando al través de la extremidad de la mencionada lengua de tierra, gobiérnese al S. SO. para pasar entre ella y el grupo de islotes que le queda hacia el S. Pasadas dichas islas, sígase escapulando la costa teniendo cuidado de acercarse más las islas que ésta en resguardo del bajo que dicha costa despide en esa parte; y cuando la punta de la baja lengüeta de arena que forma la caleta arriba mencionada, demore al O. [magn.] gobiérnese directo al fondeadero.

Para pasar por el canal que queda al N. de las dos islas que forman el lado septentrional del paso de más al S. [ya descrito] todo lo que se requiere es conservarse en la línea de su centro, es decir, á la misma distancia de uno y otro de sus lados.

En la bahía puede obtenerse agua, de unos manantiales que se encuentran cerca del fondeadero al pie de la referida montaña de Cumbre Redonda, cuya exacta posición se marca por un gran grupo de malezas y arbustos.

Abundan en la bahía los peces y las tortugas, y en sus playas puede recogerse una buena provisión de ostras excelentes: se dice también que existen extensos bancos de ostras perlíferas, y que en sus cercanías se encuentran en profusión minerales de cobre, azufre, y plomos argentíferos.

En la parte septentrional de la bahía, entre la costa principal y la lengüeta de tierra ya mencionada, que se proyecta unas $3\frac{1}{2}$ millas en dirección SE., se forma una profunda caleta que hasta ahora no ha sido bien reconocida [1877].

La variación magnética observada en dicho año en la bahía de los Angeles, fué $12^{\circ} 20'$ E. con aumento anual de $+2'$ y allí la marea sube 12 pies.

Según las demarcaciones en la Carta núm. 620 de la Oficina Hidrográfica de los Estados Unidos, la montaña denominada "Cumbre Redonda" [Round Top.] se halla en latitud $28^{\circ} 54' 50''$ y longitud $113^{\circ} 36' 0''$ O., y la bahía tiene una extensión de $11\frac{3}{4}$ millas en dirección de N. NO. á S. SE.

Angeles (Los). Hacienda de la municipalidad de San Pedro Chenalhó, Departamento del Centro, Estado de Chiapas.

Angeles. Hacienda de beneficio de metales, municipalidad de Guadalupe, Estado y Partido de Zacatecas.

Angeles. Hacienda de la municipalidad de Horcasitas, Distrito de Ures, Estado de Sonora. Situada á 3 leguas al S. de Horcasitas, y á 71 al N. de Hermosillo, en la margen izquierda del río de San Miguel.

Angeles. Rancho del Distrito y municipalidad de Parras, Estado de Coahuila, con 12 habitantes.

Angeles. Rancho del Partido y municipalidad de Romita, Estado de Guanajuato, con 106 habitantes.

Angeles. Rancho de la municipalidad de Pueblo Nuevo, Partido de la Capital, Estado de Durango.

Angeles. Rancho de la municipalidad de Villa Lerdo, Partido de Mapimí, Estado de Durango.

Angeles. Rancho de la municipalidad de Mascoata, 10.º cantón del Estado de Jalisco.

Angeles (Los). Rancho de la municipalidad de Pueblo Nuevo, Solistahuacán, Departamento de Simojovel, Estado de Chiapas.

Angeles. Rancho de la municipalidad de San Fer-

nando de Presas, ó la Llave, Distrito del Norte, Estado de Tamaulipas.

Angeles. Rancho de la municipalidad de China, Estado de Nuevo León.

Angeles. Rancho de la municipalidad de Galeana, Estado de Nuevo León, con 20 habitantes.

Angeles. Rancho de la municipalidad y Distrito de Mier y Noriega, Estado de Nuevo León.

Angeles. Rancho del municipio y Partido del Maíz, Estado de San Luis Potosí.

Angeles. Rancho de la municipalidad de Hidalgo, Distrito del Centro, Estado de Tamaulipas.

Angeles. Rancho de la municipalidad de Soto la Marina, Distrito del Centro, Estado de Tamaulipas.

Angeles. Rancho de la municipalidad de Casas, Distrito del Centro, Estado de Tamaulipas.

Angeles de la Escondida. Rancho de labor, de la municipalidad de Iaredo de Tamaulipas, Distrito del Norte ó Matamoros, Estado de Tamaulipas.

Angeles. Mineral de la jurisdicción de Pinos, Estado de Zacatecas. Produce plata, plomo y fierro.

Angeles. Sierra del Estado de Sonora, Distrito del Altar, al occidente del mineral de Soñil.

Angeles (NUESTRA SEÑORA DE LOS). En el barrio de Coatlán, ó lugar de salitre, á un lado del famoso Tlal-telolco, antigua residencia de la nobleza tolteca, fundadora del poderoso imperio de México, se veía en 1595 una pequeña ermita, formada enteramente de adobes y cubierta de paja. En su pared principal estaba pintada una hermosa imagen de la augusta Madre de Dios, que un piadoso cacique, llamado *Ysayoque*, había hecho copiar de un lienzo, que conducido por las olas en la furiosa inundación de 1580, había arribado á aquel sitio por mera casualidad á la vista humana, pero con más elevadas miras en los secretos designios de la Providencia. La simple inspección de tan bella como agraciada pintura, que al momento que sobre ella se fijan los ojos, atrae dulce y eficazmente el corazón, debió hacer pronunciar su alto destino; y en efecto, no habría errado en su juicio, quien desde entonces le hubiera augurado una duración, que compitiese con la de los mármoles y broncees. El que tiene la dicha de conocerla, no titubeará en confesar, que no hay la menor hipérbole en nuestras expresiones: quien no la conozca, falle por la descripción que vamos á presentarle.

Su tamaño no llega á siete cuartas, que es la estatura natural de una doncella joven de trece años; el pelo es entre oscuro y rojo, derramado blandamente por los hombros, particularmente sobre el izquierdo, poblado y crespo en los extremos, y ceñido por el colodrillo. La frente espaciosa y dilatada, sobre unas cejas arqueadas y tupidas. Los ojos hermosos y modestamente inclinados, tanto, que apenas descubre la mitad de la pupila. La nariz seguida y no muy redonda. Los labios encendidos y pequeños, que resaltan con mucha hermosura sobre una barba partida de un hoyito que se señala al medio. Los carrillos con un color tan vivo como el de la rosa más fragante y fresca. El cuello corto y bien torneado. El rostro de un tinte trigueño rosado, y muy apacible. Se inclina mucho sobre la derecha, no descubriendo más que la oreja izquierda. Las manos y los dedos muy hermosos y proporcionados. Todo el cuerpo, en fin, descansando, según el ademán, sobre el pie derecho. Tal es, aunque en imperfecto bosquejo, la hermosa imagen que representa la Concepción inmaculada de María, y que por los muchos serafines que tenía pintados á su rededor, se llamó NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES.

¡Cuántas y cuántas veces, al contemplar tanta hermosura, suspirarían los muchos devotos que desde el principio le rindieron fervorosos cultos, por verla pintada sobre una materia tan frágil que bastaba un soplo para convertirla en polvo! ¡Cuántas y cuán repetidas ha-

brian deseado que se hallase en lienzo, para colocarla con seguridad, y defenderla de las injurias del tiempo y de las inclemencias de las estaciones! ¡Qué innumerables los atormentaría la dolorosa idea del próximo fin del amable objeto de su adoración, por la acción destructiva del salitre de que está impregnada la atmósfera en esos lugares áridos y desolados! Empero, se en gañaron miserablemente. El brazo todopoderoso del que hizo grande á Marfa, velaba en la conservación de ese tesoro de los mexicanos. Los elementos todos de destrucción debían reunirse en su contra. Ni uno, ni uno sólo de aquellos con que vienen á tierra los más sólidos edificios, había de economizarse para aterrar esta débil pared, que vemos, sin embargo, en pie, ornada con la aureola de la inmortalidad. Ante ella se postraron los abuelos de nuestros padres: ante la misma se arrodillarán los nietos de nuestros hijos; y lejos de que el deleznable lodo que la compone haya vuelto á su primer origen, la mano del muy alto, que en los más fuertes embates la sostuvo sola sin arrimo alguno, ha confiado hoy su custodia al hombre, para que concluya la obra de su poder: obra admirable, lo mismo que eficaz lección contra la natural inconstancia humana.

Sí: doctrina de la mayor eficacia contra ese vicio feo y abominable, que desgraciadamente constituye el carácter dominante de la mayor parte de los hombres; pero del que la Providencia parece haber tomado ocasión para obrar tantas maravillas. La ermita de que hablamos, cuyas dimensiones conserva el presbiterio de la actual iglesia, para memoria de una antigüedad tan veneranda, que recién erigida era una de las más frecuentadas de la ciudad, insensiblemente, resfriada la devoción, fué puesta en olvido y reducida á un total abandono. El edificio vino á tierra, hundido el techo y desplomadas las paredes, excepto en la que se halla la pintura, quedando ésta en consecuencia descubierta y expuesta al sol, al aire, al agua y á todas las inclemencias. No terminó aquí el mal. En 1607 sobrevino otra inundación: las aguas estancadas minaban incesantemente el cimiento de esa pared, sólo de una cuarta, y que puede consiguientemente decirse que se halla casi á pelo de tierra; mas ella se mantuvo tan firme, como una roca, ¡portento primero en su línea, y de que tal vez no hay ejemplar en la historia!

Esa pared aislada en medio de las aguas y circuida de ruinas, excita la atención pública. Se reconoce cuidadosamente, y no sólo se halla entera, sino que se ve con asombro, que destruidos los ropajes de la imagen, el rostro y manos permanecen tan intactas y frescas, como si acabaran de pintarse. El prodigio y las calamidades de la época encienden otra vez la devoción. Reedifícase la capilla, retórcanse los vestidos, respetando lo que el cielo resguardara en aquella tormenta: aquel sitio abandonado, nuevamente vuelve á ser concurrido; pero..... ¡Oh asombro! el fervor, más frágil que aquel endeble muro, se desvanece á poco, cual el polvo que levanta el aquilón..... el sagrado recinto do tantas veces resonaron alegres cánticos á Marfa, solitario ya, se convierte en albergue nocturno de un pastor..... humeante y negra tea reemplaza el incienso y las blancas candelas..... la yerba crece sobre un cenagoso pavimento y se mezcla con las inmundicias del ganado..... Por segunda vez viene á tierra la ermita: por segunda también vuelve á verse la pared, en la célebre inundación de 1629, en que las aguas suben cuatro varas sobre el piso, batida por las olas, y nada menos que durante cinco años; pero siempre sostenida por el brazo del Altísimo; preservadas siempre de toda alteración aquellas manos suplicantes y aquel modesto rostro que cual el de Esther implora la salvación de su pueblo ante el divino Asuero.

¿Tendrá el nuevo portento la suficiente virtud para cuidar la inestabilidad, de que por dos diversas ocasiones

han dado muestra los habitantes de esta ciudad? ¿Fijará definitivamente el culto que corroboran tantos prodigiosos sucesos? No, en verdad. La misma alternativa de devota concurrencia y punible diserción se observa otras muchas. Ya se arruina, y ya se reedifica la ermita; y en 1737 rodeada por todas partes de escombros, más que lugar de oración, parecía morada de insectos y sabandijas. Nuevas tribulaciones llaman á los hombres á esa casa de refugio: la piedad industriosa de algunos la eleva nuevamente; pero aun no han trascurrido ocho años cuando de nuevo yace postrada en tierra, y sin ningún reparo contra el sol, los vientos y las aguas, la imagen venerable. Se promueve en 1745 la edificación del templo de mayores dimensiones y de mamposería; pero la suspende la autoridad eclesiástica por los excesos de los que allí concurrían, más bien á profanas reuniones que á religiosas romerías. A poco se prosigue y lleva á cabo la fábrica, que ya casi en ruina, con los techos hundidos, desplomadas las paredes principales, y anegado el pavimento, vuelve á reponerse algo en 1766. Esta recomposición, empero, es de tan limitada solidez, que aun no pasa otra decena de años, cuando por todas partes se descubren abiertas mil rendijas y goteras, por donde se filtran las aguas que minan y deshacen cada día más los muros.

En tan tristes circunstancias, una dichosa casualidad conduce á ese lugar á un artesano pobre, aunque muy honrado, que movido de superior instinto, echa sobre sus hombros el grave peso de reparar aquel funesto destrozo; y sin más caudal que su piedad, ni más bienes que una constancia verdaderamente heroica, hace más de lo que podría esperarse del hombre más opulento. Sacrificando sus cortos haberes, sus arbitrios y persona; implorando la piedad pública; moviendo en fin, todos los resortes posibles, en 1781 tiene ya repuesto el templo, adornado de todo lo necesario al divino culto, custodiado por un capellán, y al parecer asegurado para siempre el tesoro que hasta allí había corrido tanto peligro, atrayendo á su veneración á los fieles por continuos y devotos ejercicios en loor de la Reina de los ángeles y provecho de sus almas. Misiones, retiros, solemnes fiestas, prácticas diarias religiosas aumentan cada vez más y más la piadosa concurrencia, que ya es incapaz de contener aquel reducido local. Se emprende á vista de esta necesidad fábrica más suntuosa, que en 1808 reemplaza la antigua, y fija las esperanzas, hasta entonces inquietas, de una subsistencia feliz.

Empero á poco se ven ellas burladas. La devoción de nuevo se resfría..... tantas religiosas tareas van á quedar infructuosas..... nada falta para cerrar el santuario por penuria de fondos y carencia casi total de limosnas. Desconfían ya los fieles devotos, á vista especialmente de las aciagas circunstancias en que se encuentra el país por la reciente y destructora revolución; sus ojos afligidos se vuelven en vano á todas partes en busca de recursos.....; pero ¿quien pudo lo más, no podrá lo menos? El poder que supo triunfar hasta allí de las causas naturales, ¿será capaz de proporcionar más obvios y sencillos arbitrios? Sí: he aquí al hombre de la Providencia. Preséntase en 1812, en aquel sitio desolado un virtuoso y rico sacerdote: una mirada de María hiere su corazón; y desde ese dichoso momento, su caudal, sus relaciones, su persona misma quedan consagradas á sostener esa obra admirable en que han brillado las más portentosas maravillas.

Las más portentosas maravillas, repetimos, sin temor de que se nos tache de fanáticos, después de los incontestables y notorios hechos que hemos mencionado aunque someramente. Pues qué, ¿no es un portento que una débil pared de adobes haya podido resistir con tal firmeza á los multiplicados agentes de destrucción como los referidos, y esto por espacio de más de dos siglos? Cuando estuvo encadenada con las otras, ¿por qué no

fué con ellas arrastrada en las mismas ruinas? Y cuando permaneció sola y aislada, ¿por quién ha sido sostenida para que no se desplomase por falta de arrimo? En uno y otro estado, terribles terremotos la han sacudido; y furiosos vientos que han derribado mil fábricas más sólidas y en más favorables circunstancias, se han estrellado contra ella: ¿quién, pues, la mantiene en pie? Aun hay más. Una indiscreta y poco ilustrada devoción hizo fabricar en 1766 una pared de mampostería á su espalda para asegurarla: ¿y este mismo estribo no debió ser, por su peso, el que debería haberla desquiciado y hecho polvo más aprisa? ¡Ah! Reflexiónese sin pasión, y dígame con ingenuidad, si á vista de tantos portentos será temerario exclamar como Faraon á los de la misteriosa vara de Moisés: *¿Este es el dedo de Dios!*

Mayores maravillas y más singulares ofrece todavía á nuestra admiración la pintura. La de los ángeles y santos, y aun las mismas ropas de la sagrada imagen, consta en el expediente formado en 1777, haberse retocado varias veces, por estar borradas como hoy lo están; pero de las mismas actuaciones aparece, que nunca lo fueron, ni después lo han sido jamás el rostro y las manos que en todas épocas y circunstancias se presentaron tan frescas y brillantes, cual si acabasen de salir de mano del pintor. ¿Cómo se explicará satisfactoriamente este fenómeno? ¿Nos opondrá la incredulidad, que se tuvo especial cuidado de esas esenciales partes? ¿Se dirá que en razón de su importancia se resguardaron con mayor empeño? Pero á más de lo infundado de tal objeción que la historia desmiente, existe un hecho que enteramente la desvanece. En 1745, para destruir completamente la imagen, y terminar de un golpe los abusos de las romerías de que ya hemos hablado, se clavaron sobre ella, afianzándolas con táblas clavadas en la misma pared, esteras gruesas mojadas, que estuvieron rozando bruscamente la pintura, no uno ni dos días, no tres ó cuatro semanas, sino por el espacio de siete meses. ¿Y qué obra del arte de igual clase y antigüedad, no diremos ejecutada sobre los materiales en que lo está la que nos ocupa, sino en el más escogido lienzo, fuerte lámina, habría sido capaz de resistir á tan ruda experiencia? ¿Quién se atrevería á ensayarla en cualquiera, seguro del mismo resultado? Si esto no es obra de Dios, no alcanzamos qué otro título darle.

Por lo que á nuestra pequeñez toca, así lo juzgamos, aunque sin salir de la esfera de juicio humano y con entera sujeción á lo que en la materia decida la cátedra de la verdad; con tanta más razón, cuanto que no siendo jamás las obras de Dios imperfectas, estamos palpando el complemento de ésta, haciendo servir en ella la omnipotencia, para que brille más, la industria moderna y la piedad antigua. Acerquémonos á la imagen, y descubriremos desde luego un portento del arte, del que ni aun los mismos ojos pueden formarse una exacta idea. El rostro y las manos es todo lo que existe de la primera pintura, y sin embargo, á la vista se presenta una muy regular y proporcionada escultura con cuantos adornos es capaz. Una corona imperial ciñe sus sienes, y rayos de plata la circundan de alto á bajo; de la oreja izquierda, única que descubre, pende un rico arete: en el cuello reluce un costoso aderezo; en el pecho un precioso bariel, y lucientes sortijas resplandecen en los dedos. El vestido de tela, marca no solo los brazos, sino los naturales y distintivos pliegues, y la cintura ceñida por medio de un cingulo á quien sirve de broche una pulida joya, señala exactamente las formas. Gravitando sobre el pie derecho, pisando tres serafines de talla y una media luna; descansando toda la efigie, airoosamente colocada la orla de la ropa, en una peana magnífica de plata; y todo, todo sin excepción, está separado de la pared, y ni uno sólo de los adornos que causan tan devota ilusión, se encuentran fijados en el lugar en que los descubren las más curiosas miradas. Sólo el

cielo parece haber inspirado en esta obra al célebre sastre D. José Haro que la ideó, y que si tan justamente por las infatigables tareas, empleadas por él en promover los cultos de la Señora, á fines del siglo pasado, es acreedor á que se eternice su nombre, no menos eterna remembranza merece por el realce que dió con su ingenio artístico al dulce objeto de su corazón.

Pero sin defraudar el mérito, sacrificios y piedad de este insigne devoto, ¿quién podrá nombrar siquiera á Nuestra Señora de los Angeles, sin que al momento deje de presentarse á su memoria la del respetable y piadoso sacerdote, que por más de seis lustros la sirvió de capellán, y fué el más ardiente promovedor de los cultos de María en esa dulce advocación? Sí: de la misma manera que sobre el monte Esquilino, á la vista de aquel célebre santuario que delinearon milagrosamente nieves caídas del cielo, en la fuerza del estío, el 5 de Agosto de 365, no puede olvidarse al patricio Juan, que desde su vida constituyera legataria de sus grandes riquezas á la augusta Madre de Dios; así en el barrio de *Coatlán* á la del templo que custodia la prodigiosa pared en que se han obrado tantas maravillas, la primera y preferente idea que se viene á la mente, es la del Sr. Dr. D. José María de Santiago, que con la misma generosidad empleara en su culto, en su adorno, en su engrandecimiento y conservación, su rico patrimonio, sus muchas relaciones y su mismo individuo, sin omitir sacrificio alguno por elevarlo al rango de los más venerados y concurridos de nuestra capital. Y si aquella famosa basílica, por el portento á que debe su origen, por las maravillas obradas en su recinto, y la liberalidad con que los Sumos Pontífices la han colmado de tantos dones espirituales, se ha adquirido el título de *Santa María la Mayor*; por la devota concurrencia de los fieles romanos, el antonomástico *del Pópulo*; y por el indeleble recuerdo del que la elevó á su costa, la iglesia del noble patricio Juan; en la debida proporción puede denominarse la de Nuestra Señora de los Angeles, entre todas las que encierra México en su circuito, Santa María la Mayor, el templo del pueblo mexicano y del Dr. Santiago.

¿Y quién tildará de ligera esta comparación, al considerar lo que descuella ese santuario entre los de la capital [pues no hablamos del de Guadalupe], todo, todo por ese venerable y piadoso sacerdote? Extingúfase por la vigésima vez la memoria de los portentos obrados en aquel lugar: la helada tibieza volvía á sustituir de nuevo á la ferviente devoción: comenzaban los fieles á volver las espaldas á un sitio do habían hallado tantas misericordias, cuando comenzó á ser oída por esos contornos la voz del Dr. Santiago, varón lleno de celo por la salvación de las almas, y cuyo corazón ardía en amor á María. A sus elocuentes reclamos, generosa prodigalidad y edificantes ejemplos, tomó creces el culto debido á la Madre de Dios: el pueblo acudió nuevamente á prostrarse ante sus aras, y á tributarle homenajes, y el templo adquirió nuevo lustre. El papa Pío VI lo agregó al de San Juan de Letrán; su sucesor Pío VII erigió allí una piadosa congregación; Gregorio XVI concedió oficio propio de esa dulce advocación; y Pío IX el jubileo de Porciúncula; y salvo esta última gracia, todo fué debido á ese respetable ministro del altar, cuyas cenizas descansan tras del admirable muro, desde el año de 1845, en que su grande alma voló á la mansión eterna, el 20 de Abril. Y qué, reconocen por ventura otra mano creadora las alhajas de la imagen, los adornos de la iglesia, los ornamentos sacerdotales, los ricos vasos sagrados, las custodias y todos los valiosos objetos que la distinguen? ¿Son fruto de otra riqueza la dotación de capellanes, el magnífico panteón para los difuntos, esa casa de ejercicios que ha comenzado á edificarse allí para instruir á las mujeres pobres en las verdades eternas, las fiestas que se celebran y que hacen tan concurrido y venerado ese santuario?

Pero la religión jamás pone mano á obra alguna, sin que de ella no resulten incalculables bienes á la sociedad. Los progresos de este santuario no menos han influido en los del culto divino que en los del aumento y belleza de la capital; y al dar una ojeada el día de hoy al barrio de *Coatlán*, se nos viene al momento á la memoria la fundación de la mayor parte de los pueblos cristianos, especialmente en nuestra América. Bajo la sombra augusta de la casa de Dios, y por los cuidados de su fiel ministro, mil habitaciones han disminuido los enormes tamaños de la plaza que antes la circundaba; la agua que salta en una fuente, conducida allí á costa de grandes fatigas y gastos, ha dado vida á la naturaleza, hasta ahora como muerta en ese lugar árido, y anima la vegetación de aquel, por siglos enteros desierto. Quien lo vió hace treinta años, imposible es que hoy lo conozca, y más imposible que no deje de bendecir la memoria del autor de tantos bienes, el ilustre eclesiástico que ha renovado en esta época de desconfianza é incredulidad, las maravillas del celo apostólico y desinteresado de los primeros misioneros de nuestro país.

¡Oh Providencia admirable! ¿Quién será capaz de sondear los profundos abismos de vuestro poder y de vuestra sabiduría? La incredulidad, el error y estúpido indiferentismo, se reúnen á declararos la guerra en el siglo XIX, pretendiendo sustituir á vuestro debido culto la soberbia del entendimiento, el extravío de la razón y el placer de los sentidos. Pero vos confundís esas inteligencias orgullosas, presentándoles esa pared de lodo y esa frágil pintura, devota herencia de nuestros mayores, sostenida por vuestro potente brazo por cerca de tres centurias de años, contra todas las causas naturales de aniquilamiento y destrucción. Humilláis también esos corrompidos corazones, poniéndoles delante ese augusto santuario, recuerdo vivo de la piedad con que á vuestro honor se sacrificaban antes los talentos, la industria y las riquezas, y tipo fiel de la antigua formación de la sociedad católica en nuestra América, bajo los auspicios de la religión y sus ministros. Así es como, ¡oh Dios grande! con una no interrumpida cadena de portentos, habéis enlazado todos los tiempos, reunido todas las épocas, y combinado las circunstancias todas, dando á conocer al universo que siempre sois el Fuerte y Poderoso, siempre el dueño de los corazones, siempre el Señor á quien nada resiste, el *Alfa y Omega*, principio y fin de todas las cosas.—J. M. D.

Angeles. Rancho de la municipalidad de Matehuala, partido de Catorce, Estado de San Luis Potosí.

Angelito. Rancho de la municipalidad de Palmillas, 4.º Distrito ó sea de Tula, Estado de Tlaxcala. Se halla situado al N. de su cabecera municipal.

Angelito (Río del). Estado de Oaxaca, Distrito de Nochixtlán; nace en terrenos del pueblo de Jaltepec de donde dista dos cuadradas. Su curso es de N. á S., y desemboca en el Intanduchi.

Angostura. Congregación de la municipalidad del Rosario, Distrito de Alamos, Estado de Sonora.

Angostura. Hacienda de la municipalidad y partido de San Miguel Allende, Estado de Guanajuato, con 83 habitantes.

Angostura. Hacienda del partido y municipalidad de Yuriria, Estado de Guanajuato, con 125 habitantes.

Angostura. Hacienda del municipio de Pastora, partido de Río Verde, Estado de San Luis Potosí; á 23½ leguas al E. de la capital del Estado.

Angostura (LA). Hacienda de la municipalidad de Montemorelos, Estado de Nuevo León.

Angostura (BATALLA DE LA). Cuando el ejército de Taylor se preparaba á marchar sobre Monterrey, cuando llegaron á México las noticias del amago de esta plaza, y que se presentaba el nuevo baldón que iba á caer sobre nuestras armas, el aspecto de los negocios in-

teriores había cambiado completamente. Derribada la administración de Paredes, la dirección de la guerra iba á pasar á otras manos; y esto, que para unos era una fatalidad, hacía entrever á otros días menos aciagos.

La revolución de Agosto había arrancado de su destierro al general Santa-Anna; se le había visto entrar triunfante en la voluble capital que en 44 le cerró sus puertas como al hombre más execrado; y cuando todos se aguardaban que no hiciese otra cosa que apoderarse del mando para saborear sus dulzuras, se le vió dar una prueba de desprendimiento ó de destreza que nadie esperaba, que muchos temían y que algunos deseaban. Santa-Anna conoció su posición, y juzgando depositado el poder en personas fáciles de dejarse manejar, no vaciló en seguir representando el papel de desinterés y patriotismo con que apareció en Veracruz, y con que pensaba hacer olvidar sus antiguas inconsecuencias y errores. Retirado en Tacubaya, afectaba no querer mezclarse en las cosas de gobierno, y sólo ocuparse en el arreglo de la expedición con que se proponía marchar al Norte.

Esta expedición debía organizarse con las fuerzas que Paredes había detenido en la capital para apoyo de su administración, y que sólo sirvieron para derrocarlo en el pronunciamiento de la ciudadela; mas la falta de recursos creaba obstáculos difíciles de vencerse, haciendo que permaneciesen en México los diferentes cuerpos que componían su guarnición, no obstante las órdenes anticipadas de marcha que se les había dado. La verdad exige que revelemos las causas que dieron origen á la escasez que en esos días sufría el erario, tanto más, cuanto que el público cree todavía, y con razón, que había los recursos suficientes. Durante los últimos meses de la administración de Paredes, y á consecuencia de los reveses sufridos por nuestras tropas al otro lado del Bravo, se trató de organizar la misma expedición en que después pensó Santa-Anna; y como para realizarla se necesitaban recursos pecuniarios de que se carecía, se celebró con el clero un contrato de un millón de pesos, que proporcionaba recursos más que suficientes para la división que debía marchar de México. El estado de la política anterior, y el temor, sobre todo, de abandonar su presa, detuvo á Paredes en esta ciudad, cuando el congreso que lo había elegido presidente interino en Junio, le había dado ya su licencia para que marchase de México con las fuerzas que lo guarnecían, á ponerse á la cabeza de las tropas del Norte. Este retardo hizo que comenzasen á consumirse, infructuosamente hasta cierto punto, los productos del préstamo del clero, los cuales se menoscabaron en gran parte, cuando obligado por la fuerza tuvo Paredes que salir del gobierno á fines de Julio para hacer uso de la licencia del congreso. Entonces se dieron pagas de marcha á todos los cuerpos y á todos los oficiales y jefes, para que pocos días después volasen á la ciudadela á proclamar una nueva revolución, auxiliados con los recursos mismos que debieron servirles para marchar á Monterrey, y con la esperanza del lucro de la nueva revuelta. La de la ciudadela vino por fin á consumir los productos del préstamo del clero; porque una vez triunfante, se echó mano del dinero destinado á la guerra nacional, para cubrir los gastos de la revolución. ¡Manejos infames, á los que se debe en gran parte el éxito desgraciado de nuestra contienda con el Norte!

Cantidades muy insignificantes quedaban de aquellos recursos, y á mediados de Setiembre había aún grandes obstáculos que vencer para procurarse dinero. En medio de tal conflicto, se recibió en México la noticia de la aproximación de los enemigos á Monterrey. Santa-Anna, á quien, según él mismo dió á entender, contrariaba en sus planes la resistencia que Ampudia se había decidido á oponer en una plaza que él no consideraba fuerte ni defendible, se manifestó en extremo irritado, aceleró sus preparativos de marcha, y en Se-

tiembre salió para San Luis la división, resto del ejército que había quedado en la capital, con sueldos y provisiones para ocho días solamente. ¡Tales fueron los obstáculos que se encontraron para procurarse dinero, y tan insignificante la cantidad que restaba de la suma agenciada y vergonzosamente dilapidada del millón del clero! Santa-Anna siguió á la división. Doce leguas se habría alejado de México, cuando se recibió la infausta noticia de la toma de Monterrey; é irritado más y más con un desastre que había previsto, aceleró su marcha, descoso al parecer de castigar á los que no habían sabido aprovechar para la defensa el entusiasmo de la tropa, y el día 14 de Octubre entró con la división á San Luis. Allí lo encontraron ya las fuerzas capituladas de Monterrey, que llegaron del Saltillo á fines de Octubre, al mando todavía de Ampudia. La división que había salido de México se componía de 3,000 hombres, la que venía del Saltillo de 4,000; así es que á principios de Noviembre se encontraron reunidos en San Luis 7,000, que el nuevo general en jefe consideró como pie del ejército que pensaba organizar.

La primera providencia de Santa-Anna en San Luis fué la separación de Ampudia del mando de las fuerzas de Monterrey: dispuso que se le sujetase á juicio; mas Ampudia que había visto venir sobre sí una tempestad deshecha, creyó descargar su responsabilidad sobre los jefes subalternos, acusando de antemano, como culpables de los sucesos de Monterrey, á los coroneles D. Siméon Ramírez, D. Antonio Jáuregui, D. Nicolás Enciso, D. José María Carrasco, y tenientes coroneles D. Joaquín Castro, D. Luis Ramírez, D. Juan Fernández, y comandantes D. Mariano Huerta, D. José María Beña y D. Manuel Landeras, y á quienes se sujetó igualmente á un juicio para que depurasen su conducta.

Posteriormente se mandó sobreseer en las causas que habían empezado á instruirse, las que no llegaron á verse en consejo de guerra de oficiales generales, en razón de que, conformándose Santa-Anna con el parecer fiscal y el dictamen del auditor, decretó que no había mérito para la formación del proceso, y dispuso que se publicara en la orden general la vindicación de la mayor parte de los jefes acusados.

Creyése en esos días que Taylor, en su movimiento al Saltillo, llevase las miras ulteriores de dirigirse á San Luis, y estos temores dieron lugar á que Santa-Anna pensase inmediatamente en la fortificación de esta ciudad. Se mandó al general Mora y Villamil, y los oficiales de ingenieros, que hiciesen los reconocimientos necesarios; verificados los cuales, se comenzaron los trabajos en los pueblecillos de Santiago y Tlaxcala, situados al Norte de la ciudad. En la parte Sur, en el Santuario de Guadalupe, se comenzó la construcción de una ciudadela, obra que no llegó á concluirse, y que en su plan se consideraba como capaz de una defensa vigorosa. Todas estas obras se emprendieron con la mayor actividad: á los trabajos diarios concurrían gustosa y desinteresadamente los operarios de las haciendas vecinas, y los indígenas de todas aquellas aldeas. El entusiasmo entre ellos era grande. Cuando se pensó en las fortificaciones de Santiago y Tlaxcala, se vió que para que pudiesen emprenderse era preciso derribar las casas, los árboles frutales y destruir las hortalizas, única propiedad y haberes de sus miserables habitantes. Así se determinó; y cuando se aguardaba la resistencia natural del que va á ver desaparecer en momentos su única fortuna, se observó con sorpresa, que ellos mismos ayudaban á aniquilar su pobre patrimonio. ¡Qué contraste entre esta conducta y la de los opulentos moradores de las capitales, que, indiferentes y egoístas, han presenciado las desgracias nacionales! No fué menos digno de elogio el patriotismo de los habitantes de San Luis, que á costa de penosos sacrificios, llevaban posteriormente cuantos recursos en víveres y provisiones de todas cla-

ses podían proporcionar al ejército, conduciéndolos por las tardes en carros en medio de músicas alegres, y vivas, y aplausos entusiastas.

La actividad con que se habían empezado los trabajos degeneró luego en un grado increíble de lentitud: cesó casi del todo cuando se desvanecieron los temores de la marcha de Taylor sobre San Luis.

La atención se dirigió entonces exclusivamente al ejército. Siete mil hombres se hallaban reunidos en San Luis, siete mil hombres, cuya disciplina por los pasados reveses, necesitaba de nuevo vigor. Componíase una parte además, de gente forzada á tomar las armas por el fatal sistema de leva, con el que sólo se consigue que en el momento del peligro se desbande y deserte aquella, como ha sucedido varias veces en esta guerra, de soldados bisonos en quienes la primera necesidad era la instrucción, así como en el todo, el aumento para cubrir las bajas de los cuerpos y organizar otros nuevos que elevasen aquellas fuerzas al rango de un ejército capaz de emprender nuevos combates, olvidando los desastres pasados. Sólo un esfuerzo poderoso podría proveer á todas estas necesidades, y la imparcialidad nos obliga á confesar que Santa-Anna no anduvo flojo ni remiso, si bien no desplegó toda la energía que hubiera sido de desearse.

Por otra parte, sin la eficaz cooperación de los Estados nada podía hacerse, y el ejército se habría reducido á una fuerza cada día más corta, si el contingente de sangre no se hubiera cubierto en lo absoluto. Mas no todos los Estados correspondieron á las lisonjeras esperanzas que se abrigan de que su empeño salvaría todos los inconvenientes, y la justicia exige que mencionemos aquellos á quienes se debió la formación del respetable ejército que combatió en la Angostura. Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Querétaro, Aguascalientes, el Distrito Federal y el mismo San Luis, fueron los únicos que durante los meses de Noviembre, Diciembre, y Enero, estuvieron proporcionando sus respectivos contingentes de sangre. A los demás, nada se les debió: á unos por la imposibilidad en que estaban de prestar auxilios por tener que rechazar la invasión en su mismo seno, y á otros por causas que se ignoran, pero que de ninguna manera pueden suponerse leales y patrióticas.

La desnudez del ejército y su falta de instrucción exigían que se le atendiese de preferencia, que el general en jefe se dedicase á ello exclusivamente; lo que nunca se consiguió del todo, pues la atención de Santa-Anna estaba dividida entre sus obligaciones en San Luis, y su ambición, que le hacía no perder de vista un momento la lucha de los partidos en la capital.

La revolución de Agosto había entronizado al partido *exaltado*, que después ha sido conocido con el nombre de *puro*, el que en su movimiento fué acaudillado por un hombre de ideas absolutamente opuestas á las suyas, á quien sólo las circunstancias pudieron obligar á mantener á su lado en el ejercicio del poder supremo á los corifeos de aquel. Por oposición, se conocía ya en esos días con el nombre de *moderado* el partido contrario. Era preciso que el general Salas, elevado á la altura del poder, y colocado ya en medio de los partidos, se decidiese por aquel que más halagaba sus ideas. Los *exaltados*, que así lo temieron desde un principio, se tranquilizaron no obstante juzgando á Salas del todo sujeto á la influencia de Santa-Anna, á quien creían enteramente convertido á sus principios, y no sin fundamento, pues que mantenía con ellos una activa correspondencia desde San Luis en el sentido más lisonjero para sus pretensiones. Con tal apoyo, quisieron orillar á Salas á medidas violentas; mas éste les dió entonces una prueba de su independencia, arrojándolos de su lado y declarándose abiertamente por los *moderados*. Los *puros* no se desconcertaron todavía por tal derrota, fiados aún en las promesas lisonjeras de Santa-Anna: mas ¡cuál fué

su sorpresa cuando á los pocos días del cambio del ministerio verificado en Octubre, llegó á México la aprobación de aquel á todo lo hecho por Salas! En su despecho, no hubo injuria ni denuedo que no prodigasen á aquellos jefes; y Santa-Anna tuvo que pasar por la publicación de su correspondencia secreta, cuyo hecho lo dejó bastante comprometido.

Sus partidarios habían temido que la variación de política en México no sólo tuviera por objeto la caída del partido *puro*, sino que fuera á la vez el anuncio de una guerra sorda contra el general en jefe del ejército de San Luis Potosí. Para ponerlo á cubierto de todo golpe imprevisto tomaron oportunamente sus medidas; las que dieron, entre otras, por resultado dos sucesos acaecidos en esa época. El primero fué un decreto publicado por el gobernador de San Luis, en que se prevenía: que en caso de que en la capital ocurriese algún trastorno, no se obedecerían más órdenes ni se reconocería otra autoridad que la de Santa-Anna. El pronunciamiento por la dictadura de este caudillo, verificado en Mazatlán á instigaciones del general D. Ventura Mora, fué el segundo de los acontecimientos á que aludimos.

A la vez de estar en contacto con el partido *puro*, Santa-Anna entró en relaciones con el *moderado* desde su llegada á México, como se verá en su lugar, y desde San Luis mantenía una correspondencia equívoca con los corifeos de ambos, con lo cual pensaba preparar el campo para los acontecimientos posteriores.

México era en esos días el foco de las exageraciones más peligrosas; y los *meetings* y el apoyo que el gabinete prestaba á las ideas que en ellos se vertían, la habrían sumergido en los desastres más horribles, si la población hubiera permanecido entregada exclusivamente en manos del populacho á quien se confiarán las armas en Agosto. Mas el instinto de la conservación la salvó: en Setiembre se había publicado el reglamento de la Guardia Nacional, como una de las garantías de la revolución de la Ciudadela; y los *exaltados* que entonces gobernaban, pensaron darle una ejecución enteramente conforme á sus deseos, alejando de todo participio en ella á ciertas clases determinadas. Parte por el espíritu de oposición que en esos días se había desarrollado fuertemente, parte por el espíritu patriótico que al parecer comenzaba á crear la guerra con los Estados-Unidos, y parte por el instinto de la propia conservación, como ya dijimos, las clases que se trataba de excluir de la Guardia Nacional se sintieron vivamente animadas á armarse; y á los esfuerzos de varios individuos y del presidente Salas mismo, que en esto se puso en abierta oposición con su ministerio, se debió la formación de los cuerpos de Victoria, Hidalgo, Independencia, Bravos, compuesto, el primero, de los jóvenes más acomodados, el segundo, de los empleados, y los dos últimos de los artesanos de la capital. Estos batallones salvaron en esos días á México de grandes horrores, y auxiliaron la causa de la guerra, dando la guarnición de la capital mientras los restos del ejército se concentraban en San Luis.

Tal era el estado de las cosas cuando en esta ciudad se comenzaba la reorganización del ejército. Los recursos pecuniarios, primera necesidad que el gobierno de la Unión debía llenar, fueron proporcionados, si no en abundancia, al menos los suficientes para que en los meses de Noviembre y Diciembre estuviese cubierto el presupuesto del ejército. Su escasez absoluta no comenzó sino hasta Enero, mes en que Salas había sido sustituido ya por Fariás en la presidencia.

A mediados de Noviembre llegaron á San Luis los coroneles Perdigón Garay, y Montenegro, con dos mil hombres de Guadalajara compuestos de tropa permanente y un cuerpo de Guardia Nacional; y en Diciembre y Enero estuvieron entrando los reemplazos de los Estados que antes mencionamos. A fines de Noviem-

bre llegó el General Valencia con las tropas auxiliares de Guanajuato. Este general había salido de México en Setiembre, con el objeto de coleccionar y organizar estas fuerzas. A su llegada al Bajío, encontró á aquellos pueblos bien dispuestos á coadyuvar eficazmente á la defensa nacional, de cuya disposición supo aprovecharse, organizando las fuerzas que con el nombre de auxiliares de Guanajuato engrosaron el ejército de S. Luis.

No debemos omitir en este lugar la alabanza á que fueron tan acreedores esos esfuerzos, con los que formaba un escandaloso contraste la conducta poco digna de otras poblaciones. El general Valencia trabajó sin descanso por llevar al ejército de San Luis un refuerzo considerable; y el Estado de Guanajuato, dando entonces pruebas de un patriotismo poco común, no contento con proporcionar el contingente que le correspondía, formó de entre sus habitantes una sección de más de cinco mil hombres, cuyo número excedía al que legalmente se le hubiese podido exigir.

Santa-Anna, que conocía que la primera necesidad de aquel ejército era la instrucción, por componerse en su mayor parte de reclutas, ordenó que se arreglasen los ejercicios diarios; y S. Luis, en donde aun continuaban, aunque lentamente, los trabajos de fortificación, presentaba el aspecto de una plaza de guerra, en donde no se oía sino el marcial sonido de cajas y clarines, las voces de mando y el estruendo de armas y caballos. Los ejercicios se ordenaron por brigadas, y la emulación que se despertó contribuyó no poco á los rápidos progresos que se hicieron. Creó esto además una constante disposición, que influyó poderosamente en que la moral y disciplina del soldado no se relajasen, como hubiera sido muy fácil en el tiempo que el ejército permaneció en S. Luis, si la actividad del trabajo no hubiera cerrado absolutamente la entrada á los vicios de la ociosidad. Mas en medio de tanto empeño, se hacía sentir cada vez más una necesidad urgente, cual era la del armamento. Las pérdidas considerables de armas en las derrotas y dispersiones pasadas, habían disminuido de tal manera su número, que la mayor parte de los reemplazos que habían llegado se encontraba desarmada; y una necesidad tan urgente quedó sin cubrirse del todo, por la escasez de recursos del gobierno de la Unión, y la indiferencia y egoísmo con que gran parte de los Estados de la federación han presenciado esta lucha. Es cierto que se hicieron algunas remisiones de armas, pero estas nunca fueron las suficientes para cubrir aquella necesidad. El general en jefe tenía por consiguiente este sentimiento, y al mismo tiempo el de la imposibilidad en que se encontraba de proveer á ella, pues de los limitados haberes del ejército nada podía distraer para objeto tan importante.

Por otra parte, la desnudez en que los reemplazos y fuerzas auxiliares de los Estados se presentaban, dió origen á otra necesidad no menos imperiosa, cual fué la de su equipo; necesidad que urgía tanto más cubrir, cuanto que el rigor de la estación se hacía sentir ya con alguna fuerza, y que se consideraba que tal vez sería indispensable avanzar á puntos en que el invierno es todavía más crudo. Con este fin se mandó que se estableciesen talleres, y que con toda actividad se trabajase en los vestuarios y demás objetos necesarios al equipo del soldado.

Esta dedicación de Santa-Anna á la reorganización del ejército habría sido su página más gloriosa, si no se hubiera dejado arrastrar á ninguna ligereza. Cuando la posición de Taylor y las operaciones de su ejército debían haber fijado su atención, dejando á los demás jefes el cuidado de dar puntual cumplimiento á sus órdenes, él, no queriendo elevarse á la altura á que lo colocaba su empleo de general en jefe, descendía y se ocupaba casi exclusivamente en nimiedades y atenciones meramente subalternas. Noche por noche reunía jun-

tas de jefes en su habitación; y cuando se aguardaba que tuviesen por objeto la discusión de algún plan de campaña, en vista de las operaciones del enemigo, no se trataba en ellas sino del estado económico de cada cuerpo, como si para esto se necesitase todo el aparato de la reunión de jefes. Las marcadas preferencias, además, que Santa-Anna tenía con ciertos cuerpos, atendiéndolos con perjuicio á veces de las demás fuerzas, y poniéndolos en un brillante pié de lujo, cuando á muchos faltaba aun lo más necesario é indispensable, contribuyó también á que los subalternos comenzasen á murmurar, y á que decayese el prestigio que debía rodear al general en jefe.

Las murmuraciones tomaron otro carácter más maligno, cuando se vió que el equipo del ejército costó más de lo debido; cuando en vez de introducir economías y arreglos, se estaban admitiendo en los Estados mayores multitud de oficiales sueltos, que no servían más que para embarazarlo todo, y para recargar el presupuesto con sueldos inútiles, que ascendían á una inmensa cantidad; y cuando, por último, se pusieron á la cabeza de algunas brigadas y cuerpos á jefes, acusados por la opinión pública de faltas graves en un militar.

Todo esto daba sobrada materia á las murmuraciones, las que no dejaron de llegar á oídos de Santa-Anna. Tal circunstancia dió sin duda origen al temor que inspiró la sociedad, que con el nombre del *Cometa Rojo*, se estableció en San Luis casi desde la llegada del ejército. Se le quiso dar un carácter político; y tanto en San Luis como en México se habló mucho de ella, como de una asociación de conspiradores contra los principales jefes del ejército. Pronto se desvaneció esta creencia, y no se vió ya en los asociados del *Cometa Rojo* sino una reunión de oficiales alegres, que buscaban en la asociación mayor campo al placer.

Si en realidad no se había formado ningún plan, Santa-Anna afectaba, no obstante, obrar con arreglo á alguno determinado, como lo dió á entender á la llegada de Valencia á San Luis, manifestando lo indispensable que el creía reforzar la guarnición de Tula de Tamaulipas. En consecuencia, mandó á aquel jefe á este punto con los cuerpos de infantería Fijo de México y Batallón Republicano, y de caballería Fieles de Guanajuato, Auxiliares de Pénjamo, y escuadrones de Jalisco y San Luis. La permanencia de Valencia en este punto dió luego origen á sucesos desagradables, de que se hablará en su lugar.

Entretanto, cambiaba en México otra vez la dirección de la política. El nuevo congreso constituyente habla abierto sus sesiones el 6 de Diciembre, y uno de sus primeros actos debía ser la elección de presidente y vicepresidente interinos. Los partidos se aprestaban á la lucha: el *moderado* habla sacado sus candidatos de su seno mismo, mientras el *pujo* que no se juzgó capaz de adquirir el triunfo por sus propios esfuerzos, tuvo que adoptar á Santa-Anna como candidato para la presidencia, olvidando sus recientes inconsecuencias, con el objeto de sacar para la vicepresidencia á D. Valentín Gómez Farfás. Aquella habla sido una verdadera transacción, que consistía en que Santa-Anna quedase mandando el ejército, para que Farfás entrase al ejercicio del poder. La elección se decidió al fin por los *pujos*, y Salas cedió el puesto á Farfás, quien entró á funcionar como vicepresidente el 24 de Diciembre, por ausencia de Santa-Anna, declarado presidente interino. El ejército de S. Luis resintió en el acto las consecuencias de este cambio. Los recursos comenzaron á faltarle de tal manera, que el mes de Enero no fué ya cubierto su presupuesto como lo habla sido en los dos meses anteriores. Si Farfás, menos empeñado en querer hacer triunfar sus ideas y las de su partido, con el pretexto de la guerra, se hubiera dedicado á procurarse recursos por otros medios que hubieran chocado menos con las preocupaciones y

los intereses particulares, que el que se puso en práctica echándose sobre los bienes del clero, el ejército no se hubiera visto abandonado, ni su general en jefe obligado á echarse sobre setenta barras de plata, propiedad de particulares, para proveer al ejército que peleó en la Angostura.

En este tiempo, Enero y Febrero, la prensa de oposición de la capital levantó el grito contra el general en jefe del ejército de San Luis, atribuyendo, ora á negligencia y poco deseo de hacer la campaña, ora á miras siniestras, la inacción aparente de las fuerzas que tenía á sus órdenes: increpaba diariamente á su caudillo, suponiéndole proyectos que solo el espíritu de partido podía inventar. Este encarnizamiento, que otro general más experto hubiera despreciado si era cierto que juzgaba la inmovilidad conveniente ó necesaria, exasperó á Santa-Anna hasta el grado de disponer en una orden general la marcha del ejército, cuando eran ningunos los recursos con que contaba. Así es que éste salió de San Luis para la Angostura, escaso de víveres y armas, en los momentos mismos en que el enemigo cambiaba su base de operaciones. El resultado de esta precipitación ya se verá en el éxito de la batalla de la Angostura.

Al terminar este artículo, publicamos un estado por el que se podrá formar una idea exacta del personal y material con que llegó á contar el ejército formado en San Luis.

El general Santa-Anna después de una permanencia de más de tres meses en S. Luis, determinó salir en busca del enemigo, que habla avanzado hasta Aguanueva. Con el objeto de llevar adelante esta resolución, expidió las órdenes oportunas: en la ciudad se notó al punto el movimiento y la agitación consiguientes á la salida del ejército: se organizó todo para la marcha, y las tropas comenzaron á emprenderla, deseosas de combatir de nuevo con los invasores.

La infantería y la artillería no habían salido hasta entonces de San Luis; pero la caballería estaba fuera desde antes, dividida en cuatro brigadas, escalonadas del modo siguiente: una á las órdenes del general Torrejón, se encontraba en Bocas: otra del general Juvera, estaba en el Venado: la tercera, de que era jefe el general Andrade, habla permanecido algún tiempo en el Cedral, avanzando luego hasta la Encarnación; y la cuarta, que mandaba el general Miñón, después de haber sorprendido en la misma Encarnación un destacamento de más de cien americanos, que cayeron prisioneros, fué á situarse en la hacienda del Potosí.

El movimiento del ejército empezó el 28 de Enero, día en que salió toda la artillería y el material de guerra, acompañada del batallón de Zapadores y de la compañía de San Patricio. El 29 la siguió la división del general Pacheco, denominada primera; el 30 la segunda, mandada por el general Lombardini; el 31, la tercera, á las órdenes del general Ortega. El cuartel general dejó á San Luis el 2 de Febrero.

Triste era el aspecto que presentaba la ciudad, formando contraste el silencio y soledad en que entonces quedó, con el bullicio, la algazara, el gentío, la animación de los días anteriores. La población habla recibido en su seno, á más del número crecidísimo de militares que allí se habla reunido de varias partes, á las familias de muchos de ellos; y aunque no todas abandonaron la ciudad cuando salió el ejército, sí lo acompañaron algunas en seguimiento de los diez y ocho mil hombres de que en aquella época se componía, y cuya falta hubiera sido suficiente por sí sola para dar á San Luis la apariencia de una ciudad que se encuentra de pronto sin una parte considerable de sus habitantes.

La infantería, caminando en el orden que hemos señalado, hizo las jornadas siguientes: al Pañasco, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna seca, Solís, y la Presa. Los padecimientos del ejército empezaron

desde los primeros días de su salida. La división de Ortega dejó en la Hedionda tres muertos de frío, número que, aunque imperceptible, por decirlo así, era ya un indicante de lo que se sufriría del rigor de la estación. También cansados quedaron ya bastantes soldados al cabo de algunos días de camino; pero estos sufrimientos nacientes no alteraban la decisión con que las tropas iban al encuentro del enemigo. Su entusiasmo se aumentó al encontrar primero en Bocas, y luego en el Venado, las dos secciones en que venían los americanos capturados por el general Miñón. La presencia de aquellos enemigos vencidos era un suceso de feliz agüero: parecía un pronóstico que anunciaba que la misma suerte correría el ejército entero del general Taylor.

El 3 de Febrero comenzó á soplar un recio norte, que continuó todo el día; cayó una ligera lluvia, y se sintió un frío bastante rigoroso. El 4 siguió el temporal: la lluvia no cesaba: el frío llegó á ser glacial: la tropa resentía ya de una manera notable los estragos de la mala estación. La división de Ortega pasó estos dos días en el Venado; la de Pacheco, en Solís; la de Lombardini, en Laguna seca. Esta hacienda, compuesta de un corto número de jacales, no podía alojar á los cinco mil soldados que habían llegado allí. En cada jacal se habían metido tantos, que casi no podían moverse. Privados de lumbre para calentar sus miembros entumecidos, procuraban comunicarse calor mutuamente con el contacto de sus cuerpos, con el vaho, con la fricción de las partes en que más impresión hacía el frío.

Por fortuna el 5 el tiempo cambió. Disipóse la niebla: las nubes se rasgaron: el sol resplandeció radiante y magnífico, derramando su luz y su calor tan apetecidos, vivificando la naturaleza entera, volviendo á la vida al sufrido ejército, que sentía reanimar sus fuerzas y renacer su contento y su buen humor. Pero á pocas horas el alivio se convirtió en sufrimiento de otra especie: el calor se hizo tan insoportable como lo había sido el frío los días anteriores: los rayos abrasadores del astro del día sofocaban á los soldados, que en vano buscaban una sombra benéfica en aquellos campos, donde sólo se encuentran, á grandes distancias, uno que otro grupo de palmas aisladas y mustias en medio del desierto. No había tampoco en el camino agua con que apagar la sed; y se veía aún lejano el término de una jornada en que tanto sufrían no sólo los soldados, sino las mujeres que los seguían, muertas de cansancio y cargando á sus desfallecidos hijuelos.

Los padecimientos de las tropas decidieron al general en jefe á mandar que las divisiones descansasen un día en Matehuala, continuando al siguiente su camino. Aquel respiro era necesario para proporcionar algún lenitivo á los males que ya entonces se sufrían, y que eran, sin embargo, nada en comparación de los posteriores.

En Matehuala se reunió al ejército la brigada del general Parrodi, compuesta de mil hombres, la que formó desde entonces parte de la división de Ortega.

Hasta el 10 no hubo otra cosa particular de que deba hacerse mención; pero ese día volvió á soplar el norte. El cielo se cubrió de nubes negras, que interceptaron los rayos del sol, anunciando un fuerte aguacero, que no tardó en caer: el viento azotaba con furia el rostro, y la arena que levantaba ofuscaba la vista.

Cuando el temporal empezó, la primera división estaba en marcha de las Animas para el Salado, y fué la que menos sufrió. La segunda se hallaba en el Cedral; y considerando el general Lombardini los estragos que padecería si se continuaba la marcha, dispuso descansar allí un día. La división de Ortega, ó tercera, que ignorante de esta detención salió de Matehuala, se encontró con que el Cedral estaba ocupado, y por orden superior contramarchó al mismo Matehuala, haciendo así la jornada doble con aquel tiempo insufrible. Su tránsito quedó regado de enfermos y cansados.

El general Santa-Anna, informado de la permanencia en el Cedral de la división de Lombardini, se irritó fuertemente contra este jefe, y le dió orden para que marchara á las Animas, lo que verificó el día siguiente.

El 11 se desató el norte completamente: siguió la lluvia: el agua, congelándose en la atmósfera, produciendo una sensación de frío dolorosísima, convirtió en poco tiempo la yerba del campo en una alfombra blanca en que se resbalaba el pie. El frío era tan intenso, que las partes descubiertas del cuerpo dejaban de sentirse; y paralizada la circulación de la sangre, los infelices soldados desfallecían, y muchos exhalaban el último aliento. Horroroso era el espectáculo de tantas desgracias: las infortunadas víctimas infundían lástima, al verlas perder infructuosamente una vida que hubiera debido tener un término más noble en la lucha gloriosa contra el enemigo exterior.

En la noche acampó la división de Lombardini en las Animas: sus males llegaron á ser verdaderamente intolerables; se dormía al vivac: se veía á los soldados en medio de la llanura, al redor de una que otra fogata, que era cuanto permitía la escasez de leña, agrupándose todos cerca del fuego, disputándose como el mayor de los bienes un lugar que les permitiera gozar de su calor apetecido. Solía también presentarse algún pastor que traía á sus ovejas medio muertas de frío, y que procuraba reanimarlas acercándolas á la lumbre.

La absoluta falta de recursos en las Animas obligó al general Santa-Anna á mandar á Lombardini que hiciera contramarchar á la división el 12 á Vanegas, hacienda en que había lo necesario para la tropa.

Entre tanto la de Ortega había vuelto á salir de Matehuala para el Cedral, en donde pernoctó: la caballería permaneció en Matehuala, habiéndose reunido desde antes las brigadas de Torrejón y Juvera, que habían dejado pasar por delante á todas las divisiones, y que marcharon desde entonces á una jornada de retaguardia de la infantería. El cuartel general, que había llegado también á las Animas, encontró este rancho enteramente ocupado por las tropas, y tuvo que contramarchar á Vanegas.

El 13 comenzó á variar el tiempo: aunque todo el día estuvo nublado y lloviznando, no nevó tanto como los anteriores: el frío disminuyó notablemente. Sin embargo, el desaliento se aumentaba con justicia: el número de muertos había sido crecido: en las filas habían quedado claros enteros, como los que dejan en una batalla las balas del cañón de las baterías enemigas. Y el mal no se limitaba á sólo personas: el parque, mojóndose, se ponía inservible: las armas se enmohecían: los zapatos se achicharraban, oprimiendo la piel y destrozándola, y luego se rompían é inutilizaban.

El día 14 se continuó la marcha, aumentándose el número de enfermos, y no disminuyendo el de muertos. Se recibió correo de México, en que venían los primeros anuncios de la revolución que estalló luego. El ejército recibió con placer, en medio del desierto, las cartas que á cada uno dirigían su familia, sus amigos, las personas todas con quienes lo ligaba el cariño. Las leían con avidez: aquella era la última vez que debían tener noticias de cuanto amaban, antes de la batalla que se iba á dar; y teniendo á la vista la perspectiva de una muerte probable, las consideraban como una tierna despedida. Muchos, en efecto, sucumbieron en el combate, dejando sin respuesta aquellas cartas queridas; pero si su pérdida fué una justa causa de aflicción, su nombre, ensalzado por la gloria, debe ser un lenitivo y un consuelo.

El sol, oculto desde el 10, apareció de nuevo, trayendo consigo la esperanza y el remedio de los sufrimientos experimentados en su ausencia. Es necesario haber pasado tres días en el desierto, entre una niebla densa, cayendo un fuerte aguacero, sin abrigo, con frío, careciendo de medios de calentarse, para comprender lo que

valía cada rayo de aquel sol que bañaba las frentes de nuestros soldados. Se le recibió como á un amigo que se espera, como á un bienhechor que ha diferido sus favores para el momento más crítico: vivas y aclamaciones de júbilo resonaron en su obsequio: parecía que el astro recobraba el imperio que ejerció en el Perú antes de la conquista de los españoles, y que los soldados del Norte, imitando á los súbditos de los Incas, iban á doblar la rodilla para adorarlo como á un Dios.

Los víveres que con anticipación se habían colocado en los puntos del tránsito, empezaron á escasear desde el 14. Las raciones, bastante limitadas desde antes, quedaron aún más reducidas, dejando casi sin saciar el hambre de las tropas. La miseria continuó más horrorosa cada día de los siguientes, con lo que naturalmente desfallecían las fuerzas, y acrecían los sufrimientos, sobrellevados con una paciencia digna de los soldados que iban á pelear por su país.

Escalonadas las divisiones como se ha visto, prosiguieron la marcha hasta la Encarnación. Sus padecimientos, lejos de ir á menos, se aumentaban más y más. Las jornadas, largas y penosas, se hacían sin encontrar en el camino habitación alguna, hasta que se llegaba al punto lejano en que se debía pasar la noche, y aún entonces no había local en que acomodarse: los soldados dormían al vivac, expuestos á todo el rigor de la intemperie. El agua escaseaba de tal suerte, que sólo la había en uno que otro lugar á distancias considerables, y saludísima; de manera que no se podía apagar la sed ardiente que producía la agitación del camino. No había tampoco modo de acogerse á la sombra amiga de los árboles, porque excepto una que otra palma, el desierto no lo tenía como antes se indicó: lo único que había en abundancia, era la yerba llamada *governadora* (*zigophillum tabago*), que se distinguía en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista. En el mar, luego que se ocultan las costas no se ve más que cielo y agua; en aquel desierto no se vea más que cielo y yerba, hasta que alguna rancharía distante, muy parecida á los aduares de los salvajes, aparecía como una isla en aquel océano terrestre.

La división de Pacheco llegó el 17 á la Encarnación; la de Lombardini, el 18; la de Ortega, el 19; las brigadas de caballería de Torrejón y Juvera, el 20 y el 21. En aquella hacienda se encontraba hacía días el general Andrade, cuya corta fuerza, impropriamente llamada brigada, se componía de unos cuantos soldados presidiales. Las avanzadas del enemigo habían estado á tiro de fusil.

El ejército entero se había concentrado en la Encarnación, donde se detuvieron las primeras tropas en espera de las que venían atrás. Una vez reunidas todas, les pasó revista el general en jefe, que montó entonces á caballo, y recorrió las filas de sus soldados entre los más entusiastas vivas. Su presencia en medio de su Estado mayor, anunciaba que el momento del peligro estaba próximo y que se disponía á arrostrarlo con valor. Según el estado que se formó allí de las fuerzas, había entonces 14,000 hombres de todas armas. Así, antes de encontrar el enemigo, había ya una baja de 4,000, proveniente de los muertos, de los enfermos, de los cansados y de los desertores. Pero los que quedaban, se sentían reanimados con sólo la proximidad del enemigo; disponían sus armas para el combate; victoreaban á sus jefes; daban muestras del arrojo con que se condujeron luego en la batalla.

A la una del día 21 tomó la tropa su rancho, y llenó de agua sus caramañolas: después salió para el puerto del Carnero. Abrían la marcha los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia: seguían detrás el batallón de zapadores con la batería de á 16; luego las tres divisiones de Pacheco, Lombardini y Ortega, denominadas entonces, la primera, de vanguardia; la segun-

da, del centro; la tercera, de retaguardia; después el resto de la artillería con sus correspondientes dotaciones, y el material de guerra; en seguida, la caballería de Juvera y Torrejón; y cubría el general Andrade la retaguardia de todo el ejército.

Aunque el general Santa-Anna dió orden para que no pasasen de la Encarnación las mujeres que seguían á la tropa, no fué obedecido; de suerte que un número muy grande de ellas continuó para adelante, formando un nuevo ejército.

La noche se pasó en el puerto del Carnero: allí estuvieron los cuerpos ligeros y los húsares, y el resto de las tropas entre un magnífico palmar. “En la noche, dice una relación que un testigo ocular publicó en un periódico de la capital, el frío nos atormentó lo que no es “decible: el ejército urgido, casi por un instinto de desesperación prendió fuego por diversos puntos al bosque “de palmas. La llama trepó incendiando sus copas, y “un océano de fuego se improvisó con sus olas horrosas en medio de los aires..... El espectáculo era imponente, sublime; á su luz se veían los soldados hambrientos, desfallecidos de frío, y como un ejército de cadáveres.”

El 22 se continuó la marcha: el general Santa-Anna volvió á montar á caballo: se presentó á las tropas excitando su ardimiento: se adelantó hasta donde marchaban las más avanzadas, cuyo entusiasmo subía de punto al verlo. No se tardó en recibir noticias de que los americanos, que se había creído que se defenderían en el punto de Aguanueva, habían abandonado esta hacienda, entregándola antes á las llamas.

Luego que Santa-Anna se cercioró de la verdad de lo que se le refería, partió velozmente hasta Aguanueva con su estado mayor y los suyos. Llegado allí, determinó seguir adelante en persecución del enemigo, por lo que mandó orden á la caballería para que tomara la vanguardia. Cumplióse con lo mandado; y mientras las divisiones de infantería se detenían para proveerse de agua, la caballería entera pasó sin que un sólo hombre se detuviera á beber una gota, á pesar de que venían todos cansados, sin aliento y muertos de sed. Al atravesar la hacienda, dirigían la vista con tristeza al aguaje, que los convidaba con sus ondas cristalinas; pero sumisos á la voz del deber, se alejaban á todo escape, sin abandonar sus filas.

Poco se dilató en alcanzar á los enemigos en el campo de batalla conocido con el nombre de la Angostura. El terreno que se acababa de andar estaba formado de vastas y extensas llanuras, en que no se hubiera podido resistir el impulso vigoroso de nuestras tropas, principalmente el de nuestra hermosa caballería; pero en donde el enemigo se había detenido para combatir, empezaban dos series sucesivas de lomas y barrancas, que constituían una posición verdaderamente formidable. Cada loma estaba defendida por una batería, pronta á dar la muerte á los que intentaran tomarla; y la disposición del lugar, que presentaba grandes obstáculos para el ataque, manifestaba con claridad que, aun cuando las armas mexicanas obtuviesen el triunfo, no sería sin una pérdida de consideración.

Luego que la caballería llegó á la Encantada, desde donde avistó al enemigo, comenzó á batirse en tiradores. Inmediatamente envió orden el general en jefe para que la infantería apresurara su marcha caminando á paso veloz. Así se verificó: á pesar del cansancio de la tropa, se siguió adelante hasta llegar á la Angostura con lo que se completó una jornada de 12 leguas. La fatiga mató á varios soldados, que quedaron tendidos en el camino. Luego que llegó la infantería, la brigada del general Mejía se situó á la izquierda de éste entre unos sembrados, sostenida por un cuerpo de caballería. El resto de la infantería se colocó á la derecha, formando en dos líneas con sus competentes reservas y bate-

rías. Las brigadas de caballería quedaron á la retaguardia.

Respecto de los cuerpos ligeros, el general en jefe dispuso que Ampudia, que los mandaba, fuera á apoderarse de un cerro que había quedado abandonado á nuestra derecha, y que importaba demasiado ocupar para el éxito de la batalla. Los cuerpos ligeros se dirigieron á esa posición; pero el general Taylor conoció entonces la falta que había cometido, y para remediarla envió por su parte una fuerza respetable, esperando que llegaría primero que la nuestra. Las dos divisiones se acercaron una á otra: conociendo que la ocupación del cerro no era ya empresa fácil, y que no debía quedar sino en poder del vencedor, rompieron sus fuegos, trabando un reñido combate. Además de la oposición del enemigo, aquella eminencia presentaba por sí misma obstáculos de consideración: el ascenso era casi perpendicular; de suerte que aun para subir el parque había penosas dificultades, siendo necesario valerse de mil arbitrios para superarlas.

El combate continúa con encarnizamiento: la noche cierra completamente, y está aun indeciso el resultado. Los cuerpos ligeros se baten con denuedo: el resto del ejército, simple espectador de la acción, sigue ansioso con la vista la dirección de los fuegos, luchando entre la duda y la esperanza. “Luego que oscureció, dice la relación citada anteriormente, el espectáculo era magnífico. Se veía flotar realmente en los cielos una nube de fuego, que ó se elevaba ó se abatía, según los enemigos ganaban ó perdían terreno.” Por último, los americanos ceden; sus soldados se retiran; los nuestros coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado.

El resto de la noche se pasó al vivac y enfrente del enemigo. Estuvo lloviendo: el frío era crudísimo: se había prohibido hacer lumbradas, por lo que no se veía ninguna luz en el campamento. La mayor parte del ejército esperaba el combate indiferente y tranquilo, como si la muerte no girara sonriendo sobre sus cabezas, mientras algunos oficiales velaban, agobiados de los pensamientos que siempre dominan la víspera de una gran batalla.

Amaneció el 23: la aurora de aquel día de grandioso recuerdo, fué saludada con las marciales dianas de los cuerpos, el general Santa-Anna estaba ya á esa hora á caballo dando sus disposiciones. El fuego de cañón comenzó: las tropas ocuparon sus puestos: la brigada del general Mejía pasó de la izquierda á la derecha del camino. La batalla se generalizó poco después; y como no hubo tiempo para repartir el rancho, los soldados pelearon todo el día sin tomar alimento.

El combate comenzó por el cerro ganado la víspera, y que de nuevo disputaron los contrarios sin fruto á los cuerpos ligeros. Entre siete y ocho de la mañana ordenó el general en jefe que se diese una carga sobre el enemigo. Entonces avanzaron todas las tropas, moviéndose en batalla paralelamente: por el camino iba una columna á las órdenes del general Blanco (D. Santiago) compuesta de los batallones de zapadores, mixto de Tampico y hijo de México, llevando el regimiento de húsares á la izquierda. A la derecha de esta columna marchaba la división del general Lombardini, que formaba el centro de nuestra línea, y á su lado la del general Pacheco. Un poco atrás, y siempre á la derecha como sirviendo de reserva, seguía la del general Ortega; y el general Ampudia con los cuerpos ligeros, reforzados con el 4º de línea, seguía batiendo á las fuerzas americanas que había al pie del cerro.

La línea enemiga era oblicua, de suerte que, aunque nuestro ejército marchaba paralelamente como se ha dicho, la columna del camino empezó á recibir un mortífero fuego de cañón, mientras que las otras divisiones estaban aun lejos del enemigo. Sin embargo, aquella

no se desconcertó: los soldados seguían impávidos para adelante, cerrando los claros que las balas abrían en sus filas, con el arma al brazo, y esperando llegar á la bayoneta para vengar la muerte de sus compañeros, impunemente sacrificados; pero el general Santa-Anna, observando los estragos que sufría, dispuso que se detuviera, abrigándose tras de una colina que podía defenderla del fuego de los americanos.

Entretanto, las divisiones de Lombardini y Pacheco habían roto los suyos, que fueron al punto contestados. Cuando se empeñó el combate, recibió una herida honrosa el general Lombardini, que tuvo que retirarse del combate, recayendo el mando de su división en el general Pérez. La tropa del general Pacheco, casi toda bisoña, vacila y no tarda en desbandarse, acosada por el fuego certero que recibía de frente, y más aún por el de flanco, que la desordena completamente. La dispersión es general: en vano Pacheco, con un valor digno de elogio, procura contener á sus soldados, que no se detienen hasta que llegan á las últimas filas. El enemigo, por su parte quiere aprovecharse de la ventaja que ha obtenido para alcanzar el triunfo: avanza intrépidamente; pero la división del general Pérez, con serenidad y firmeza, hace un cambio de frente sobre la derecha, y lo obliga á retroceder. Aquel diestro movimiento es favorecido por una batería de á 8 que mandaba el capitán Ballarta, y que Santa-Anna puso á las inmediatas órdenes del sereno general Micheltorena. El fuego de las piezas que la componen, ocasiona á los contrarios pérdidas de consideración: todos los tiros se aprovechan por la corta distancia á que combaten unos de otros, siendo de una loma á la inmediata: los americanos, que han soñado un momento con la victoria, se retiran destrozados, quedando el campo cubierto con los cadáveres confundidos de los valientes que por ambas partes han caído en esta sangrienta lucha.

Grande había sido en efecto el arrojado con que unos y otros habían peleado: ya trepan nuestros soldados á la loma, cargando á la bayoneta; ya descienden á la barranca, revueltos con los enemigos: ahora suben de nuevo sin dejar de combatir; luego vuelven á precipitarse de arriba á abajo, como una avalancha; y así pierden ó ganan terreno, y así perecen los más distinguidos, y así por fin, quedan dueños del terreno ganado á costa de esfuerzos heróicos.

El triunfo hubiera sido completo desde aquel instante, si la caballería hubiese estado á la mano, para arrojarse sobre los restos desorganizados de las fuerzas vencidas: por desgracia estaba distante, y cuando llegó ya las encontró rehaciéndose. Sin embargo, carga con denuedo, dirigida por el valiente general Juvera: todos cumplen con su deber: el general D. Angel Guzmán, coronel del regimiento de Morelia, se distingue de una manera especial, rechazando al enemigo hasta la hacienda de Buenavista. Parte de la caballería siguió tan lejos en su persecución, que para volver á nuestro campo, tuvo que tomar por la retaguardia de las tropas de Taylor, viniendo á salir por la izquierda de la posición.

En la primera carga que acabamos de referir, habían vencido las armas mexicanas; pero las ventajas que el terreno presentaba á los enemigos exigían esfuerzos continuados, y no una victoria, sino muchas. Replegadas sus tropas de una loma, se reorganizaban en la siguiente: era necesario ir las tomando una por una, á costa de la sangre de la parte más escogida del ejército.

Para dar la segunda carga, antes que se disipe el entusiasmo del triunfo, se forma una nueva línea de batalla, á la que entran todas las tropas de reserva, incorporándose con las que ya se habían batido. La columna que hemos dejado en el camino, defendida por una colina, viene ahora á formar la reserva de esa nueva línea. Nuestra tropa avanza ordenadamente: la batería del general Micheltorena, única que jugaba por nuestra parte,

destruza á los contrarios: se llega á la bayoneta, hatiéndose los soldados cuerpo á cuerpo: por segunda vez nuestros valientes vencen: lo americanos se replégan á la loma inmediata, dejándonos por trofeo uno de sus cañones y tres banderas.

En estos momentos se presentan al general en jefe unos parlamentarios, intimando rendición. Santa-Anna les contesta con dignidad, negándose á acceder á tan original pretensión. Hubiéramos pasado este hecho en silencio, como insignificante, si no fuera porque el envío de los referidos parlamentarios, provino de la inteligencia en que estaba el general Taylor de que Santa-Anna le había enviado otro previamente, y así lo aseguró en su parte oficial. En aclaración de los hechos, vamos á explicar en lo que consistió esta equivocación.

Al dar nuestras tropas la segunda carga, el teniente de plana mayor D. José María Montoya, que iba en las primeras filas, quedó confundido entre los americanos. Viéndose solo, y no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se valió de la estratagema de fingirse parlamentario, por lo que fué llevado á la presencia del general Taylor. Este lo hizo volver á nuestro campo, en compañía de dos oficiales de su ejército para que se entendieran con el general Santa-Anna; pero Montoya, que tenía sus razones para no presentarse, se separó de los comisionados, los que cumplieron con su encargo.

Después del segundo combate, que sería entre las diez y las once del día, cayó una ligera llovizna: los soldados toman algún respiro, y á las doce vuelven á marchar de nuevo sobre las posiciones del enemigo. Habían vuelto ya á entrar entonces en batalla los zapadores y demás cuerpos, que estuvieron de reserva. El general Taylor, creyendo débil nuestra izquierda, hace avanzar algunas fuerzas en aquella dirección, las que hallan una resistencia invencible. La brigada de Torrejón carga sobre ellas, y pierde á sus mejores oficiales y soldados. La acción se generaliza; nuestra línea avanza; los cuerpos ligeros, que en el curso de la batalla habían hecho retroceder á las tropas que encontraron al paso, estaban ya en el extremo de la loma misma en que se batían los enemigos. De nuevo se empeña la refriega; por ambos lados se multiplican los muertos y los heridos; unos atacan bizarramente; otros se defienden con gallardía; ninguno cede; el combate se prolonga por horas enteras; y sólo al cabo de inauditos esfuerzos, es cuando se logra arrollar al enemigo hasta su última posición. Otras dos piezas suyas y una fragua de campaña, cayeron en nuestro poder.

En aquellos instantes se suelta un fuerte aguacero; las tropas, muertas de cansancio, se detienen; el general Taylor, que ha tenido que retroceder de loma en loma, perdiéndolas todas después de una obstinada resistencia, se prepara á hacer el último esfuerzo antes de ceder enteramente la palma de la victoria; pero la batalla ha cesado: la carga que se acaba de dar, fué el postrer empuje de nuestras fuerzas. El enemigo no se cree derrotado, porque si bien ha perdido todas sus posiciones, menos una, le basta conservar ésta en actitud hostil para pretender la gloria del vencimiento. Por nuestra parte, se proclama el ejército vencedor; alega por títulos los trofeos adquiridos, las posiciones tomadas, las divisiones enemigas vencidas. La verdad es que nuestras armas derrotaron á los americanos en todos los encuentros, sin que el éxito de la batalla nos fuera favorable; hubo tres triunfos parciales, pero no una victoria completa.

Durante la acción, la brigada del general Miñón estuvo á retaguardia del ejército de Taylor, aproximándose ya á Buenavista, ya al Saltillo. Su inacción ha dado lugar á una ardorosa polémica entre los generales Santa-Anna y Miñón, en la que no entraremos nosotros, porque nuestro objeto principal es referir los hechos como pasaron, sin tomar parte en las discusiones á que algunos han dado lugar.

La nación tuvo que lamentar sensibles pérdidas en esta batalla: allí se derramó la sangre de sus hijos más valerosos: cuarenta jefes salieron heridos; entre los muertos debemos mencionar á los tenientes coroneles D. Francisco Berra y D. Félix Azoños; comandante de batallón D. Julián de los Ríos; y comandantes de escuadrón D. Ignacio Peña, D. Juan Luyando y D. José Santoyo, que sucumbieron sobre el mismo campo de batalla.

En la relación antecedente no se ha hecho más que explicar los movimientos del ejército entero, omitiendo rasgos de valor y patriotismo, en que no se puede entrar en esta clase de artículos. Con todo, diremos en general: que á más de las personas cuya conducta se ha elogiado con justicia, hubo muchas otras que merecieron igualmente la estimación de sus conciudadanos. Se vió á varios jefes de cuerpos tomar en la mano la bandera del suyo, y conducir á los soldados al combate, ocupando el puesto de mayor peligro. El valor de las tropas ha logrado las alabanzas aún de los mismos enemigos, que sólo han hablado mal de algunos generales, asegurando que si todos hubieran imitado el ejemplo de sus subordinados, habrían decidido en favor nuestro el éxito de la batalla.

El general Santa-Anna no ha participado de esta inculparción. Amigos y enemigos han reconocido el valor con que constantemente arrojó el fuego. ¡Lástima es que sus combinaciones no correspondieran á su deuedo; que sus faltas ofuscaran el esplendor de sus méritos; que sea preciso censurar su conducta como general, al mismo tiempo que alabamos su arrojo de soldado!

La batalla de la Angostura había concluido. Las columnas, dueñas del campo de batalla, recibieron de improviso la orden de poner fin al combate, y de retirarse á la oración de la noche para Agua nueva, donde encontrarían las provisiones y recursos de que tanto necesitaban, y que faltaban enteramente en el sitio donde habían peleado. La retirada comenzó por la artillería, los trenes y los carros; en seguida iban las diversas brigadas y cuerpos, quedando encargado de pernoctar en el campo, y de hacer lumbradas en toda su extensión, para engañar al enemigo, el general Torrejón con la tercera brigada, compuesta de un escuadrón del Ligerero de caballería, los regimientos 3^o, 7^o y 8^o, y el activo de Guanajuato.

Nuestros soldados habían desplegado un valor digno de mejor suerte; se habían arrojado con intrepidez sobre el enemigo, salvando barrancas, subiendo lomas, precipitándose sobre las baterías americanas que aclaraban sus filas; y al caer heridos de muerte exclamaban: "¡Viva la República!" y espiraban. Así, peleando por causas menos justas, se encarece que los valientes del ejército grande que el Capitán del siglo mandaba, fallecieran en el combate, sin proferir en su agonía más grito que los de "¡Viva la Francia! ¡Viva el emperador!"

A aquellos cuyas heridas eran de menos gravedad, los llevaban á media legua del lugar de la acción; y allí, al aire libre, unos pocos facultativos, con remedios contados é insuficientes, los curaban eficazmente. Tal era el *hospital de sangre* en que fueron asistidos, desde los jefes de más distinción y categoría, hasta los más infelices soldados. Esos desgraciados no sabían aún la suerte que les estaba reservada: ellos no podían conocer que la muerte hubiera sido para muchos un mal menos funesto, un destino envidiable.

Al tomar el ejército el camino para Agua nueva, una escena de horror vino á conmovir el corazón de los que habían visto con serenidad el peligro en los momentos más críticos del combate. Los heridos ascendían á ochocientos, y el corto número de medios de transporte de

que se podía disponer, no permitía que fueran llevados todos. Fué, pues, preciso entregar á una gran parte á su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frío, con una sed devoradora, y sin medicinas, sin abrigo, sin alimento, veían desaparecer á sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza y manifestaban en su rostro lívido la horrible calma de la desesperación. A su vista se presentaban ya los coyotes y perros, que esperaban el momento en que podían empezar su espantoso banquete. Los que más afortunados pudieran escapar de los horrores de aquella noche, tenían á lo menos un porvenir menos cruel: contaban con la piedad de los enemigos; y en obsequio de la justicia debe decirse, que estos cumplieron con lo que mandan las leyes de la guerra y exigen los deberes de la humanidad.

Por su parte, los que se retiraban, no podían ver sin un vivo dolor á aquellos heridos que tenían que abandonar. Muchos dejaban entre ellos parientes, amigos, de quienes iban á separarse para siempre; y sin poder siquiera pagarles el último tributo del cariño, los dejaban para que los coyotes hicieran pasto de sus restos. Y para colmo de infortunio, no era esa la postrer pena que tenían que sufrir en aquella noche del 23, que ocupará una página de luto en nuestros fastos militares.

La retirada había empezado á la oración; pero el ejército, que no formaba ya más que una masa informe, caminaba lentamente, embarazándose unas brigadas á otras, y avanzando con dificultad. Así fué que aunque el campo de batalla no distaba más que cuatro leguas de Agua nueva, no se comenzó á llegar á este punto sino de las diez de la noche en adelante. Aquella hacienda, que los americanos habían incendiado al retirarse, ardía aún cuando volvieron nuestras tropas. A un lado del camino había un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua, en vez de procurarles algún alivio, sólo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habían tomado, cuando expiraban en medio de las más horribles convulsiones. Los pocos heridos que habían logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados, aunque sin lesión, fallecieron de esa manera; y su sangre, mezclada con el fango del estanque, hacía más insoportable esa bebida. Y, sin embargo, no había otra agua con que saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios á aquel brebaje inmundo, asqueroso, mortífero.

Pronto el aspecto de los cadáveres, el estertor de los moribundos, las quejas de los heridos, las maldiciones de todos, añadieron nueva aflicción á los espíritus, contristados ya por tantos padecimientos. El espectáculo que se ofrecía á la vista infundía el más penoso desconsuelo: se andaba sobre los muertos; se atropellaba á los que no habían aún exhalado el último aliento; por un lado se encontraban mujeres sollozando sobre los cuerpos ya inertes de sus deudos; por otro se presentaban asistiendo á los que padecían de sus heridas: éstas lavaban ropa sucia en la agua llena de lodo y de sangre; aquellas acallaban á sus hijuelos que lloraban sin saber por qué. Los carros y los trenes embarazaban el camino: las bestias de carga tropezaban á cada paso: los caballos y mulas de silla y de tiro, cansadas y sin haber comido, apenas podían moverse: todo era confusión, todo angustias y sufrimientos. A lo menos en el campo de batalla, la noche, con sus sombras protectoras, encubría la mitad de los estragos; pero en Agua nueva el cuadro de los horrores de la retirada se descubrió en toda su deformidad, alumbrado por la luz rojiza del incendio, que se confundía con los rayos pálidos de una luna amarillenta y lúgubre.

Por fin, acabaron de llegar todos los cuerpos, y sin

establecer orden ni arreglo, cosas imposibles en aquel momento, se distribuyeron los víveres que había. El resto de la noche se pasó descansando parte de la fuerza, y entregada la otra á los sufrimientos que no había medio de aliviar. Al amanecer el día 24 se tocó llamada: aquel toque guerrero reanimó á las tropas, disipando el desaliento que se había apoderado de sus ánimos, al ver de cuán poco habían servido tantos trabajos y esfuerzos. La revista que se mandó pasar dió á conocer la inmensa pérdida del ejército, ocasionada no tanto por las bajas habidas en la batalla, cuanto por la dispersión de la noche anterior, dispersión que se continuó los días siguientes, y cuyo resultado fué que los cuerpos quedarán reducidos á meros cuadros, en que apenas se veían unos pocos oficiales y soldados, agrupados junto á su bandera.

Para establecer algún orden, se dispuso la formación de nuevas líneas, reorganizando los batallones con compañías de diversos cuerpos, á fin de que el ejército presentara aún un aspecto imponente. Acababa apenas de verificarse esta operación, cuando llegaron tres oficiales enemigos con el carácter de parlamentarios. Conducidos á la presencia del general en jefe, manifestaron que nuestros heridos habían sido recogidos y enviados al Saltillo, donde se les asistiría con todo esmero; hicieron á nombre del general Taylor un pomposo elogio del valor que nuestras tropas habían desplegado en la batalla, y ofrecieron, de parte del mismo los refrescos y provisiones que sabía escaseaban en el campo. Brindaron, por último, con un arreglo sobre suspensión de hostilidades y modo de terminar las diferencias existentes entre las dos naciones. El general Santa-Anna les contestó que agradecía, cual era debido, así la buena conducta observada con los heridos, como las ofertas generosas que se le hacían; pero que no podía admitirlas ni menos entrar en un convenio para el que no estaba autorizado por su gobierno, y que era además imposible, mientras no quedara libre el terreno que ocupaban las fuerzas americanas.

En el curso de la entrevista dispuso el mismo general, que en vez de que los oficiales parlamentarios volvieran á su campo con los ojos vendados, conforme al uso establecido para casos semejantes, se les pasara por enfrente del ejército para que vieran el estado que guardaba, y le pasasen revista si gustaban. El objeto que llevaba al dar este paso, era el que se convenciesen por sus propios ojos de que la retirada de la Angostura no había sido originada por terror á las armas enemigas, como igualmente de que, si había que combatir otra vez, no le faltaban los medios necesarios, contando aún con una división florida, y con pertrechos y municiones en gran número.

En efecto, los oficiales parlamentarios, acompañados de dos ayudantes de Santa-Anna, pasaron revista á las fuerzas que permanecían aún sobre las armas. Su aspecto marcial, su continente respetable, su disciplina, y el valor que acababan de acreditar en Buenavista, llamaron vivamente la atención de los enemigos, que les prodigaron elogios de todo género. Entre los cuerpos de caballería, en los que más se fijaron fué en los husares, en los coraceros, y en el regimiento número 7. Manifestaron, sin embargo, que en los Estados Unidos se hacía muy corto aprecio de esa arma, porque estaban convencidos de que costaba mucho y era de muy poca utilidad.

Concluido su examen militar, se retiraron los comisionados del ejército Taylor, formando juicios bastante favorables del ejército mexicano. Acaso su actitud imponente coadyuvó en parte á evitar que el americano lo siguiera de cerca, picándole la retaguardia, y esponiéndolo á todos los reveses que son tan frecuentes en una retirada, cuando se pelea con un enemigo poderoso y emprendedor; aunque en verdad lo que más principal-

mente nos libró de esos desastres, fué el estado de verdadera impotencia y nulidad á que la batalla redujo á la división invasora.

En Agua nueva creyó oportuno el general en jefe dirigirse á los valientes que mandaba, y publicó una proclama, en que no anduvo escaso de alabanzas por su comportamiento en aquella memorable expedición. Recordábase sus servicios, encomiaba su intrepidez, llegando su entusiasmo hasta denominarlos “un ejército de héroes.” Pronto ese general, inconsecuente en su modo de pensar, debía deprimir á los que entonces lisonjeaba, y tratar de ineptos y cobardes á los mismos jefes que halagaba en su proclama.

En la noche mandó reunir una junta de oficiales generales, para oír su opinión sobre el partido que convenía tomar. Todos fueron del mismo parecer que el general en jefe, y en consecuencia, se resolvió que el ejército continuaría su retirada hasta San Luis. Ni uno solo de los individuos que asistió á la junta se opuso á una determinación que iba á ser de funestos resultados para nosotros; y hasta algunos días después fué cuando el general Miñón manifestó su sentir, enteramente distinto del adoptado, consignándolo en una enérgica protesta que suscribieron los jefes de su brigada, y que no influyó poco en el tratamiento que recibió luego de Santa-Anna.

Con el objeto de disminuir las dificultades y embarazos que se preveían, se dispuso que tomaran la delantera todos los mutilados, los que efectivamente comenzaron á salir desde aquel mismo día. El 25 los siguieron los que aún quedaban, y la suerte de unos y otros fué por cierto bastante lastimosa. Las camillas en que se llevaban á los de más gravedad, se habían formado apresuradamente, unas con horcones de palo, otras con fusiles. Los dolientes carecían de colchón, de sábanas y almohadas, contando para su abrigo con sólo unas jergas, sin que dejara de haber muchos á quienes faltaba aun esta cobija. Los más de los heridos iban en treinta carretas, tiradas por bueyes, habiéndose preferido para colocarlos allí á los que daban menos esperanza de curación. Se veían también varios jefes á quienes llevaban cargados sus soldados, entre los que hubo muchos que los atendieron con un esmero poco común. Otros, por el contrario, se valían de la ocasión para cometer crímenes: se dispersaban y desertaban, no sin robar primero á sus desgraciados oficiales, y llevando la crueldad hasta el extremo de matarlos para mejor afianzar la impunidad de sus faltas. En suma, las acciones más humanas y generosas formaban un notable contraste con las más perversas, que no podían evitarse en aquel tumulto y confusión universal.

Este mismo desorden facilitaba á los soldados que se separasen de sus filas, ocasionando una numerosa dispersión. Los que armándose de más constancia seguían aún sus banderas, empezaban á ser víctimas de nuevos padecimientos. La jornada de Agua nueva á la Encarnación fué de 14 leguas: á lo largo de ella se unió la falta de alimentos sanos, la más grave aún de la agua, de que no había ni una gota, y la sensación penosa de un frío horroroso que penetraba hasta la médula de los huesos. No había esperanza de remediar estos males hasta que se llegara á Matehuala, punto en que se habían reunido algunos recursos.

El general Santa-Anna, diciendo que iba á disponerlos para las tropas, resolvió separarse de ellas, avanzando con su Estado mayor. Antes de alejarse mandó que el general Ampudia quedara sustituyéndolo en el mando en jefe del ejército, al que lo dió á reconocer con tal carácter. Semejante nombramiento produjo un descontento bastante marcado: la mayor parte de los generales desconocieron al que se acababa de revestir de superioridad sobre ellos, publicando con la mayor claridad la repugnancia que experimentaban de servir á sus ór-

denes. Y así, aquel paso desacertado no hizo más que enconar los ánimos, y añadir un elemento nuevo de discordia á los males que se padecían.

El descontento común obligó luego á Santa-Anna á separar á Ampudia del mando, que confió al general Pacheco; pero éste desde el Salado se había separado del ejército. Resultó, pues, que no habiendo quien entrara con el carácter de general en jefe, cada brigada caminó independiente de las otras, lo que por supuesto aumentó el desorden y la confusión.

Tantos golpes que se sucedían sin interrupción, afectaban necesariamente la moral, ya muy relajada del soldado. A la llegada de las tropas á la Encarnación, se notaba un desaliento general, que se aumentaba por momentos. Todas las clases estaban igualmente disgustadas, porque el sufrimiento era común, y no había quien tuviera mejor suerte que los otros.

En la hacienda mencionada se esperó la reunión de toda la fuerza, continuando el movimiento el 26 por la mañana. El cuartel general que seguía al general Santa-Anna, llegó hasta San Salvador, y continuó desde entonces con una jornada de adelanto. Las brigadas pernoctaron allí también, y á consecuencia de un nuevo arreglo, la caballería quedó cubriendo la retirada.

El 27 se caminó hasta el Salado, andando ese día 11 leguas. Allí se desarrolló un nuevo mal, que fué de los más graves que se sufrieron. Los comestibles en los días anteriores se habían reducido á carne maleada y piloncillo, y el agua que se bebía era saludísima. Los que habían tomado esos alimentos malsanos, se vieron atacados de una fuerte disenteria, que se propagó con una generalidad asombrosa, pues fueron muy contadas las personas á quienes no les dió. Los estragos de la enfermedad llegaron á ser en extremo deplorables: la muerte se cebó en las infortunadas tropas, en términos que todos los días fallecía un número considerable de personas. El ejército parecía formado de cadáveres: el miserable estado á que se veían reducidos los enfermos era tal, que muchos tenían la piel pegada á los huesos, y su contracción, descubriendo los dientes, daba al rostro una expresión de risa forzada que llenaba de horror.

Hasta las Animas, lugar adonde se llegó el 28, después de una jornada de ocho leguas, se pudo dar á los enfermos un poco de arroz. Desde antes habían llegado allí algunos jefes heridos, á quienes servía de facultativo una vieja sucia y asquerosa, á la que por su aspecto repugnante habían dado el nombre de “la bruja.” La caritativa mujer, con una generosa eficacia, se consagró al cuidado de dichos jefes, curando sus heridas, preparándoles sus alimentos, formando vendas é hilas con los girones de su camisa, de color equívoco, y desviviéndose por atenderlos. Semejante conducta no podía menos de excitar su gratitud: las atenciones de la anciana ganaron su voluntad; y poetizando el agradecimiento á la pobre enfermera, miraban como un ángel de consuelo á la que poco antes habían llamado bruja para vilipendiarla y escarnecerla.

En las Animas hubo que soportar una nueva calamidad: parecía que éstas formaban una serie interminable, y que el ejército debía apurarlas una tras otra. La que entonces aconteció, fué un temporal deshecho, que acabó con la poca energía que se conservaba aún. El único alivio que se experimentó en medio de tan continuos desastres, fué el de una corta mejora en los alimentos, en razón de que se pudo dar una reducida ración de arroz.

El día siguiente, que fué el 29, se anduvieron otras doce leguas: la jornada se rindió en el Cedral, en donde se consiguieron los primeros alimentos sanos y nutritivos, que eran tan necesarios para la tropa. También se encontró un botiquín, objeto precioso para tanto enfermo como venía. No debe pasarse en silencio que estos auxilios los proporcionó el Sr. Yari, con generoso

desprendimiento, compadecido de la situación de sus compañeros de armas.

En el Cedral falleció el capitán de húsares D. José María Oronoz, ayudante del general Santa-Anna, á los 23 años de edad, de resultas de las gloriosas heridas que recibió en la Angostura. Su muerte fué aún más sentida por el interés que inspiraba su hermano el teniente coronel D. Carlos Oronoz, que lo había venido asistiendo con la más recomendable eficacia. Aquellos dos jóvenes eran un modelo de amor fraternal: siempre se les veía juntos: en todas partes se ayudaban recíprocamente, repartiéndose con igualdad las penas y los placeres. En los peligros, cada uno olvidaba el propio para no pensar más que en el de su hermano; y aquella unión afectuosa daba más realce á sus modales finos y caballerescos, á su buena conducta como ciudadanos, á su valor y serenidad como militares. El dolor que desgarraba el corazón de D. Carlos, hacía que muchos le tuvieran más compasión que al mismo herido. Cuando éste falleció, sus amigos asistieron llenos de pena á sus funerales, y arrancaron á su hermano del sitio donde descansan los restos mortales de uno de los oficiales más distinguidos del ejército del Norte.

Otro de los sucesos que más se notaron en esa ocasión, fué la fe religiosa de que dieron prueba los veteranos, cuyos incesantes padecimientos infundieron en sus ánimos el saludable deseo de buscar consuelo en las doctrinas del Crucificado. Se les vió entrar en la iglesia, arrodillarse, y permanecer muy largo rato orando con fervor. El aspecto de un valiente guerrero, que prosternándose ante los altares del Dios Omnipotente, implora su auxilio, es un hermoso espectáculo, que revela la nada de las grandezas humanas: hay algo de majestuoso y sublime en ver á un hombre, respetado y temido de sus semejantes, conocer su pequeñez, y rezar con devoción y humildad en el templo de su Creador.

La jornada del 30 fué del Cedral á Matehuala, punto en que como antes se indicó, se esperaba encontrar un acopio considerable de recursos, y que por ser una población más grande, debía creerse que daría mejor acogida á la tropa. Esta esperanza no tardó en desvanecerse: el recibimiento fué frío y despreciativo: aquel pueblo indiferente miró las desgracias acaecidas en el ejército, como si se hubiera tratado de hombres extraños y sin vínculos con los habitantes. El golpe que recibieron los que aguardaban el alivio de sus padecimientos, fué más doloroso, porque les indicaba que no eran apreciados sus inmensos sacrificios.

Las brigadas llegaron tan fatigadas, que se hizo preciso darles dos días de descanso, pasados los cuales, recibieron el orden de proseguir la retirada hasta S. Luis. Antes de su salida, se supieron noticias de México, las que eran demasiado tristes, en razón de que comunicaban el pronunciamiento verificado contra la administración de Farfás. Grande fué el desaliento que produjeron nuevas tan desconsoladoras: los valientes que acababan de combatir con el enemigo extranjero, veían con pesar que no se olvidaban nuestras disensiones intestinas, cuando la invasión amenazaba acabar con todo, á la manera de un incendio que se propaga con rapidez en un bosque espeso y lleno de materias combustibles. La proximidad del peligro que corría Veracruz, daba nuevo pábulo á sus tristes presentimientos. La nación acometida por el Norte, próxima á serlo por el Oriente, rumbo de fatal agüero, se daba en espectáculo al mundo, empeñando una lucha fratricida en la ciudad hermosa, á cuyas puertas tocaba ya la irrupción de los americanos.

En Matehuala se verificó un suceso bastante notable: la prisión del general Miñón. Es público que en el parte dado sobre la batalla de la Angostura, se le atribuyó la falta de no haber atacado al enemigo, según se le había prevenido, culpándolo de que no se hubiera obte-

nido un triunfo completo. Este antecedente, unido á la protesta de que antes se hizo mención, y á varias observaciones que en el curso de la campaña había hecho Miñón á Santa-Anna sobre sus operaciones, irritaron al último de tal manera, que se resolvió á sujetar á un juicio la conducta del general difamado; lo mandó prender y lo puso en rigurosa incomunicación.

El 1º de Marzo empezaron á salir las tropas de Matehuala, sin que desde ese día, hasta el 8 que llegaron al Peñasco, ocurriera cosa particular. En las haciendas de la Presa y Solís se manifestaron los primeros síntomas de gratitud; sus dueños asistieron con generosa hospitalidad al ejército, proporcionando también alimentos adecuados para los enfermos y heridos. En el tránsito por el Venado se franquearon nuevos recursos con la mejor voluntad.

El 9 comenzaron á verificar las tropas su entrada en San Luis Potosí, en donde recibieron inequívocos testimonios de pública gratitud. Dicha ciudad, que lo mismo que el Estado entero de que es capital, dió repetidas pruebas del patriotismo de sus habitantes, y cuya excelente conducta imitada de pocos Estados, debe avergonzar á los que no han cumplido con sus deberes; dicha ciudad hizo al ejército un recibimiento triunfal. Los sanluiseños se esmeraron en sus obsequios, sin pararse en esfuerzos de ninguna clase, por servir con cuanto pudieron á los soldados de la Angostura.

Los restos de aquel ejército, que habían visto salir entusiasta y respetable, volvían desalentados y reducidos á un corto número. Las penalidades del camino habían influido en la nueva desorganización de las brigadas. Los cuerpos llegaban con muy escasa fuerza, perdido el orden y relajada la disciplina. El estado que se formó de esas tropas desgraciadas, puso de manifiesto la pérdida casi increíble del ejército: las bajas que sufrió de la Angostura á San Luis, ascendieron á 10,500.

Así quedó reducida á la mitad la fuerza que se había conducido al combate. Los estragos de la retirada fueron incalculables: los de una completa derrota en el campo de batalla, hubieran sido menos funestos. El enemigo sacó todos los frutos de una victoria que había perdido; y como Voltaire dice de la batalla de Lepanto, que parecía que los turcos la habían ganado, nosotros podrémos decir que los americanos parece que ganaron la de la Angostura.

EJERCITO DEL NORTE.

Su fuerza y organización en San Luis Potosí, con noticia de su vencimiento y efectos de guerra que poseía.

Estado mayor del Exmo. Sr. general en jefe, 11 jefes, 7 oficiales.

Ingenieros, general D. Ignacio Mora y Villamil, 5 jefes y 5 oficiales.

Estado mayor del ejército, general D. Manuel Michel-torena, 5 jefes y 16 oficiales.

Cuerpo médico militar, inspector D. Pedro Vander Linden, 11 jefes, 15 oficiales y 35 soldados.

Regimiento de ingenieros, general graduado D. Santiago Blanco, 2 jefes, 11 oficiales y 311 soldados.

Artillería, comandante general D. Antonio Corona, 11 jefes, 55 oficiales y 518 soldados.

División de vanguardia.—Infantería, general D. Francisco Pacheco, 14 jefes, 10 oficiales y 4,618 soldados.

División del centro.—Infantería, general D. Manuel Lombardini, 22 jefes, 249 oficiales y 4,029 soldados.

División de retaguardia.—Infantería, general D. Luis Guzmán, 18 jefes, 209 oficiales y 2,970 soldados.

Primera brigada.—Caballería, general D. Vicente Miñón, 15 jefes, 101 oficiales y 1,302 soldados.

Segunda brigada.—Caballería, general D. Julián Juvera, 13 jefes, 107 oficiales y 974 soldados.



Tercera brigada.—Caballería, general D. Anastasio Torrejón, 12 jefes, 90 oficiales y 706 soldados.

Cuarta brigada.—Caballería, general D. Manuel Andrade, 2 jefes, 53 oficiales y 335 soldados.

Regimiento de húsares, teniente coronel D. Miguel Andrade, 2 jefes, 42 oficiales y 422 soldados.

División observadora.—Infantería, general D. Ciriaco Vázquez, 11 jefes, 117 oficiales y 1,655 soldados: caballería, general D. José Urrea, 8 jefes, 95 oficiales y 2,121 soldados.

Los totales generales son: 162 jefes, 1,379 oficiales y 19,996 soldados.

RESUMEN DE LA FUERZA.

	Hombres.
Ambulancia.....	35
Zapadores.....	311
Artillería.....	518
Infantería.....	13,272
Caballería.....	5,860
Totales.....	19,996

PRESUPUESTO DE ESTA FUERZA.

	PESOS.	RS.	CS.
Estado mayor del Exmo. Sr. general en jefe.....	7,685	5	0
Regimiento de ingenieros.....	4,167	2	5
Artillería, trenes, ministerio, maestranza y obreros.....	28,486	5	8
Estados mayores de las divisiones.....	6,488	3	2
Cuerpo médico militar.....	2,396	6	8
Gastos extraordinarios de guerra y fortificaciones.....	50,000	0	0
Carros y acémilas.....	3,000	0	0
Infantería.....	124,213	1	2
Caballería.....	120,650	7	9
Comisaría.....	1,700	0	0
Total general.....	348,789	0	5

PORMENORES

DE LA ARTILLERÍA Y TRENES DE GUERRA DEL EJÉRCITO.

CAÑONES.	NUM.
De bronce, de á 16, desmontados.....	3
De idem, de á 12, idem.....	4
De hierro, montados, de 12.....	2
De bronce, de á 12, desmontados.....	1
De idem, de á 8, montados.....	7
De hierro, de á 8, idem.....	4
De bronce, de á 6, idem.....	3
De idem, de á 4, idem.....	14
De idem, obús de 7 pulgadas.....	1
Total.....	39

MUNICIONES Y EFECTOS DE GUERRA.

	NÚMERO.
Cartuchos de fusil con bala.....	882,800
Idem con sólo pólvora para de 19 adarnes.....	36,800
Balas sueltas para cañón de á 12.....	300
Idem idem para idem de á 8.....	2,914
Idem idem para idem de á 6.....	1,353
Idem idem para idem de á 4.....	964
Idem idem para idem de esmeril.....	74
Idem idem para fusil, de plomo.....	4 quintos.
Idem idem de bronce para metralla.....	6 idem.

Balas sueltas de hierro para metralla.....	96 quintos.
Botes de metralla de á 12.....	58
Idem de idem de á 8.....	299
Idem de idem de á 6.....	246
Idem de idem de á 4.....	53
Idem de idem para esmeriles.....	198
Idem de idem para obuses de 7 pulgadas..	15
Balas para cañón de á 24.....	45
Granadas descargadas de á 7.....	410
Idem cargadas de á idem.....	12
Cartuchos para servicio de granadas.....	375
Granadas descargadas de mano.....	113
Cartuchos para cañón de á 12.....	354
Idem con bala de á 8.....	1,000
Idem con sólo pólvora para cañón de á 8..	245
Idem con bala para idem de á 6.....	450
Idem con sólo pólvora para idem idem....	150
Idem con bala para idem de á 4.....	2,632
Idem con metralla para idem idem.....	921
Estopines de á 12.....	410
Idem de á 8.....	1,500
Idem de á 4.....	7,090
Lanzafuegos.....	312
Cuerdamecha.....	11 quintos.
Pólvora de cañón.....	86 idem.
Idem de fusil.....	28 idem.
Idem superfinas de cazadores.....	15 idem.
Idem común.....	88 idem.
Piedras de chispa para fusil.....	36,760
Idem de idem para pistola.....	6,000
Espoletas cargadas de á 7.....	450
Carros.....	2
Tiros de mulas del contratista.....	24
Mulas de carga.....	200

NOTA.—Varias piezas de cañón que aquí se mencionan desmontadas, se montaron pocos días antes de emprender el ejército su movimiento sobre la Angostura. Además, se recibieron en el cuartel general en esos mismos días otras piezas, siendo la mayor parte de á 16 y 24.

Angostura. Rancho de la municipalidad de Mulegé, partido del Centro, territorio de la Baja California.

Angostura. Rancho de la municipalidad Distrito y Estado de Colima, con 126 habitantes.

Angostura. Rancho del Cantón Galeana, Estado de Chihuahua, á 12 kilómetros al S. de la Villa de Galeana.

Angostura. Rancho del Canton Oginaga (Presidio del Norte), Estado de Chihuahua.

Angostura. Rancho de la municipalidad de Rodeo partido de San Juan del Río, Estado de Durango.

Angostura. Rancho del Partido de Tamazula, Estado de Durango.

Angostura. Rancho del Estado, partido y municipalidad de Guanajuato, con 42 habitantes.

Angostura (La). Rancho de la municipalidad y partido de San Felipe, Estado de Guanajuato, con 170 habitantes.

Angostura (La). Rancho de la municipalidad y Partido de San Miguel Allende, Estado de Guanajuato, con 73 habitantes.

Angostura 1ª. Rancho del Partido y municipalidad de León, Estado de Guanajuato, con 187 habitantes.

Angostura 2ª. Rancho del Partido y municipalidad de León, Estado de Guanajuato, con 25 habitantes.

Angostura. Rancho de la municipalidad de San Cristóbal, Cantón de Guadalajara, Estado de Jalisco.

Angostura. Rancho de la municipalidad de Rodeo, Partido de San Juan del Río, Estado de Durango.

Angostura. Rancho de la municipalidad de Huejúcar, 8º Cantón (Colotlán), Estado de Jalisco.

Angostura Rancho de la municipalidad de San Sebastian, 9^o Cantón (Ciudad Guzmán,) Estado de Jalisco.

Angostura. Rancho de la municipalidad de Tanguato, Distrito de la Piedad, Estado de Michoacán, con 56 habitantes.

Angostura. Rancho del municipio de Numarán, Distrito de la Piedad, Estado de Michoacán, con 74 habitantes.

Angostura. Rancho del Distrito y municipalidad de Huetamo, del Estado de Michoacán, con 65 habitantes.

Angostura. Fracción de la municipalidad de Aramberri, Estado de Nuevo León.

Angostura. Rancho del municipio y partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Angostura. Rancho del municipio de Mezquic, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Angostura. Rancho del municipio y partido de Santa María del Río, Estado de San Luis Potosí.

Angostura. Rancho del municipio de Tierra nueva partido de Santa María del Río, Estado de San Luis Potosí.

Angostura. Rancho del municipio de Moctezuma, partido del Venado, Estado de San Luis Potosí.

Angostura. Rancho de la municipalidad de Méndez, Distrito del Norte, (Matamoros), Estado de Tamaulipas.

Angostura. Rancho de la municipalidad de San Fernando de Presas, Distrito del Norte, Estado de Tamaulipas.

Angostura. Rancho de la Prefectura y municipalidad de Tepic, Territorio de este nombre.

Angostura. Rancho de la Congregación de Solcuaula, municipalidad de San Juan, Cantón de Acayucan, Estado de Veracruz.

Angostura. Finca rural, en la Costa septentrional de Yucatán, estero de Río Lagartos, partido de Tizimin, á 52 kilómetros al N. E. de esta Cabecera.

Anglería (PEDRO MÁRTIR DE). Primer historiador del Nuevo Mundo, nació el 2 de Febrero de 1457, no en Anghiera como comunmente se cree y de cuyo lugar tomó el apellido, sino en Arona, ciudad poco distante de Anghiera, situada á orillas del lago "Maggiore," en el ducado de Milán, confines de Suiza y Alemania, como él mismo lo dice en su carta 248, dirigida á Pedro Fajardo: en ella expresa también la nobleza de su familia, y que ésta era originaria de Anghiera, donde estaba establecida, habiendo nacido él en Arona por una casualidad: "cum me utero mater gestaret, sic volente patre, Aronam, ubi pleræque illius eran prædia domusque, concessit." Fué el mayor de tres hermanos; y apenas tenía 20 años pasó á Roma, donde se hizo admirar por su erudición y elocuencia: pronto contrajo amistad con los hombres más eminentes de aquella capital, principalmente con el cardenal Ascanio Sforza, el conde de Arona Juan Borromeo, abuelo de San Carlos Borromeo, y el famoso anticuario Pomponio Leto. Permaneció Pedro Mártir en Roma 10 años, dedicándose durante algunos de ellos á la enseñanza pública, hasta que D. Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla y embajador de los reyes Católicos en aquella corte, habiendo de regresar á España en 1487, instó á Pedro Mártir para que le acompañase, y lo consiguió. Parece que no contribuyó poco á que Pedro Mártir tomase esta resolución de abandonar su patria, el estado de anarquía en que hallaba la Italia, y la fama de la grandeza de los reyes Católicos, cuya protección esperaba merecer. No le salieron fallidas sus esperanzas, pues fué perfectamente recibido por aquellos soberanos, en especial por la reina D^a Isabel; y debió quedar Mártir tan satisfecho de la acogida que halló en España, que muy poco después de su llegada escribía el 3 de Abril de 1488 á D. Alfonso

Carrillo, obispo de Pamplona, lo siguiente (Carta 9). "Nollem alicubi terrarum vivere, si extra Hispaniam vivendum. Placent majorem in modum tui Reges, placet hispana nobilitas: de populo nil mihi curæ. Video in presentiarum ab his tuis Rege et Regina virtutum omnium ingentes suavesque succos emanare quotidie, suavioresque et ampliores ac summis Regibus dignos me in dies visurum expecto." La reina D^a Isabel, con su acostumbrada perspicacia, conoció al punto todas las ventajas que podía proporcionarle la llegada de un literato tan distinguido como Pedro Mártir, para lograr su empeño de ilustrar la nobleza castellana, que ocupada largos siglos había en las guerras de los moriscos y en sus propias discordias domésticas, alcanzaba más de armas que de letras. La reina hubiera querido que Pedro Mártir se ocupara desde luego en la instrucción de los jóvenes nobles de la corte; pero antes tuvo la delicadeza de enviar á su confesor, Fr. Hernando de Talavera, para preguntar á Pedro Mártir en qué profesión quería serviría. Contra todas sus esperanzas respondió "que en la de las armas," y la reina renunció por entonces á su proyecto, permitiendo que Mártir se uniese al ejército, ocupado á la sazón en la conquista de Granada: hallóse nuestro literato en el cerco de Baza y en las operaciones de aquella campaña, pero sin distinguirse en una profesión tan ajena de sus estudios é inclinaciones.—Concluida la guerra de Granada con la toma de esa ciudad, volvió Pedro Mártir á la carrera para que había sido educado, y se ordenó de sacerdote: dedicóse ya entonces á la educación de la juventud noble, como la reina deseaba, y tuvo la satisfacción de contar entre sus discípulos á casi todos los jóvenes de las familias más nobles de España, como él mismo lo dice en su carta 662: "suxerunt literaria mea ubera Castellæ principes fere omnes."—En 1501 le enviaron los reyes Católicos de embajador extraordinario á Venecia, y luego al soldán de Egipto, quien durante la guerra de Granada había enviado una embajada á la corte de España, amenazando que si no se suspendía la guerra contra los moros, pasaría á cuchillo á todos los cristianos residentes en sus dominios, y arrasaría los templos de los Santos Lugares: los reyes Católicos, sin cuidarse de la amenaza, prosiguieron con más actividad la guerra; y concluida ésta felizmente, enviaron á Pedro Mártir, á fin de que apaciguase al soldán, y se manejó con tanta habilidad, que no sólo consiguió su objeto, sino que alcanzó nuevos privilegios para los cristianos de aquellos países: el mismo Mártir refiere los pormenores de su viaje en varias de sus cartas, y en una relación que compuso por separado y dió á luz con el título "De L gatione Babilonica."—De vuelta á España fué nombrado prior de la catedral de Granada, obtuvo el título de protonotario apostólico, y más adelante, el de abad de Jamaica, que renunció.—En 1507 fué uno de los que acompañaron á la desgraciada reina D^a Juana en la ridícula y lastimosa procesión que hizo por una parte de España, llevando consigo el cadáver de su difunto esposo D. Felipe: no puede leerse sin risa y compasión al mismo tiempo, la carta 332 de Pedro Mártir, en que describe las escenas de esa peregrinación á su amigo el arzobispo de Granada. Muerto el rey D. Fernando, le hubieran enviado los regentes del reino por embajador al sultán Selím, á no excusarse Mártir por su edad sexagenaria. El emperador Carlos V le continuó el mismo favor que sus antecesores: en 1518 tomó asiento en el consejo de Indias, cuando éste no era más que una junta compuesta de ministros de otros consejos; y luego en 1524, al ser establecido de por sí con presidente y ministros propios, Pedro Mártir fué uno de ellos. En la guerra de las comunidades abrazó, como era consiguiente, el partido real, y se jacta de no haber existido nunca sacerdote alguno que fuera más útil á su rey, que lo fué él al suyo en aquellas turbulencias. En fin, lleno de honras y dig-

niñades, favorecido por los monarcas y estimado de cuantos personajes distinguidos encerraba la España, murió en Granada el año de 1526, cumplidos los 69 de su edad, y yace en la catedral de dicha ciudad con el siguiente epitafio: "Rerum ætate nostra gestarum et Novi Orbis, ignoti hactenus illustratori Petro Martyri Mediolanensi, Cæsareo Senatori, qui patria relicta bello Granatensi miles interfuit, mox urbe capta primum Canonico, deinde Priori huius Ecclesiæ. Decanus et capitulum carissimum collegæ posuere sepulcrum anno..... MDXXVI."—Dejó Pedro Mártir diversas obras, todas en latín, sin que tengamos ninguna de ellas traducida á nuestro idioma. La principal es su "Historia del Nuevo Mundo" que tituló: *De Orbe Novo*, y está dividida en ocho décadas ó libros, cada uno de diez capítulos. Su amigo Antonio de Nebrija publicó la primera década sola, con el tratado "De Legatione Babilonica" y las poesías del autor, en Sevilla, en casa de Juan Cromberger, 1511, en folio, edición tan rara, que muchos bibliógrafos han dudado de su existencia: las poesías no han vuelto á imprimirse. En 1516 salieron á luz tres décadas, en Alcalá, por Arnaldo Guillén, en folio. Las mismas se reimprimieron en Basilea, *apud Joannem Bebelium*, 1533, en folio, con el tratado "De Legatione Babilonica," y el libro "De insulis nuper inventis et de moribus incolarum earumdem," del mismo Pedro Mártir: la edición es hermosa. Estas tres décadas volvieron á imprimirse en Colonia, 1574, 12°. La primera edición de las ocho décadas, es de Alcalá, 1530, en folio, con este título: "De Orbe Novo Petri Martyri ab Angleria Mediolanensis, Protonotarii, Cæsaris senatoris decades. Cum privilegio Imperiali. Compluti, apud Michaelem de Eguía, MDXXX." Los ejemplares de esta edición son muy raros: la biblioteca de la Universidad de México posee uno, que perteneció al Sr. Zumárraga, primer obispo de México. Pero la edición más usada de las décadas, aunque también bastante rara, es la que publicó en París Ricardo Hakluyt, el año 1587, en 8°, y pasa por ser la más correcta. El historiador de Cuenca, Juan Pablo Mártir Rizo, que se titula segundo nieto de Pedro Mártir, tradujo al castellano las ocho décadas, y según Pinedo, las tenía listas para la prensa en 1629; pero nunca salieron á luz, y se ignora su paradero. En 1612 publicó Lok una traducción inglesa, que posteriormente se ha incluido en el tomo V de la reimposición de la colección de Hakluyt (Londres, 1810-12). Ya anteshabía publicado R. Eden, en 1555 la traducción inglesa de las cuatro primeras décadas, que reimprimió R. Willis en 1577, añadiendo otras muchas relaciones de diversos viajes. Los extractos de las décadas de Pedro Mártir en diversas lenguas son innumerables, comenzando por el de Ramusio, y no hay colección de las muchas tituladas "Novus Orbis," en que su nombre no figure. Apenas podemos comprender hoy el grande interés con que se veía en aquel siglo cuanto tenía relación con el descubrimiento de las maravillosas regiones que iban revelándose sucesivamente al Viejo Mundo; y Pedro Mártir, hombre letrado, culto, grave, y tan inmediato á la fuente más pura de aquellas noticias, no podía menos de tomar una parte activa en ese gran movimiento: su ilustrada curiosidad le hacía recoger con avidez cuantas noticias llegaban á la corte; tenía á la mano todos los diarios, derrotos y relaciones de los primeros navegantes y conquistadores; recibíolos muchas veces á ellos mismos en su propia casa, y les tuvo á su mesa. Por eso sus décadas contienen muchas especies, que en vano se buscarían en otra parte: su espíritu sagaz é ilustrado penetraba en el fondo de las cosas, descubría sus relaciones, y sabía apreciar sus consecuencias, mucho mejor que los rudos conquistadores, que sólo escribían sus propias hazañas, ó los rutineros cronistas, que sólo formaban compilaciones indigestas. Pedro Mártir no es un testigo ocular: pero las muchas proporciones que tenía para purificar

la verdad, le hacen acreedor al grado inmediato de crédito; y si "algunas falsedades sus décadas contienen," como dice Casas, debe atribuirse á la dificultad de apurar todos los hechos ocurridos á tan larga distancia, y sobre todo á la precipitación y descuido con que escribía unas obras que nunca quería limar ni corregir, porque no las destinaba á la luz pública. Escritas en diversos tiempos y lugares, sus décadas adolecen de algunas contradicciones y de falta de orden y método; pero son, con todo, uno de los documentos más preciosos para la historia del Nuevo Mundo: es lástima que sólo alcancen hasta la muerte de Cristóbal de Olid en las Hibueras. —La otra obra que quizá ha contribuido más que sus décadas á la gloria literaria de Pedro Mártir, es la colección de sus cartas, publicadas con el título de "Opus epistolarum," primeramente en Alcalá, 1530, en fol., y luego en Amsterdam, por los Elzevires. 1670, en fol.: ambas ediciones son hoy muy raras, y la segunda lleva añadidas las "Cartas" y los "Claros varones," de Hernando del Pulgar, con una traducción latina de las primeras. Dividense las cartas de Pedro Mártir, que son 813, en 38 libros, conteniendo cada uno las cartas escritas en un año, desde Enero de 1488, hasta Mayo de 1525: todas ellas van dirigidas á los principales personajes de España, y forman uno de los documentos más importantes para ilustrar el reinado de los reyes Católicos. En ellas se encuentran asentados casi día por día todos los acontecimientos de aquella época agitada: todo, hasta los fenómenos físicos, cae en las manos de Pedro Mártir; todo lo examina y lo comenta con la sagacidad de un hombre ilustrado, y lo refiere con la franqueza propia de una correspondencia privada. Allí se conoce también la impresión que produjeron en España las primeras noticias de la existencia del Nuevo Mundo: la carta 130 es la primera en que Pedro Mártir habla de Colón, llamándole "Christophorus quidam Colonus, vir ligur," expresión despreciativa, que un autor moderno compara al "nescio quis Plutarchus" de Aulo Gelio.

Muchos literatos han expresado su deseo de que las interesantes cartas de Pedro Mártir fuesen traducidas á alguna lengua moderna, ó á lo menos, que un literato versado en la historia de aquellos tiempos, nos diese una nueva edición, purgándola de los errores de que adolecen las que existen: esto sería tanto más necesario, cuanto que son innumerables y de consideración los que en ellas se notan. La carta 168 se compone de dos diversas, reunidas en una sola: la 152 pertenece al año siguiente al de su fecha; y dejando otras pruebas, la famosa carta sobre el mal venéreo, dirigida á Arias Barbosa (la 68), y que tanto papel ha hecho en la cuestión acerca del origen de este mal, no parece ser del 5 de Abril de 1488, como se vé al pie de ella, porque es la única de la colección que no ocupa el lugar que le corresponde por su fecha; ni tampoco del 5 de Abril de 1498, como quieren algunos, suponiendo suprimida una X por el impresor, porque la 190 está fechada ese mismo día en otro lugar. Estos errores, algunos anacronismos que se notan, y la exactitud con que muchas veces anuncia el escritor los sucesos venideros, han dado margen á que el erudito Hallam (*Introduction to the literature of Europe*), asiente la opinión de que las cartas de Pedro Mártir no fueron escritas en sus respectivas fechas, sino que es obra formada de una vez en época posterior. Por toda respuesta baste el siguiente testimonio del famoso Juan de Vergara, contemporáneo de Mártir, con el que terminaremos este artículo: "Sepa Vd. (escribe á Florián de Ocampo), que de todas las cosas de aquellos tiempos de casi el imperio de los reyes Católicos, y después, hasta pasadas las comunidades, yo no pienso que pueda haber más ciertos y claros memoriales que son las epístolas de Pedro Martir; y porque demás de lo que por ellas cualquiera podrá ver, yo soy testigo de vista de la diligencia que este hombre ponía

en escribir luego á la hora todo lo que pasaba. Y como no gastaba mucho tiempo en pulir ni limar el estilo, sino que mientras le ponían la mesa, como yo lo ví, le acontecía escribir un par de cartas, dellas no recibía trabajo ni pesadumbre, y así no cesaba en el oficio, ni tenía otro cuidado." Sin duda por causa de esta precipitación y poco cuidado al escribir, el latín de Pedro Mártir es muy censurado por los inteligentes.—J. G. I.

Anguas y Alcocer (FR. VICENTE). El día 4 de Marzo de 1734 nació en Valladolid de Yucatán el distinguido sacerdote de quien vamos á dar noticia.

En el Colegio de la Compañía de Jesús de Mérida, estudió latinidad y filosofía, con tanto crédito de ingenio, que ninguno de los muchos candidatos de aquella academia se le antepuso; antes bien, sobresalía entre muchos con ventaja, pareciendo en las disputas públicas y privadas, más maestro que discípulo.

El 20 de Noviembre de 1765 comenzó su noviciado en Tepetzotlán, de México, pues dotado de una piedad sin límites, abrazó la carrera de la Iglesia entrando en la Compañía de Jesús. Fué en este Colegio maestro de latinidad y de filosofía. En Puebla de los Angeles y en Valladolid de Michoacán, hoy Morelia, enseñó gramática latina, con gran fama de su nombre y mayor utilidad de sus discípulos.

En México estudió teología y fué ordenado sacerdote.

En el Colegio de Tepetzotlán obtuvo el cargo de ministro.

En el año de 1767 lleno de trabajos por mar y tierra, llegó á Bolonia después de la expulsión de su Orden.

Modelo de virtud, jamás desmentida, caritativo y benéfico, el R. P. Fr. Vicente Anguas y Alcocer, descendió al sepulcro lejos de su tierra natal, el día 8 de Noviembre de 1775.—F. SOSA.

Anguiano (D. CRESCENCIO). Nació en el mineral de Cata, jurisdicción de Guanajuato, el día 29 de Diciembre de 1810, de una familia de escasos recursos que subsistía del giro de platas. A los siete años perdió á su padre, y desde entonces estuvo al lado del Sr. Pbro. D. José María León, quien cuidó de su educación, le proporcionó que estudiara en el colegio de la capital, de donde era superior aquel eclesiástico respetable. No quiso seguir la carrera del foro con que le brindaban, y se dedicó á los estudios teológicos, yendo á Morelia á recibir las ordenes de mano del Sr. Obispo Portugal. Ya ordenado de presbítero, fué destinado de vicario fijo á una población de Tierra Caliente, en donde se destruyó su salud á tal grado, que fué preciso conducirlo casi moribundo á Morelia. En 1835 obtuvo licencia para ir á restablecerse á Guanajuato, y de allí fué como vicario á Silao en 1836. Con motivo de unos *Desagravios* que dirigieron el P. León y él, se promovió la fundación de la casa de ejercicios. Consiguieron para este objeto una plazuela situada en la calle real de Guanajuato, y se comenzó la obra poniendo la primera piedra D. Ignacio Urbina, entonces Gobernador del Estado. Desde esta fecha, el P. Anguiano se consagró sin descanso á su proyecto; y con el sólo recurso de las limosnas, construyó la casa y el oratorio, continuando la fábrica del templo principal. En 1839 fué nombrado cura de Marfil; mas no por sus nuevas atenciones dejó de ir á Silao á cuidar de su obra y dirigir los *ejercicios* en el espacio de quince años que desempeñó el curato. El año de 1854 se radicó en Silao, por haber renunciado el beneficio eclesiástico de que disfrutaba. Tuvo posteriormente los de sacristán mayor de Pénjamo y de la parroquia; pero sin cesar trabajaba en su obra sosteniendo el culto con mucho esplendor en el pequeño oratorio. El 15 de Noviembre de 1867, logró que se dedicara el hermoso templo del mismo Silao, al que no cesó de hacer mejoras hasta su muerte, ocurrida el 10 de Octubre de 1871. Tal acontecimiento fué un duelo público; todas las clases de la sociedad tributaron con sus lágrimas un home-

naje de gratitud al sacerdote humilde y virtuoso que llenó su vida de buenas obras.—F. SOSA.

Anguila. Rancho de la municipalidad de Lampazos, Estado de Nuevo León.

Angulo. Río que nace de las montañas situadas al N. de Nahuatzen, del Distrito de Uruapan; dirige su corriente de O. á E. y en terrenos del Municipio de Tacapu, tuerce al N. pasando por tierras de Panindícuaro, Aguanato, Villachuato y Angamacutiro, y se une al Río Grande de Lerma en Conguripo.

Angulo (ILMO. D. FR. PEDRO). Llamado también DE SANTA MARÍA, natural de Burgos, pasó á la América Septentrional en 1524, y se distinguió como soldado en las conquistas de algunas provincias; hasta que llamado por Dios al estado religioso, profesó en el convento de Santo Domingo de México, á 29 de Febrero de 1529. Acompañó á Fr. Bartolomé de las Casas en muchos de sus viajes, y en la reducción de la provincia de Tuzulutlán, que después se llamó Vera-paz. Fundó varios conventos; fué electo en 1551, primer provincial de la provincia de Chiapa y Guatemala; y en 1559 le presentó el rey para primer obispo de Vera-Paz, á cuya reducción tanto había contribuido. Falleció en 1561, sin haberse consagrado; y como era doctísimo en la lengua zacapula, compuso en ella varios tratados para el uso de los neófitos.—BERISTÁIN.

Angustias. Rancho de la municipalidad de Conatepec, Distrito de Maravatío, Estado de Michoacán, con 17 habitantes.

Angustias. Hacienda del Departamento y municipalidad de Tuxtla Gutiérrez, Estado de Chiapas.

Angustias. Mineral al N. de Petatlán en la parte encumbrada de la Sierra Madre, Estado de Guerrero.

Angustias. Mina de oro del mineral de Tlasoyaltepec, Distrito de Nochistlán, Estado de Oaxaca. Produce anualmente 240 cargas.

Anhelo. Hacienda de la municipalidad de Ramos Arizpe, Distrito del Saltillo, Estado de Coahuila, con 300 habitantes.

Anhelo. Río del Estado de Coahuila, Distrito del Saltillo. Es conocido primero con el nombre de Patos; riega en su curso al N. los terrenos de esta villa y de las haciendas del Jaral y Saucedá; después cambia su rumbo al Oriente pasando por la hacienda de Anhelo, y va á formar en Nuevo León el Río de Salinas.

Anicabil. Finca rústica de la municipalidad y Partido de Mérida, Estado de Yucatán.

Animas. Congregación de la municipalidad de Rodeo, Partido de San Juan del Río, Estado de Durango, con 128 habitantes.

Animas. Hacienda de la municipalidad de San Cristóbal, Departamento del Centro, Estado de Chiapas.

Animas. Hacienda de la municipalidad de Trinidad de la Ley, Departamento de Chiapa, Estado de Chiapas.

Animas (Las). Hacienda de la municipalidad de Mapastepec, Departamento de Tonalá, Estado de Chiapas.

Animas. Hacienda de la municipalidad de Ocampo, Partido de San Felipe, Estado de Guanajuato, con 200 habitantes.

Animas. Hacienda del Partido y municipalidad de Irapuato, Estado de Guanajuato, con 124 habitantes.

Animas. Hacienda de beneficio ubicada en San Miguel Peras, Distrito Villa Alvarez, Estado de Oaxaca. Beneficia oro por amalgamación.

Animas. Hacienda y Congregación del Cantón y municipalidad de Jalapa, Estado de Veracruz.

Animas. Hacienda y Congregación de la municipalidad y Cantón de Córdoba, Estado de Veracruz.

Animas. Rancho de la municipalidad de la Paz, Partido del Sur, Territorio de la Baja California, con 30 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad y Partido de Calvillo, Estado de Aguascalientes.

Animas. Rancho de la municipalidad, Distrito y Estado de Colima, con 95 habitantes.

Animas. Rancho del Distrito y municipalidad de Monclova. Estado de Coahuila, con 126 habitantes.

Animas (Las). Rancho de la municipalidad de Santo Tomás, Partido del Norte, Territorio de la Baja California.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tecoman, partido de Medellín, Estado de Colima, con 35 habitantes.

Animas. Rancho del Distrito y Cantón Iturbide, Estado de Chihuahua.

Animas. Rancho del Cantón Guerrero (Concepción), Estado de Chihuahua, á 55 kilómetros al N E del pueblo de Namiquipa.

Animas. Rancho de la municipalidad de Ocampo, [Bocas], partido de Indé, Estado de Durango.

Animas. Rancho del partido y municipio de Pénjamo, Estado de Guanajuato, con 333 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tecuana-pa, Distrito de Tavares, Estado de Guerrero.

Animas. Rancho del municipio de Coahuayutla, partido de la Unión, Estado de Guerrero.

Animas. Rancho del municipio de Cutzamala, Distrito de Mina, Estado de Guerrero.

Animas. Rancho de la municipalidad de Epazoyuca, Distrito de Pachuca, Estado de Hidalgo, con 180 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tlaxcala, Distrito de Hidalgo, Estado de Tlaxcala, con 9 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Ixtacuixtla, Distrito de Hidalgo, Estado de Tlaxcala, con 9 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tlaxco, Distrito de Morelos, Estado de Tlaxcala, con 60 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de España, Distrito de Ocampo, Estado de Tlaxcala con 8 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tecolotlán, 5º Cantón (Ameca), Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Arandas, Cantón III ó de la Barca, Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Mezquitic, 8º Cantón, (Colotlán), Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Colotlán, 8º Cantón, Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la comprensión del pueblo de Santa María de los Angeles, municipalidad de Colotlán, 8º Cantón del Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Jocotepec, Cantón de Guadalajara, Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tala, Cantón de Guadalajara, Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Yahualica, 1er Cantón ó de Cuadalajara, Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Cuquio, Cantón 1 ó de Guadalajara, Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tomatlán, 10º Cantón [Mascota], Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Mascota, 10º Cantón del Estado de Jalisco.

Animas (viejas.) Rancho de la municipalidad de Mascota, 10º Cantón del Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tapalpa, 4º Canton (Sayula), Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de San Juan de los Lagos, 2º Cantón, Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Etzatlán, 12º Canton (Tequila), Estado de Jalisco.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tequila, 12º Canton del Estado de Jalisco.

Animas. Hacienda de la municipalidad de Tecalitlán, 9º Cantón (Ciudad Guzmán ó Zapotlán), Estado de Jalisco.

Animas. Ranchería de la municipalidad de San Martín Tepozotlán, Distrito de Cuautitlán, Estado de México, con 151 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Zinacantan, Distrito de Toluca, Estado de México, con 7 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Tepalcatpec, Distrito de Apatzingán, Estado de Michoacán, con 39 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Aguililla, Distrito de Apatzingán, Estado de Michoacán, con 10 habitantes.

Animas. Rancho del Distrito y municipalidad de Tacámbaro, Estado de Michoacán.

Animas. Rancho del municipio y Distrito de Ario, Estado de Michoacán, con 46 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Angangué, Distrito de Zitácuaro, Estado de Michoacán con 10 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad de Santa Ana Maya, Distrito de Morelia, Estado de Michoacán con 70 habitantes.

Animas. Rancho del Distrito y municipalidad de Jiquilpan, Estado de Michoacán, con 180 habitantes.

Animas [Las.] Rancho de la municipalidad de Galeana, Estado de Nuevo León, con 29 habitantes.

Animas. Rancho de la municipalidad y Distrito de Tehuantepec, Estado de Oaxaca.

Animas. Rancho del Distrito de Jamiltepec, Estado de Oaxaca, con 78 habitantes, de los que 32 son hombres y 46 mujeres. Tiene un auxiliar municipal que cuida del orden público. Corresponde á la municipalidad de la cabecera, y su número de habitantes está agregado al censo de ésta.

Extensión.—Su extensión es de 400 varas de longitud de N. á S. por 300 varas de latitud de E. á O.

Orografía.—Por la parte N. y O. tiene lomas de insignificante altura, y por el E. y S. son llanuras hasta la orilla de Río Verde.

Hidrología fluvial.—El río más inmediato es Río Verde, á una legua de distancia.

Situación topográfica.—Está ubicado en la base de una loma, en terreno ligeramente accidentado. Sus casas son redondas, de palos y techos de palma, como toda vivienda de campo en esta costa, situadas en el mayor desorden y sin calles.

Distancia.—Dista de la cabecera tres leguas, y está al E. de ella.

Altitud.—Su altitud sobre el nivel del mar es de 80 metros.

Temperatura.—Su clima es caliente. El viento reinante es el del SO.

No se ponen sus límites por estar ubicado en terrenos del C. Dámaso Gómez, que son de mucha extensión.

Animas. Rancho del Distrito de Yautepec, Estado de Oaxaca. Está sujeto á la municipalidad de la hacienda de Narro. Tiene un auxiliar para guardar el orden público.

Situación topográfica.—Se ubica á una legua hacia el O. del rancho del Zapote, y con todas las circunstancias y demás propiedades que corresponden al mismo.

Distancia.—Dista de la cabecera del Distrito 22 leguas, y de la capital del Estado 34.

Historia.—Se ignora la época de la fundación de este rancho.

Animas. Rancho del municipio de Ramos, partido de Salinas del Peñón Blanco, Estado de San Luis Potosí.

Animas. Rancho de la municipalidad de San Pablo, Distrito de Acatlán, Estado de Puebla.

Animas. Hacienda de la municipalidad y Distrito de Atlixco, Estado de Puebla.

Animas. Rancho de la municipalidad de Hueytmalco, Distrito de Teziutlán, Estado de Puebla.

Animas. Rancho de la municipalidad de Atexcal, Distrito de Tepeji, Estado de Puebla.

Animas. Hacienda de la municipalidad de Yehualtepec, Distrito de Tecamachalco, Estado de Puebla.

Animas. Rancho de la municipalidad y Distrito de Jalpan, Estado de Querétaro.

Animas. Rancho del municipio de Cuesta de Campa, partido de la capital, Estado de San Luis Potosí.

Animas. Rancho del municipio de Lagunillas, partido de Hidalgo, Estado de San Luis Potosí.

Animas. Rancho del municipio del Tamuín, partido de Valles, Estado de San Luis Potosí.

Animas. Cerro mineral al SE. del Real del Pánuco, Estado de Sinaloa, Distrito de Concordia. Véase Pánuco.

Animas. Arroyo tributario del llamado de los Arrayane, Estado de Sinaloa, Distrito de Culiacán, al E. de la capital de este nombre.

Animas. Rancho de la municipalidad de Navajoa, Distrito de Alamos, Estado de Sonora.

Animas. Rancho de la municipalidad de Cumuripa, Distrito de Guaymas, Estado de Sonora.

Animas. Rancho de la municipalidad de Guadalupe, Distrito de Sahuaripa, Estado de Sonora.

Animas. Rancho de la municipalidad de Burgos, Distrito del Norte (Matamoros), Estado de Tamaulipas.

Animas. Rancho de labranza de la municipalidad de Laredo de Tamaulipas, Distrito del Norte (Matamoros), Estado de Tamaulipas.

Animas. Rancho de la municipalidad de Reynosa, Distrito del Norte (Matamoros), Estado de Tamaulipas.

Animas. Rancho anexo á la hacienda de Chamal, municipalidad de Santa Bárbara de Ocampo, 4º Distrito, Estado de Tamaulipas.

Animas. Rancho de la municipalidad de Bustamante, 4º Distrito ó sea de Tula, Estado de Tamaulipas.

Animas. Rancho de la municipalidad de Nuevo Morelos, 4º Distrito ó de Tula, Estado de Tamaulipas.

Animas. Rancho de la municipalidad y Distrito de Tula, Estado de Tamaulipas.

Animas. Rancho de la municipalidad de Rosa Morada, prefectura de Acaponeta, Territorio de Tepic, situado á 33 kilómetros al S. SE. de su cabecera municipal.

Animas. Rancho de la congregación de Mincuiní, municipalidad y cantón de Tantoyuca, Estado de Veracruz.

Animas. Rancho de la municipalidad y partido de Juchipila, Estado de Zacatecas, á 6 kilómetros SO. de la cabecera.

Animas. Estancia de la municipalidad de Noria de Angeles, partido de Pinos, Estado de Zacatecas.

Animas. Rancho de la municipalidad de Santa Rita, partido de Pinos, Estado de Zacatecas.

Animas. Rancho de la municipalidad y partido de Nochixtlán, Estado de Zacatecas, á 4 kilómetros O. de la cabecera.

Animas. Mineral al N. de Petatlán en la parte encumbrada de la Sierra madre, Estado de Guerrero.

Animas. Cerro mineral en Huautla, de la municipalidad de Tlaquiltenango, Estado de Morelos. Conglomerado galena constituye la clase de metal que produce, en razón de 10 marcos por 30 quintales. La mina que se trabaja se llama "La Concepción."

Animas. Mina de oro del mineral de San Miguel Peras, Distrito de villa Alvarez, Estado de Oaxaca.

Animas. Mina abierta en una ladera del mineral de Lachatao, Distrito de Villa Juárez, Estado de Oaxaca. Sus metales son de pinta, y escasos sus productos.

Animas. Mineral de plata del Distrito de Alamos, Estado de Sonora.

Animas. Cerro y mineral de la jurisdicción de Allende, Estado de Guanajuato. Produce plata y oro.

Animas. Cerro del mineral del Limón de la municipalidad de Tepecoacuilco, Distrito de Hidalgo, Estado de Guerrero. Sus minas hoy paralizadas, son: de plomo y plata, San Pedro, Animas, y Santa Ana.

Animas. Arroyo tributario del río Elota, Sinaloa.

Animas. Laguna en terrenos á $3\frac{1}{2}$ kilómetros al E. del pueblo de Landa, Distrito de Jalpan, Estado de Querétaro.

Animas. Laguna del río del Limón, cantón de Cosamaloapan, Estado de Veracruz.

Animas. Ranchería y congregación de la municipalidad de Cosoleacaque, cantón de Minatitlán, Estado de Veracruz.

Animas (SORPRESA DEL RANCHO DE LAS). Febrero de 1814. No se detuvo Armijo en Chichihualco más de lo preciso para disponer su salida de improviso con trescientos infantes y ciento cincuenta caballos, disfrazando á su gente para que á su vista pudiesen engañarse los insurgentes teniéndola por suya; con este ardid, y verificando su salida á las ocho de la noche del 21, esperaba sorprender á Morelos y al Congreso, que con increíble temeridad permanecían todavía en Tlacotepec; pero aunque marchó durante tres noches y dos días, sin más interrupción que las horas de preciso descanso, al llegar á aquel punto en la mañana del 24 supo que avisados por sus espías, se habían retirado los individuos del Congreso desde la tarde anterior al rancho de las Animas, á distancia de dos leguas, habiéndolo verificado también Morelos en aquella mañana con sesenta hombres de su escolta y otros trescientos desarmados. Armijo sin detenerse un momento, mandó en su alcance dos partidas de caballería, la una de Fieles del Potosí á las órdenes del subteniente D. Pablo Martínez, y otra del escuadrón del Sur á las del ayudantes D. Cristóbal Huber. La posición del rancho hizo que fuesen descubiertas desde lejos, con lo que todos se pusieron en fuga, abandonando el archivo y sello del Congreso, correspondencia de Morelos, equipaje y municiones, siendo perseguidos tan de cerca, que Morelos habría sido sin duda cogido sin la heroicidad del coronel Ramírez, que haciéndose fuerte con algunos de su escolta en un paraje ventajoso, se sostuvo á costa de su vida, dándole tiempo para mudar caballo y ganar una ventaja tal, que fuese ya imposible alcanzarlo, habiendo tomado la precaución de arrojar el vestido por el que podía ser conocido. Sin embargo, fué perseguido vivamente hasta el pueblo de Huehuetlán, desde donde se desistió de seguirlo, sabiendo que se había internado en la sierra; y pasando por Coronilla siguió hasta Acapulco, adonde llegó á principios de Marzo.

Entre los varios objetos de que los realistas se hicieron dueños en las Animas, se cuenta el retrato de Morelos, pintado al óleo; el pectoral del obispo de Puebla; el uniforme de capitán general con dos bandas, la una encarnada correspondiente á aquel grado, y otra azul de generalísimo; otro de teniente general con botones de oro macizo; la espada, bastón y sombrero armado con galones y plumas, todo lo cual se remitió al virrey, quien mandó á España, con fe de embarque de escribano, el uniforme de capitán general y distintivos anexos que se han colocado en el museo de artillería de Madrid. Las demás alhajas y otros efectos, que no eran útiles para uso de la guerra, se repartieron entre la oficialidad y tropa, según lo prevenido en un reglamento que formó el con-

de de Castro Terreño el 24 de Abril del año anterior, y fué aprobado por el virrey en 22 de Diciembre del mismo; su valor se reguló en 12,481 pesos 2 reales. Cogiéronse además dos juegos de vasos sagrados, el uno de oro y el otro de plata, de la capilla de campaña de Morelos, los cuales dice Armijo en su parte, que iba á enviar á la catedral de Puebla, por tener noticia de ser pertenecientes á aquella diócesis. El archivo y demás papeles, fueron remitidos á la secretaría del virreinato, y se conservan ahora en su mayor parte en el archivo general.

Animas (Bahía de las). Litoral de la República en el Golfo de California: costa oriental de la Península del mismo nombre.

“Desde la Punta de las Animas en la expresada costa, la costa vira repentinamente hacia el SO. y se conserva en este rumbo en una distancia de $5\frac{1}{2}$ millas, hasta la boca de una laguna pequeña, desde la cual gira circularmente hasta una punta (sin nombre determinado) que queda al O. $\frac{3}{4}$ N. (magn.) $6\frac{1}{4}$ millas de la Punta de las Animas, formando la extensa bahía del mismo nombre, materia de este artículo, y en la cual existe buen fondeadero con abrigo de todo viento reinante.

Las márgenes de esta bahía están formadas en su mayor parte por playas arenosas, interrumpidas por unas cuantas puntas escarpadas, solamente en el espacio que media entre la referida punta de su nombre y la entrada de la laguna mencionada.

Como á 2 millas al NO. de dicha entrada hay un empinado promontorio, que tiene sobrepuesto un cerro figura de túmulo de unos 80 pies de altura: al través de esta punta existen varias isletas con alturas varias de 30 á 75 pies.

En la Bahía de las Animas el mejor lugar de fondeo se halla en su lado meridional, en 6 á 12 brazas en línea recta de la punta anteriormente descrita, ó de sus isletas adyacentes á la entrada de la pequeña laguna mencionada, teniendo cuidado de no acercarse este último punto á menos de $\frac{3}{4}$ de milla.

La punta que marca el límite NO. de la Bahía es un promontorio escarpado, agudo y de roca, con unos 25 á 40 pies de altura, que tiene sobrepuesto un cerro prieto de 100 pies, tras del cual se alzan montañas que se elevan á más de 3,000. Por el través de dicha punta en dirección hacia el N. y á distancia de más ó menos $\frac{1}{2}$ milla, existe una isleta muy baja (sólo 2 pies sobre la línea de la alta marea), que con ella se une por un bajo rocalloso; y á $1\frac{1}{4}$ millas al NO. cuarta N. (magn.) de la misma punta, hay otra que es un saliente agudo y escarpado (sin nombre determinado), formado por el espolón de unos cerros rojizos de una altura que varía entre 200 y 300 pies. La costa entre ambas puntas mencionadas forma una indentación profunda (de 1 milla de seno) en cuyo fondo tiene una playa arenosa.

Según el “Piloto del Pacífico” la Bahía de las Animas, tiene un seno de 6 millas, y ofrece un fondeadero completamente abrigado.

En la Carta número 620 de la oficina hidrográfica de los Estados-Unidos, la Punta descrita arriba como el límite NO. de la Bahía demora al O. SO. de la extremidad S. de la Isla del Angel de la Guarda, á 14 millas de distancia.

Animas (Punta de las). Litoral de la República en el Golfo de California. Costa oriental de la Baja California.

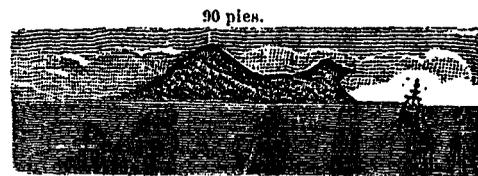
Esta punta en la expresada costa es un promontorio abrupto y rocalloso de 75 á 125 pies de altura, con varios peñascos sueltos situados á su pie; y tras de él se alzan unos escabrosos cerros de color rojizo á una altura de 300 á 500, y tras de estos, á corta distancia hacia el interior, montañas que llegan á una altura de 2,000 y más. El fondo junto á esta punta es profundo; pues á menos de $\frac{1}{2}$ milla, tiene como 60 brazas de agua.

La Punta de las Animas, marca el límite SE. de la Bahía del mismo nombre; y según la Carta número 620 de la oficina hidrográfica de los Estados-Unidos, se halla en latitud $28^{\circ} 50' 30''$ N., y longitud $113^{\circ} 15' 15''$ O.; y demora al SO. de la extremidad meridional de la Isla del Angel de la Guarda un poco más de 10 millas.

A unas $3\frac{1}{2}$ al SE. de la punta de las Animas se hallan las Rocas de Bernabé (véase este nombre); la Isla Partida le queda á 11 millas E. NE.

Animas (Grupo de islas de las). Litoral de la República en el Golfo de California. Costa oriental de la Península de este nombre.

El grupo de esta denominación, ocupa un espacio de menos de $\frac{1}{2}$ de milla, inclusive sus rocas adyacentes, y entre los islotes rocallosos que lo forman el más extenso no pasa de 90 pies de altura. Se halla el grupo situado al E. SE. $\frac{3}{4}$ E. (magn.) $10\frac{1}{2}$ millas de la costa de la Isla de San José y entre esta y el grupo hay un canal profundo y limpio de escollos.



NE. cuarta al N. (magn.)

LAS ANIMAS.

FRENTE Á LA ISLA DE SAN JOSÉ.

De Punta Roja en la costa oriental de la Isla de San José demora NE. $\frac{1}{2}$ N. $6\frac{1}{2}$ millas, y de la punta N. de la misma isla $10\frac{1}{2}$ E. casi directo.

Animas (Boca de las). Litoral del Pacífico. Costa O. de la Península de la Baja California.

Entre las tres entradas de una serie de lagunas que en la parte de la costa citada se encuentran y corren paralelas á ella entre la desembocadura del río “Comondu” y la Bahía de la Magdalena con la cual se comunican, la más septentrional es la de las Animas, objeto de este capítulo. Las expresadas lagunas, como la Laguna Madre y demás del litoral del Golfo de México, en su parte septentrional están separadas del mar, solamente por una faja estrecha de arenales, y navegan en ellas algunos barquichuelos de poco calado.

La Boca de las Animas, que se encuentra situada 9 millas al S. casi directo de la Boca del Comondu, tiene una anchura de $\frac{3}{4}$ de milla, y se halla circundada por un banco arenoso que se extiende á media milla á su frente, á un largo, y sobre el cual hay constantemente reventazón; pero hacia el Sud de dicha entrada existe un paso ó canal, que á ella conduce, y que en baja mar tiene como 3 pies de agua cerca de la playa. Pasada la Barra se encuentra en la laguna inmediatamente una profundidad de 3 á 5 brazas; aunque cerca de la referida entrada en aguas de la laguna, hay muchos bancos é isletas arenosas que la dividen en muchos ramales, cuyas playas están cubiertas de espesas líneas de manglares.

La situación geográfica aproximada de Boca de las Animas, según las demarcaciones en la Carta número 621 de la oficina hidrográfica de los Estados-Unidos, es latitud $25^{\circ} 40' N.$, y longitud $112^{\circ} 6' 25'' O.$ de Greenwich.

La variación magnética observada en este paraje por la “Narragansett” en 1876, fué de $10^{\circ} 35'$. (Véanse Bocas de Santo Domingo, y la Soledad.)

Animitas. Rancho del municipio y partido de Caltorce, Estado de San Luis Potosí.

Anís. Rancho del cantón Victoria, Estado de Chihuahua.

Anivacachi. Rancho de la municipalidad de Fronteras, Distrito de Arizpe, Estado de Sonora.

Anona. Rancho de la municipalidad de Teocuitatlán, 4.º cantón (Sayula), Estado de Jalisco.

Anonal. Mina y hacienda de beneficio de metales, de la jurisdicción de Copala, Estado de Sinaloa, Distrito de Concordia.

Anonas. Hacienda del municipio de Coyuca, Distrito de Mina, Estado de Guerrero.

Anonas. Rancho de la municipalidad, Distrito y Estado de Colima, con 40 habitantes.

Anonas. Rancho de la municipalidad de Tequila, 12.º cantón del Estado de Jalisco.

Anonas. Rancho de la municipalidad de Etzatlán, 12.º cantón (Tequila), Estado de Jalisco.

Anonas. Rancho de la municipalidad de Quitupan, 9.º cantón (C. Guzmán ó Zapotlán), Estado de Jalisco.

Anonas. Rancho de la municipalidad de Huacana, Distrito de Ario, Estado de Michoacán, con 45 habitantes.

Anonas. Rancho del Distrito y municipalidad de Huetamo, del Estado de Michoacán, con 7 habitantes.

Anonas. Rancho del Distrito y municipalidad de Huetamo, del Estado de Michoacán, con 9 habitantes.

Anonas. Rancho del Distrito y municipalidad de Huetamo, Estado de Michoacán, con 14 habitantes.

Anonas. Rancho del Distrito y municipalidad de Huetamo, Estado de Michoacán, con 22 habitantes.

Anonas. Rancho del Distrito y municipalidad de Huetamo, Estado de Michoacán, con 68 habitantes.

Anonas. Rancho de la municipalidad de Carácuaro, Distrito de Tacámbaro, Estado de Michoacán, con 10 habitantes.

Anonas. Rancho del Distrito y municipalidad de Tacámbaro, Estado de Michoacán.

Anonas. Rancho de la municipalidad de Tungapeco, Distrito de Zitácuaro, Estado de Michoacán, con 110 habitantes.

Anonas. Rancho de la municipalidad de Tuzantla, Distrito de Zitácuaro, Estado de Michoacán, con 66 habitantes.

Anonas. Rancho de la municipalidad de Tlaquiltenango, Distrito de Tetecala, Estado de Morelos, con 20 habitantes.

Anonas. Rancho de la prefectura y municipalidad de Acajoneta, Territorio de Tepic.

Anonas. Rancho de la municipalidad de Apozol, partido de Juchipila, Estado de Zacatecas.

Anonas. Mineral de la jurisdicción de Tequila, Estado de Jalisco. Produce plata.

Anonillas. Rancho de la municipalidad de Tepalcatepec, Distrito de Apatzingán, Estado de Michoacán, con 29 habitantes.

Anonitas. Rancho del municipio de Ajuchitlán, Distrito de Mina, Estado de Guerrero.

Anono. Rancho del Distrito y municipalidad de Huetamo, del Estado de Michoacán, con 4 habitantes.

Anono. Ranchería y Congregación de la municipalidad de Tamiahua, Cantón de Tuxpan, Estado de Veracruz, con 630 habitantes.

Anota. Rancho del partido de la Unión, Estado de Guerrero, á 193½ kilómetros al S. de Morelia, y á 389 metros de elevación sobre el mar.

Anta. Pueblo de la municipalidad y partido de Cunduacán, Estado de Tabasco, con 65 habitantes.

Anteojitos. Fracción de la municipalidad de Aramberri, Estado de Nuevo León.

Anteojito. Sierra al Occidente de Cuatro Ciénegas, Distrito de Mondulova, Estado de Coahuila.

Anteojos. Rancho del municipio de Santa Catarina, partido de Hidalgo, Estado de San Luis Potosí.

Anteojos. Rancho del municipio y partido del Maíz, Estado de San Luis Potosí.

Antigua. Pueblo Cabecera de municipalidad del Canton y Estado de Veracruz. Se halla situada en la margen izquierda del río de su nombre, antes río de Canoas, cerca de su desembocadura, á 25 kilómetros al N. de la plaza de Veracruz. Fue fundada por Cortés en 1519, habiendo sido trasladada á la actual ciudad y puerto en 1599.—La municipalidad cuenta con 954 habitantes, y las siguientes Congregaciones: Salmoral, La Barra, Río Chico, la Posta, y además la hacienda de San Francisco.

Antigua ó Huitzilapan de los Aztecas.—Río del Estado de Veracruz que desciende del Pico de Orizaba por la barranca de Chichiquila. Multitud de vertientes que proceden de las montañas Coatepec y Huatusco, aumentan el caudal del río, que toma el nombre de los Pescados ó Jalcomulco, tales son los de Teocelo, Piquiapa, Orduña, Comalapan y Jico. Los ríos de Santa María, Mirador, Paso de Ovejas, que se une al de Tolo-me y después al San Juan, entran al río de la Antigua por su margen derecha. El río pasa por las siguientes poblaciones: Jalcomulco, Apasapan, Puente Nacional y la antigua Veracruz, arrojándose al mar por la barra de la Antigua, después de un curso, desde el Pico de Orizaba, de más de 150 kilómetros.

Antigua. Punta de la costa Veracruzana, á los 19º 17' 20" de Lat. N. y 96º 17' 10" de Long. O. de Greenwich.

Antigua Posta. Rancho del partido y municipalidad de Apaseo, Estado de Guanajuato, con 52 habitantes.

Antigüedades en Yucatán. Por el favor de uno de nuestros colaboradores hemos tenido el placer de leer la preciosa obra que publicó el año de 43, Mr. Jhon Stephens, con el título de "*Incidents of travel in Yucatán,*" 2 tomos 4.º, con 120 grabados.

Este célebre escritor, autor de otras dos obras, "Relación de un viaje á Egipto, Arabia Petrea, y la Tierra Santa," y "Relación de un viaje á Centro-América, Chiapas y Yucatán" (aunque de este último departamento no habla con la extensión que lo hace en la obra que tenemos á la vista), este escritor, digo, es el viajero que ha hecho observaciones más interesantes sobre las antigüedades que tanto abundan en Yucatán.

Mr. Stephens pertenece al catálogo de los viajeros juiciosos y sensatos, que se hacen estimar de cuantos leen sus viajes. Muy al contrario del petulante Waldeck, á quien refuta en varios lugares de su obra, Mr. Stephens muestra en toda ella que posee en sumo grado la modestia, esa preciosa virtud, uno de los caracteres propios únicamente del verdadero sabio: en toda la obra no se encuentra una sola expresión que redunde en alabanza de nuestro ilustre viajero. La gloria, ese fanal de las almas grandes, el adelantamiento de la arqueología, ciencia que se conoce que ha sido siempre la pasión favorita de nuestro autor, la confirmación de las opiniones de los escritores de nuestra historia antigua; he aquí el objeto que parece haberse propuesto Mr. Stephens al escribir su "*Relación de un viaje á Yucatán.*"

Amenizada con descripciones pintorescas, desnuda de términos técnicos, y acompañada de observaciones científicas muy curiosas, la obra se lee con sumo agrado; y buscando en su lectura solamente un rato de disipación, se adquiere insensiblemente una regular instrucción sobre la arqueología de nuestro país, y se admiran las grandes obras de nuestros antiguos progenitores, tan dignamente elogiadas por nuestros historiadores.

Mr. Stephens ha visitado en Yucatán ruinas de palacios en nada inferiores á los justamente celebrados del Palenque; ha hecho observaciones sobre las bellezas y defectos de su arquitectura, y sobre el uso á que se sabe ó se supone, se consagraban estos soberbios edificios; ha encontrado en ellos varios ídolos y figuras humanas colosales, algunas que pueden presentarse como mode-

los de escultura; ha descubierto, en algunas excavaciones que ha practicado, vasos esculpidos en sus superficies interior y exterior con esquisito primor; ha admirado las inmensas cavernas artificiales para la custodia de los víveres, los depósitos de agua, y otras obras destinadas para el mejor régimen económico de los antiguos habitantes de aquellos lugares.

Por no hacer largo este artículo, pues estamos convencidos de que no es muy general el gusto por las antigüedades, nos contentaremos con referir sucintamente la descripción de dos de los más principales edificios de que Mr. Stephens habla en su *Viaje*.

El primero ha recibido, posteriormente á la época de la conquista, el nombre de *Casa de las Monjas*, y se encuentra en un lugar llamado *Chichen*, cerca de Valladolid.

La fachada está formada de piedra muy dura, toda labrada en su superficie con un hermosísimo realzado. Sus dimensiones son: 25 pies de altura y 35 de ancho. Sobre la puerta se hallan seis adornos que tienen la figura de una trompa de elefante. Al hablar Mr. Stephens de otro edificio que tiene también el mismo ornamento, dice que sus arquitectos indudablemente no se propusieron imitar la trompa de dicho animal, pues jamás lo conocieron: ¿pero no se podrá decir más bien, que esto puede servir de conjetura para creer que estos arquitectos descendían (según han opinado muchos sabios) de los antiguos egipcios, tan afectos á colocar el elefante en muchos de sus edificios? El de que vamos hablando, descansa sobre una plataforma ó terraplén de 32 pies de altura; y tiene para subir á él una suntuosa escalera de piedra, formada en el terraplén.

El segundo edificio de que nos hemos propuesto hablar en este artículo, es el magnífico palacio llamado vulgarmente *Casa del Gobernador*, y que está situada en *Uxmal*, á algunas leguas de Mérida. A pesar de haber morado muchos días en las ruinas de este palacio Mr. Stephens, dice que cada día encontraba en él muchas cosas dignas de admirarse: nada tiene que envidiar al más suntuoso de los del Panleque.

La fachada de la *Casa del Gobernador* presenta una extensión de 322 pies, descansando todo el edificio sobre tres magníficos terraplenes. Está formada toda la obra de piedra durísima y esquisitamente labrada. La pared, hasta la altura de las cornizas que hay inmediatamente sobre las puertas, presenta una superficie tersa, teniendo indicadas, como en nuestras obras de cantería las juntas de las lozas que las forman. Desde esta corniza al techo hay un hermosísimo arabesco realzado, de un gusto delicado, y de sumo trabajo. Las puertas que ahora se ven son once, pues hay dos arruinadas; pero en 1825 permanecían aún las trece puertas de la fachada. Sobre cada una de ellas se encuentra un hermoso ornamento labrado de la misma piedra del edificio. Representa á un personaje distinguido, colocado en un trono; y sobre su cabeza varios caracteres geroglíficos. Mr. Stephens cree que estas figuras que son todas diversas, representan á un cacique, á un sabio, á un guerrero, á un profeta, á un sacerdote, etc., que se distinguían en aquel tiempo, ó tal vez personajes históricos; y los caracteres acaso expresan la época de la construcción del edificio, y los nombres de los que cooperaron á ella.

Toda la pared en la parte superior, como ya hemos dicho, presenta dibujos realzados muy curiosos, y que nuestro viajero opina que tal vez todos son geroglíficos que designan varios hechos, que serían de una grande importancia para la historia, si se llegaran á descifrar. Por sus dos costados el edificio tiene una extensión de 39 pies cada uno, y solamente una puerta; y el realzado de la fachada los adorna, pues circunda las cuatro paredes del edificio; aunque el ornamento que se halla sobre las puertas del costado y las dos del respaldo, no

es de tanto mérito como el que según hemos descrito, se encuentra sobre las de la fachada. El techo del palacio es plano y cubierto de una mezcla muy consistente, que casi ha desaparecido, y hoy está sembrado de plantas silvestres, como sucede con todas aquellas ruinas que se hallan enteramente abandonadas.

El interior de la obra está dividido por el medio con una gruesa pared que recorre toda la extensión del edificio, y por otras paredes que forman las diversas salas que lo componen, todas distribuidas con mucha simetría. Dos de estas salas que se hallan en el medio, una en la parte anterior, y otra en la posterior, y que comunican con una puerta que es precisamente el punto céntrico del edificio, tiene cada una 60 pies de largo; y la que está en la parte anterior, tiene tres de las puertas que presenta la fachada.

En uno de estos aposentos, Mr. Stephens descubrió cosa muy curiosa, una viga (madera de zapote) preciosamente esculpida con geroglíficos: hallazgo que le dió á conocer los adelantamientos de los antiguos habitantes de aquellos lugares en el arte de labrar la madera.

La *Casa del Gobernador* descansa toda sobretres magníficos terraplenes ó plataformas artificiales, con sus correspondientes escaleras. El primero ó inferior, presenta una longitud de 575 pies; su altura 3 pies, y su extensión, desde el borde del último escalón hasta el primero del intermedio, 15. El segundo ó intermedio, tiene de largo 545 pies; de altura 20, y 250 de extensión en el mismo sentido que el anterior presenta 15. El tercero, sobre el que descansa el palacio, presenta al frente 360 pies; de altura 19; y su extensión, hasta encontrarse con el edificio, 30.—FRANCISCO DIEZ DE BONILLA.

Antoninos (RELIGIOSOS DE LA ORDEN DE S. ANTONIO ABAD). Esta Orden religiosa comenzó á establecerse hacia el año 1095, bajo el pontificado de Urbano II, con el motivo que vamos á expresar. Josselino, señor de la Moth-Saint-Didier en Viena, habiendo hecho una peregrinación á Jerusalem, había llevado de Constantinopla el cuerpo de San Antonio Abad, trayendo con él los eclesiásticos que tenían á su cargo esta reliquia. De vuelta á su patria, echó los cimientos de una iglesia, que fué concluida por Guignes-Didier, su pariente. Colocóse en ella el cuerpo del santo, y se llamaron algunos monges del monasterio de Monte Mayor, de la diócesis de Arles, para que se encargaran de su culto.

En el entretanto, una enfermedad contagiosa, conocida con el nombre de "fuego sagrado, ó de los ardientes," y llamada después "mal de San Antón," hacía terribles estragos en Europa; y como muchas personas atacadas de esta terrible peste recurriesen al parrocinio del Santo, y fuesen curadas milagrosamente, estendióse por todas partes la noticia, y acudió tanta multitud de enfermos á aquel lugar, que muy pronto fué imposible encontrar alojamiento para todos, de manera que la mayor parte se vieron en la necesidad de quedar espuestos á las inclemencias de las estaciones. Entonces Gastón, y su hijo Guerin, hombres acomodados del Delfinado, movidos del celo de la caridad, fundaron un vasto hospital para recibir en él á los apestados; consagrando toda su fortuna á este piadoso establecimiento. Su ejemplo excitó á varias personas piadosas á asociarse á estos trabajos, y tal fué el origen de la Orden de los hospitalarios de San Antonio Abad, que no tardó en difundirse por la Europa, la Asia y la Africa.

Los religiosos, al principio no tenían género de vida particular, ni hábito que los distinguiera, excepto el "tau, ó T griega," de color azul, que traían en sus capas, ni tampoco hacían voto alguno eclesiástico. Su instituto era recoger á los enfermos del "fuego sagrado," y cuidarlos en sus hospitales; y aunque muchos de estos carecían de bienes propios, la caridad pública proveía abundantemente á sus necesidades y las de los míseros

apestados. Lo mucho que se había extendido esta terrible enfermedad por todo el mundo, al grado de haberse hecho casi endémica en multitud de países, dió un crecimiento asombroso á esta congregación, cuyo gobierno fué dirigido durante más de dos siglos por 17 grandes maestros, que residían en Francia, de los que fué el último Aimon de Montagnes. Pero no todo este dilatado tiempo observaron su primer género de vida libre y sin ningún compromiso religioso; porque desde el año de 1208, estuvieron sujetos á la regla de San Agustín, por concesión de Inocencio III, recibiendo muchos las órdenes sagradas para auxiliar también á los pueblos en sus necesidades espirituales.

En 129 viendo el gran maestre que hemos citado, que el llamado "mal de San Antón" se había casi enteramente disipado, y temiendo que su Orden fuese también abolida, al mismo tiempo que el objeto que la había hecho establecer, acudió al papa Bonifacio VIII, suplicándole que la conservara, para asistir á los restos que aún quedasen de los apestados, ó para el caso de que el mal volviera de nuevo á presentarse, desempeñando sus religiosos, á favor de los pueblos, los ministerios eclesiásticos. Entonces los hospitalarios cambiaron su nombre en el de "canónigos reglares," quedando viviendo en sus mismas casas, ya sólo dedicados á las funciones sacerdotales, ó ya asistiendo á los enfermos de males análogos al "fuego sacro." En consecuencia de su nuevo estado, tomaron todas el traje clerical, aunque conservando siempre el "tau" azul; se establecieron todas las observancias monásticas; los superiores inferiores tomaron el nombre de priores, y el gran maestre el de abad, disfrutando de todos los privilegios generales y personales de que antes gozaban. En el Delfinado se conservó al abad, hasta principios del siglo XVII, el derecho de presidir á sus estados generales, en ausencia del obispo de Grenoble, y eran consejeros titulares del parlamento de la misma ciudad.

Los religiosos de San Antonio Abad vinieron á México en 1628, con su primer prior Fr. Gonzalo Gil, y se establecieron en uno de los suburbios, donde fabricaron un amplio hospital, y una iglesia aunque pequeña y de arquitectura muy sencilla, bastante sólida. En su tiempo debió estar adornada con toda la pompa y lujo que la época permitía: todavía se perciben hoy algunas pinturas al fresco, que no han podido destruir la humedad, el aire y el descuido: había también, no hace mucho, algunos cuadros notables, entre ellos el famoso alegórico llamado "de la Tentación," que estaba colocado bajo el pórtico, á la izquierda del patio que precede á la iglesia.

Casi nada nos dice la historia de estos religiosos, cuyo número nunca excedió de diez, los que venían de España, así como el nombramiento de prior. Lo único notable que se sabe es, que en ciertas festividades celebraban en un cáliz que había servido al papa S. Pío V, haciendo tocar durante el santo sacrificio una campana, que sólo tenía este uso; costumbre que hizo terminar por un decreto el Concilio IV mexicano.

Esta Orden, habiendo llegado á decaer en la Península, al grado de que la mayor parte de los conventos estaban desiertos, fué enteramente abolida, á solicitud del rey Carlos III, por un breve del Sr. Pío VI de 24 de Agosto de 1787, quedando secularizados sus religiosos y en clase de clérigos, aunque permaneciendo siempre con una corta pensión en sus antiguos conventos. Esto causó la ruina total del hospital de México, aunque permaneciendo siempre el templo, que quedó cerrado por muerte del último religioso que existía.—El día de hoy se ha edificado sobre aquellos escombros una fábrica de tejidos de algodón. La iglesia ha desaparecido de la vista del público; pero una torre, triste y solitaria que se eleva sobre unas casas ruinosas y de poca apariencia, dice á México: "Aquí fué San Antonio Abad."

—J. M. D.

Antiguo Gamotes. Congregación del municipio de Rayón, Partido de Hidalgo, Estado de San Luis Potosí.

Antiguo Morelos. Municipalidad del Distrito del Sur ó Tampico, Estado de Tamaulipas. Tiene 3,130 habitantes distribuidos en la villa de su nombre.—3 Congregaciones: Fortines, Lagarto y Cuisillo del Coyote.—Estancia de Rancho Nuevo.—24 Ranchos: Ojo de Agua, Terrero, Cruz de Caminos, Tepehuaje, Santa Cruz, Pachón, San Rafael, Calentura, Rincón de los Difuntos, Joya del Progreso, Santillana, Santander, San José del Sabino, Pueblo Viejo, Ramireño, Matillero, Roncha, Guadalupe, San Isidro, Loma de la Cabra, Pachoncito, Ahuacatito, Comejé y San Juan.

Antiguo Morelos, (antes Baltazar Morelos). Villa cabecera de municipalidad del Distrito del Sur ó Tampico, Estado de Tamaulipas, con 1,000 habitantes. Se halla situada á 140 kilómetros al O. del puerto de Tampico, en el camino para Ciudad del Maíz.

Antiguo Fresno. Rancho de la municipalidad de Angangueo, Distrito de Zitácuaro, Estado de Michoacán.

Antón Lizardo. Anclaje frente á la costa veracruzana, á 12 millas al SE. del puerto de Veracruz.—Este anclaje es seguro y cómodo, pues está bien protegido de los vientos del Norte, por los numerosos bancos y arrecifes que están á la entrada; es capaz de proporcionar abrigo á una escuadra numerosa. El fondo es excelente para arrojar el ancla, como que está formado de cieno y rocas calcáreas, y por la circunstancia de que el viento en esta parte de la costa nunca pasa de una brisa, que sopla sólo del N. y de N. NO.; el anclaje es tan seguro como en cualquiera bahía, pudiendo extenderse el fondeadero á una gran distancia al Sur. Al acercarse á Antón Lizardo, arribando las embarcaciones por la parte Sur, debe tenerse mucho cuidado de evitar los bancos de arena que están fuera del fondeadero al NE. como á 9 ó 10 millas de distancia, y que descubre la baja marea. Como en la alta marea las aguas raras veces suben 4 ó 5 pies, dichos bancos son siempre muy peligrosos. Al aproximarse á tierra en el invierno, hay frecuentemente una neblina que impide descubrir la costa, si no es hasta el momento en que los buques se hallan próximos á los bancos; en consecuencia, es mucho mejor que las embarcaciones entren por la parte del N.

Además, tiénense acerca de este puerto los importantes datos que siguen:

Antón Lizardo. Puerto en el Golfo de México á 22 kilómetros al SE. de Veracruz, á los 19° 0' 50" de latitud N. y 96° al O. de Greenwich, próximamente; al N. y NE. de la costa se encuentran los arrecifes de la Blanquilla, Chopas, del Medio, el Rizo, la Cabeza, Anegada de Afuera, Topatilla, Anegadilla y Guilla. Entre los arrecifes Chopas y Blanquilla, y la costa, se encuentra el buen fondeadero que alcanza á 16 y 17 brazas.

Este puerto está formado mediante el abrigo ó protección que da la posición de los arrecifes ó bajos, (comenzando por el O.) de la Blanquilla, de Chopas, del Palo, del Medio y del Rizo, que es directamente á barlovento, de esa parte de la costa en que se ha establecido Antón Lizardo.

Según el Comodoro Uyman de la Oficina Hidrográfica de la Secretaría de Marina de los Estados Unidos, "es un fondeadero á la vez seguro y espacioso, perfectamente abrigado en contra de los tiempos del N. por los numerosos arrecifes que lo circundan por barlovento. Puede dar cabida á una numerosa escuadra, teniendo un fondo excelente de lodo espeso y gredoso. Con excepción del N. y N. NO., de ningún otro punto del compás soplan sino brisas moderadas, razón por la cual, es puerto tan seguro como los que más, siendo además susceptible de ser extendido hacia el S."

Los buques que recalen por el lado Sud del Puerto,

deben tener en buen resguardo los arrecifes situados al NE. del fondeadero (Chopas y Rizo), los cuales en la baja marea quedan en seco. Al hacer recalada en la estación de los Nortes, permanece generalmente en esta costa una espesa niebla, que impide ver la tierra hasta no estar casi sobre la línea exterior de los arrecifes que la circundan. Es tal vez más conveniente el hacer el Puerto por el lado Norte, y entrar en él por entre el bajo de la Blanquilla y la costa de Sotavento; teniendo á la población por el costado de estribor.

Según el Capitán Berowett de la Marina Británica, en su compilación hidrográfica "The West India Pilot," el Puerto Antón Lizardo es más seguro y abrigado que el que ofrece la Isla de Sacrificios; y mientras más próximo al bajo de Chopas se fondée, más agarra el ancla. Las instrucciones de este hidrógrafo para hacer este puerto son las siguientes:

"Con Cayo Verde á un largo de Veracruz, en demora al NO. cuarta al N., gobernando al SE. cuarta al S. se hace proa al Bajo ó Isla de la Blanquilla que demora al N. cuarta al O. unas 2 millas de la población de Antón Lizardo, y que se percibe bien desde alguna distancia. A poco andar se ven distintamente las blancas casuchas del puerto, y tan luego como esto suceda se gobierna á ellas teniéndolas al SE. Cuando el Cayo ó Isleta de Salmédina, situado sobre la extremidad meridional del Bajo Chopas, demore al E. cuarta al N., se gobernará sobre él teniendo cuidado de no tener á dicho Cayo en rumbo más al E. que el indicado, hasta que el caserío de Antón Lizardo demore al S. cuarta al E., para evitar la restinga que de la Blanquilla se extiende en dirección SE. como $\frac{1}{2}$ milla; y hasta ver que los arrecifes del lado de la costa en frente á Blanquilla se extienden como á $\frac{3}{4}$ de milla de la playa, y son tan acantilados que en su proximidad salta la sonda de 16 á 8 y de 8 á 2 brazas de agua."

Puerto Antón Lizardo demora al SE. de Punta Mocambo sobre $8\frac{3}{4}$ millas, según la Carta número 406 de la oficina hidrográfica de los Estados-Unidos, y al E. SE. de Medellín (Río) unas 7 millas. Su situación geográfica es, latitud $19^{\circ} 3' 8''$ N., y longitud 96° O. de Greenwich. Su fondeadero le demora al NE.; y el canal de entrada entre Blanquilla y el nivel de los bajos que circundan por el N. al Puerto, no tiene ni una milla de anchura.

Por decreto de 22 de Diciembre de 1881, fué abierto este puerto al comercio extranjero; pero no pudiendo importarse otras mercancías por él, más que las destinadas á la construcción del Ferrocarril Meridional Mexicano, interín la compañía del citado ferrocarril, no haya construido cuarenta kilómetros de la vía respectiva.

Antón Lizardo. Punta de la costa veracruzana, á unas 12 millas al SE. del Puerto de Veracruz. $19^{\circ} 3' 16''$ latitud N., y 96° de longitud O. de Greenwich ó sean $3^{\circ} 6' 45''$ al E. de México.

Antonio de la Concepción (FR). En el siglo, FERNANDO VIRUÉS, fué olvidado por el Dr. Beristáin en su Biblioteca, y honrosamente mencionado en la del Dr. Eguiara y en la Crónica de su provincia. Nació en Durango é hizo en Puebla su profesión religiosa á la edad de 19 años, en el monasterio de religiosos descalzos de San Diego, el día 8 de Julio de 1660. Hablan con elogio de los actos literarios que por muchos días sostuvo en la Universidad de México para obtener la borla de teología, cuya facultad y la de filosofía profesó después en México. El Sr. Eguiara lo elogia como orador sagrado, y dice escribió: 1.^o *Cursum philosophiæ.* 2.^o *Tractationes Theologicas.* 3.^o *Conciones varias.*

Antonio (NIETO DEL CELEBRE XICOTENCATI, Y SU SUCESOR). Mártir mexicano de los primeros tiempos de la conquista. La historia de su martirio la refiere uno de nuestros antiguos escritores en los términos siguientes: El año de 1529 llegó á Tlaxcalla un religioso de

Santo Domingo llamado Fr. Bernardino Minaya, que iba con otro compañero para Oaxaca; y habiéndose hospedado en el convento de San Francisco, del que era actual guardián el V. Fr. Martín de Valencia, le pidió algunos de los niños que allí se educaban, con el fin de aprender el idioma, y que en el entretanto le sirviesen de intérpretes para predicar á los gentiles. Ofreciéronse tres de ellos, nuestro Antonio, otro llamado Juan y otro Diego, los que partieron con la bendición del siervo de Dios; no sin haberles dado antes muchos consejos y manifestádoles los peligros á que se exponían y que ellos voluntariamente abrazaban. A pocos días llegaron los religiosos á la ciudad de Tepeaca, muy contentos con los niños que los acompañaban, y comenzaron á predicar en la dicha ciudad que entonces era sumamente populosa. Llegó á noticia de los misioneros que los gentiles ocultaban los ídolos, y comisionaron á los niños para que los buscasen por todas partes. Antonio y sus compañeros desempeñaron tan bien su comisión, que dentro de poco fueron entregados al fuego ó hechos pedazos cuantos pudieron haber á las manos, que fueron muchos. Pero mirando que ya no hallaban allí más ídolos, se desviaron una legua de Tepeaca á los pueblos de Tecali y Quauhtinchán, que eran de muchos vecinos; y de unas casas del primero se sacaron el niño Antonio y el llamado Juan algunas figuras idolátricas, y se las llevaron para entregarlas á los religiosos. Al día siguiente hicieron la misma operación en el pueblo de Quauhtinchán; y hallando una casa sola á la entrada con un muchacho que la cuidaba, Juan se quedó entendiéndole á la puerta, mientras Antonio se introdujo al interior á buscar los ídolos. Ya los del pueblo andaban alborotados por aquellas religiosas expediciones de los niños cristianos, y acaso el dejar la casa sola fué una celada que les pusieron, porque apenas se hallaba Antonio dentro, cuando multitud de gentiles dieron sobre Juan, y á grandes golpes con un grueso palo de encino le quitaron la vida. Al ruido salió Antonio, y como vió la crueldad grande de aquellos homicidas, que habían postrado por tierra á su compañero, no sólo no huyó, sino que con un ánimo superior á su edad, les dijo: "¿Por qué matáis á mi compañero? Si hay alguna culpa, no la tiene él, porque yo soy el que os quitó los ídolos, porque sé que son demonios y no dioses: dejad á ese que no es culpable, pues yo soy el que me los llevo." Apenas hubo acalado estas palabras, cuando se dirigieron á él y lo mataron, dándole muchos palos en la cabeza y por todo el cuerpo. El valeroso soldado de Jesucristo no hizo la menor resistencia, é invocando su santo nombre y ofreciéndole su muerte, le entregó su bendita alma. Los cuerpos de estos santos niños fueron arrojados á unas barrancas, de donde habiéndose averiguado el suceso, fueron sacados y sepultados honoríficamente en el convento de Tlaxcalla. Grandes cuestiones se han suscitado sobre si á estos niños, así como á Acxotecatl, puede dárseles el título de mártires. Por lo que hace á nosotros, aunque no por lo dicho queremos que queden ellos canonizados, pues esta declaración toca únicamente al Sumo Pontífice, vicario de Cristo en la tierra; advertiremos, sin embargo, que siendo la forma y esencia del verdadero martirio el ser muerto "in odium Fidei," bien puede nombrárseles así piadosamente, sin que obste la causa de su muerte ni tampoco su edad: no la primera, porque sabido es que no padecieron por otro motivo que el de quebrar los ídolos de sus padres, Santa Cristina y Santa Catarina; y por lo que hace á la corta edad, además de los famosos San Justo y San Pastor, mártires de Alcalá, San Agapito, San Vito, San Celso, San Víctor, Santa Prisca y otros niños de diversas épocas que podíamos citar, con nuestro santo paisano el B. Felipe de Jesús fueron crucificados dos niños, uno llamado Luis y otro Antonio, ambos casi de la edad de los nuestros. El dón y merced del martirio no es de

los hombres, como dice San Pablo, sino de la voluntad divina, ni lo alcanza el que corre ni el que quiere, sino únicamente aquel á quien Dios se lo da y comunica.

—J. M. D.

Antonio Juan. Barrio de la municipalidad de San Salvador, Distrito de Actopan, Estado de Hidalgo, con 502 habitantes.

Antonio Perez Villareal. Congregación de la municipalidad de Bustamante, Estado de Nuevo León.

Autún. Finca rústica de la municipalidad y partido de Maxcanú, Estado de Yucatán.

Antunchéen. Hacienda de la municipalidad de Tenabo, partido de Hecelchakán, Estado de Campeche.

Antunes. Sierra mineral, que se extiende de N. á S. entre los ríos de Horcasitas y Sonora, en el Estado de este nombre. Sus minas de oro son muy antiguas. Posee igualmente minas de cobre, pero hoy todas se encuentran abandonadas.

Anunciación (FR. ALONSO DE LA): de la Orden de Santo Domingo, cuyo instituto profesó en el convento de México á 3 de Octubre de 1554. Fué excelente ministro de los indios zapotecos, cuya lengua hablaba muy bien. Después de gobernar varios conventos, falleció desgraciadamente en el de Etna, de la diócesis de Oaxaca, el día de la solemnidad del *Corpus*, en que estándose representando en la iglesia un *Auto Sacramental*, se vino al suelo una tribuna, que entre otras cien personas, lastimó gravemente á nuestro Fr. Alonso, quien murió á las dos horas, habiendo, sin embargo, tenido el cuidado de reservar el Santísimo Sacramento. Escribió, según Pinelo; una "Historia de la provincia de Santo Domingo de México." Mas á pesar de la autoridad de este erudito bibliógrafo, á quien siguieron D. Nicolás Antonio, Altamura, y otros, parece más probable la opinión de los críticos franceses Quetif y Echard, que en su obra *Scriptores Ordinis Prædicatorum*, dicen que se equivocó Pinelo atribuyendo á este Fr. Alonso la *Historia* que verdaderamente escribió Fr. Domingo de la Anunciación. Lo que se confirma con el silencio que de este escrito guarda el Illmo. Dávila, cronista de los dominicos de México, cuando escribe la vida de Fr. Alonso; siendo mayor argumento todavía, que haciendo dicho Dávila mención individual de las *Historias MSS.* de su provincia, que las de los PP. Moguer, Casas, Castelar y Fr. Domingo de la Anunciación, ni palabra dice de Fr. Alonso.—BERISTAIN.

Anunciación. (FR. DOMINGO DE LA): natural de Fuente Ovejuna, en la diócesis de Córdoba; llamábase Juan, y cambió de nombre al tiempo de profesar en el convento de Sto. Domingo de México, el 8 de Marzo de 1532; ordenóle de presbítero el Illmo. Dr. Fr. Julián Garcés, Obispo de Tlaxcala; é instruido en el idioma mexicano, trabajó por espacio de 50 años en la enseñanza de los indios, mostrando especialmente su celo y caridad en la asoladora peste de 1545. Visitó también las Floridas, á donde fué enviado por el virrey con otros religiosos de su Orden, y de vuelta á México continuó su vida apostólica y sus penitencias. Algunos años antes de morir perdió la vista, y se retiró á su convento de México, donde falleció de edad de 80 años en el de 1591.—Escribió "Doctrina Cristiana" en lengua mexicana, México, 1545.—"Vidas de varios religiosos de la provincia de Santiago de Predicadores." MS.—"Del auxilio y fomento de los indios." Obra escrita en latín, por el P. Casas, y puesta en castellano.—BERISTAIN.

Anunciación (FR. JUAN DE LA): natural de Granada; tomó el hábito de S. Agustín á los principios de fundada la provincia del Smo. Nbre. de Jesús, de la que fué singular ornamento: fue dos veces definidor, y murió en 1594 de 80 años de edad, dejando escrito: "Doctrina cristiana muy cumplida, donde se contiene la exposición de todo lo necesario para doctrinar á los indios, y administrarles los Stos. Sacramentos." México, por Pedro Balli, 1575, en 4º Está en mexicano y castellano.—"Sermonario en

lengua mexicana, con un catecismo en lengua mexicana y española, con el calendario." México, Antonio Ricardo, 1577, en 4º—"Sermón moral sobre la bula de la cruzada en idioma mexicano." México, 1577, en 4º.—D. Nicolás Antonio se equivocó, atribuyendo á Fr. Juan unos sermones en lengua tagala, y mucho más en decir que este idioma era propio de los indios mexicanos.—BERISTAIN.

Anzaldo. Hacienda de la municipalidad de San Angel, Prefectura de Tlalpam, Distrito federal, á 4 kilómetros al S. O. de la cabecera municipal.

Anzaldos. Rancho de la municipalidad de Reynosa, Distrito del Norte, (Matamoros), Estado de Tamaulipas.

Anzures. Rancho de la municipalidad y Distrito de Puebla, Estado de este nombre.

Añañe San Pedro. Pueblo con agencia municipal, Distrito de Teposcolula, Estado de Oaxaca, con 512 habitantes, de los que 270 son hombres y 242 son mujeres, por lo cual tiene Agencia municipal compuesta de un agente y dos regidores. Yodoñaña, significa en mixteco: Llano del coyote. Etimología: Yodo, *llano*; ñaña, *coyote*.

Situación geográfica y topográfica.—Está comprendido entre los 17º 33' de latitud N., y 1º 44' 40" de longitud E. del Meridiano de México. El terreno en que se ubica es una loma, teniendo de E. á O. 4 cuadradas y de N. á S. 5.

Límites.—Confina al E. con Yanhuitlán, al O. con Teposcolula, al N. con San Juan Teposcolula y al S. con Tiltepec.

Extensión.—La extensión superficial del terreno es de 2 leguas cuadradas. Su mayor largo de E. á O. y su mayor ancho de N. á S. es de legua y media.

Altitud.—Está situado este pueblo á 1,590 metros de altura sobre el nivel del mar.

Temperatura.—Su clima es frío seco, y el aire dominante es del E.

Viento á que queda esta población.—Está al E. de la cabecera del distrito, y al O. de la Capital del Estado.

Distancia.—Dista de la primera 4 leguas y de la segunda 29.

Orografía.—Hay una cordillera de N. á S. que nombran *Yucuyacua*, que se forma en terrenos de este pueblo y se introduce en los de Teposcolula. Al E. hay una cadena que forman los cerros de *Cauyata*, el de *Yucutahua* y sigue hácia al O. hasta el cerro *Yucudigama* que se enlaza con el cerro del Cacahuate, que se introduce en terrenos del pueblo de Tiltepec.

Hidrología fluvial.—Hay dos ríos: uno al N. que se dirige al O. llamado *Yusasahdan*, que nace en terrenos de Pozoltepec y desemboca en terrenos de Suchistlán á distancia de una legua; otro al O. que nombran *Sahayucuyaco*, que nace en terrenos de este pueblo á distancia de un cuarto de legua, y desemboca al E. en terrenos de Suchistlán en donde se une con el anterior.

Ojos de agua.—Solo hay un ojo de agua dulce y delgada en el centro de la población, que nombran *Yusayoto* y de él hace uso el vecindario.

Edificios públicos.—Tiene los siguientes:

Un templo católico construido de adobe y techo de vigas, que tiene 30 varas de longitud, 14 de latitud y 8 de altura; su valor es de \$6,000.

En dicho templo hay una torre en donde están colocadas cuatro campanas. La primera fué fundida en el año de 1714; la segunda en el mismo año, y la tercera y cuarta se ignora; el valor de dichas campanas es de \$400.

Junto al templo y al costado derecho, está la sacristía. Tiene 10 varas de largo por 6 de ancho y 6 de altura, y vale \$570.

El átrio mide 60 varas en cuadro y tiene sus cuatro ermitas. Su construcción es de adobe, en valor de \$60.

La casa cural, mide 6 varas de largo por 6 de ancho y vale \$450.

Al N. y á distancia de una cuadra, está situada una capilla construida de adobe y techo de vigas, que mide 12 varas de largo, 7 de ancho y 7 de altura, y vale \$580.

Una casa municipal construida de adobe y techo de vigas y tejamanil. Mide 12 varas de largo, por 5 de ancho y 6 de altura; su valor es de \$460.

Una cárcel de los mismos materiales, vale \$150.

Un panteón que está situado al S. á distancia de 500 varas de la población: su construcción es de mampostería. Mide 60 varas de largo y 45 de ancho y su valor es de \$25.

Agricultura.—En este pueblo siembran maíz, trigo largo y trigo pelón. En los cerros hay encinos, enebros y ocotales, de los que hacen yugos, timones, vigas, horcones, tejamanil y otros útiles de labranza.

Industria.—Se dedican los vecinos al laborio del campo, y otros son jornaleros.

Comercio.—Solo lo hacen fuera de la población en semillas.

Carácter de los habitantes.—Son pacíficos, de costumbres moralizadas y entregados al trabajo. Profesan la religión católica.

Historia.—Se ignora la fecha de la fundación de este pueblo por no tener títulos; pero se cree por algunos documentos que obran en su archivo, que fué en el año de 1750.

Fenómenos físicos.—Solo se recuerda el terremoto de 16 de Julio de 1882, y el de 4 de Octubre de 1864, que le hizo varias cuarteaduras al templo y á la capilla.

Añejos. Rancho de la municipalidad de Abasolo, Distrito del Centro, Estado de Tamaulipas.

Añileras. Rancho del municipio de Tancítaro, distrito de Uruapan, Estado de Michoacán, con 100 habitantes.

Añiles. Celaduría de la Alcaldía de Palma Sola, Distrito de Mazatlán, Estado de Sinaloa.

Añuma Santa María. Pueblo y municipalidad del Distrito de Nochistlán, Estado de Oaxaca, con 147 habitantes, de los que 74 son hombres y 73 mujeres, por lo cual tiene Agencia municipal compuesta de tres agentes. Nuñuma significa en mixteco: Pueblo del humo ó pueblo de las nieblas. Etimología: ñu, *pueblo*; ñuma, *humo ó neblina*.

Situación geográfica y topográfica.—Está comprendido entre los 17° 32' 18" de latitud N., y los 2° 3' de longitud E. del Meridiano de México. El terreno en que se ubica es una loma de tierra blanca, con cañadas por todos los extremos. Su vista no es agradable por lo mal dispuestas que se hallan las casas de sus habitantes, así como la de sus calles.

Límites.—Confina al N. con la cabecera; al E. con Sachio; al S. con el mismo pueblo y al O. con Santa María Tintú.

Extensión.—La extensión superficial del terreno es de 1½ leguas cuadradas. Su mayor largo de E. á O. es de ½ legua, y su mayor ancho de N. á S. es de 1.

Altitud.—Está situado á 1,770 metros de altura sobre el nivel del mar.

Temperatura.—Su clima es frío; sin embargo, en los meses de Abril y Mayo es templado. El aire dominante es el del N.

Viento á que queda este pueblo.—Está al S. de la cabecera del Distrito, y al O. de la Capital del Estado.

Distancia.—Dista de la primera 1½ leguas y de la segunda 24.

Orografía.—En los terrenos de este pueblo nace una cordillera de cerros que pasa por los de Jaltepec, Nuxiño y parte de los de Nuxaa que va á concluir en los de Zautla del Distrito de Etna. El cerro que comienza á formar cordillera, tiene de altura sobre el nivel del mar 2,250 metros.

Hidrología fluvial.—En los terrenos de este pueblo existe un arroyo que corre de O. á E.; queda á distancia de 5 cuerdas del pueblo. Nace en el paraje de las Salinas, terrenos de este mismo, y va á desembocar en el río de San Juan Sosola.

Edificios públicos.—Hay un templo construido de cal y canto, y techo de terrado. Mide 30 varas de longitud, por 7 de latitud; su valor es de \$3,000.

Las casas municipales se forman de dos piezas del mismo material, que miden 8 varas de longitud, por 5 de latitud, sirviendo una para las oficinas del agente y alcalde, y la otra para prisión; su valor es de \$400.

Un panteón cercado de piedra; su valor es de \$50.

De todos estos edificios se ignora la fecha de su construcción.

Historia.—No se conoce ni por la tradición ni por documento alguno del archivo municipal, la época de la fundación de este pueblo. En el año de 1717 el gobierno colonial le expidió sus títulos.

En el año de 1843, á causa del cólera morbo murieron muchos habitantes.

Aoachantla. Barranca en Ahuacatlán del Mineral de Tlaxmalac á Chaucingo, de la municipalidad de Teloapan, Distrito de Aldama, Estado de Guerrero. Su mina hoy paralizada, es de plata: San Aparicio.

Aolicholoaya. Hacienda de la municipalidad y Distrito de Huejotzingo, Estado de Puebla.

Aora. (FR. JUAN DE): natural de Flandes, y uno de los tres primeros religiosos de San Francisco que vinieron á nuestra América el año de 1523; era sacerdote antiguo en su religión, y bastante viejo cuando vino á nuestro país: el famoso Fr. Pedro de Gante lo mandó á la ciudad de Tetzcuco, donde se dedicó á convertir á los indios con sumo trabajo, porque apenas le fué posible hacerse entender de los naturales; y sin embargo, con el mismo valor con que en tan avanzada edad dejó las comodidades de su patria para venir á anunciar la nueva de salud á los gentiles recién descubiertos, con el mismo trabajó en esta nueva viña del Señor, aunque no por mucho tiempo, por haber recibido á pocos meses el premio de sus apostólicos deseos. Fué el primer misionero que murió en nuestra América, y el primer cura de la dicha ciudad de Tetzcuco: su cuerpo fué sepultado en la pequeña capilla que se edificó en ella con el título de San Antonio de Padua, de donde fué trasladado á la iglesia nueva que se edificó después, siendo guardián el venerable Fr. Toribio de Montolinía. Al hablar de este siervo de Dios y de sus otros dos compañeros, el citado Fr. Pedro de Gante y Fr. Juan Tecto, de que trataremos en su respectivo lugar, llama la atención que los tres hubieran sido flamencos, es decir, naturales de uno de los dominios de la corte de España, el primero en haber hecho su independencia del gobierno de aquella monarquía.—J. M. D.

Apacingo. Cuadrilla del Distrito y municipio de Tetecala, Estado de Morelos, con 75 habitantes.

Apachahuala. Rancho de la municipalidad de Chiconamel, Cantón de Tantoyuca, Estado de Veracruz.

Apaches. Sierra, al N. de Sacramento, Distrito de Monclova, Estado de Coahuila.

Apaches. De las diversas emigraciones que las tribus desconocidas del Norte hicieron en remotos tiempos para establecerse en los países fértiles del Sur, apenas puede señalarse alguna de ellas con precisión. Aquellos pueblos, de un mismo origen, ó provenientes de diferentes familias, trajeron al llegar al terreno actual de la República distintos idiomas, dioses y costumbres. A medida que la necesidad los empujaba de su patria, y el cansancio de la peregrinación ó la hermosura del suelo los obligaban á fijarse, unos dejaban sus instintos groseros, se pulían, se organizaban en naciones; los otros, apegados á los antiguos usos, proseguían viviendo en su vida aventurera. Los utmecas, los zapotecas, los xica-

lancas, los toltecas, los mexicanos y otras muchas tribus formaron establecimientos permanentes, fundaron ciudades, se constituyeron bajo leyes fijas; pero los otómecas, los chichimecas, y muchos más, no abandonaron nunca su barbarie, tuvieron á menos deponer sus costumbres primitivas, y conservaron su feroz independencia, resistiendo tenazmente con las armas los avances de la civilización. La diferencia era tan notable, que cuando los mexicanos llegaron á enseñorearse del país, abarcando en su monarquía casi todos los señoríos levantados por los primeros pobladores, se daban á sí mismos el nombre de toltecas pulidos ó civilizados, y distingulan desdeñosamente á los pueblos cazadores, que vagaban más allá de su frontera del Norte, con el epíteto de chichimecas, broncos ó salvajes, á semejanza de los romanos, que en su orgullo llamaban “barbari” á cuantos no habitaban en el Latio.

Hecha la conquista, los grandes imperios quedaron subyugados del todo, mientras las tribus bárbaras conservaron su nativa independencia. La raza blanca fué aumentando poco á poco; á proporción que crecía se ensanchaba: para extenderse tenía que ahuyentar delante de sí á los poseedores del terreno, incapaces de reducirse á la vida doméstica, y de este esfuerzo resultaba la lucha sangrienta y sin cuartel que siempre se ha mantenido en la frontera. La conquista, pues, no terminó con la toma de México, ni con haberse Michoacán dado de paz, ni con las expediciones de Nuño de Guzmán, de Vázquez Coronado, de D. Antonio de Mendoza, ni de Ibarra; la guerra prosiguió durante los 300 años de la dominación española, dura aún, feroz y encarnizada como en los primeros días, sin haberse aventajado otra cosa, que oír más lejos de la capital los alaridos del salvaje. En un combate continuo, retrocediendo ahora, avanzando después, los colonos han proseguido por tres siglos la obra lenta de extender el dominio de los blancos: cada palmo de tierra se ha disputado vivamente, cada pueblo ha costado mil vidas, cada surco antes de brotar el gráño fué abonado profusamente con sangre: así se ha ganado el Norte de la República.

Para llegar al punto adonde hoy llega la civilización, hubo otro medio más poderoso que las armas: los misioneros. Solos, sin más defensa que su virtud y su profundo amor de la humanidad, sencillos y entusiastas, confiados porque tenían fe, fuertes y valerosos porque iban á ejecutar el bien, se metían tranquilos á predicar el Evangelio en los aduares de los bárbaros: tanto hacían, que lograban convencer los ánimos obstinados, y entonces plantaban una cruz, á cuyo pie venían á deponer su ferocidad las tribus indias. Cuando la misión se convertía en pueblo, se pasaba adelante, y así se iban avanzando las fronteras.

Mas tamaños esfuerzos no bastaron para aniquilar á los bárbaros; subsisten aún en naciones numerosas, siempre en guerra, como una protesta viva contra la conquista. Los que antes se llamaban chichimecas colectivamente, al irse conociendo se descubrió que no eran un solo pueblo, que no tenían homogeneidad ni en su lenguaje, ni en sus costumbres; que una misma tribu se subdividía en varias fracciones con nombres tomados de los ríos, de los animales, de las cualidades morales que se querían atribuir; y de aquí que no sea fácil ni aún enumerar siquiera el número de esas parcialidades errantes y removedizas, que por todas partes se encuentran sin domicilio fijo.

Entre las tribus más temibles se cuentan los apaches, de los cuales vamos á dar una idea. Nos servirán para ello las noticias que, en el Paso del Norte, escribió en 1796 el teniente coronel D. Antonio Cordero, por encargo del comandante general, mariscal de campo D. Pedro de Nava: de ellas extractaremos á veces, y otras copiaremos.

Los apaches pueden dividirse en nueve parcialidades,

que ellos llaman “vinnietinen-ne, segatajen-ne, tejuicujen-ne, iccujen-ne, intajen-ne, sejen-ne, cuelcajen-ne, lipajen-ne, y yutajen-ne,” que corresponde en español á “tontos, chiricaguís, gileños, mimbrenos, faraones, mescaleros, llaneros, lipanes, y navajoes.” Todos hablan el mismo idioma, aunque varía el acento en algunas palabras, sin que por eso dejen de entenderse.

La lengua apache, de pronunciación gutural, no es tan difícil como aparece á primera vista, y acostumbrado el oído, no carece de dulzura y de cadencia: escasa de frases y pobre de voces, tiene que hacerse para hablar una repetición molesta, y de ahí que la conversación sea difusa: algunas palabras son difíciles de pronunciar para los mismos indios.

Reconocen la existencia de un Ser Supremo Criador, á quien apellidan “Ya-tasitasitan-ne,” capitán del cielo; pero considerando que formó á las criaturas para su entretenimiento, y no atribuyéndole que sea vengador ni remunerador, no le dan culto alguno, ni le dedican ningún objeto. Como para ellos después de cierto tiempo todo se aniquila, no se preocupan por el porvenir, ni tienen en cuenta lo pasado, gozando del presente, que es cuanto les interesa: quieren, sí, estar de acuerdo con el mal espíritu, por ser el dispensador de los sucesos prósperos ó adversos. Carecen por consecuencia de sacerdotes, y en su lugar tienen adivinos, que están en relaciones con los seres invisibles; indios taciturnos, adustos, y misteriosos, hacen este oficio, que lleva anexo la práctica de la medicina: curan con yerbas, ensalmos, cantos y símbolos cabalísticos, dando además respuestas oscuras y ambiguas á las consultas de los crédulos. Gozan estos adivinos de sumo favor en las tribus, llamándoles de muy lejos y pagándoles largamente sus curas y sus oráculos.

Educado el apache al aire, libre y nutrido con alimentos simples, adquiere un vigor extraordinario, y se hace casi insensible á las estaciones; el continuo movimiento en que vive para buscar caza ó huir de sus enemigos, lo hace ágil y ligero hasta ser en aguante y velocidad superior á un caballo, al menos en los terrenos escarpados; y padece de pocas enfermedades, porque muda de continuo de lugar para respirar aires sanos, mirando con tanto cuidado por su salud, que no tiene empacho en abandonar á sus enfermos cuando cree le puedan contagiar. Glotón en extremo si posee provisiones, es sóbrio de una manera increíble si le falta el sustento, aguantando por muchos días sin perder nada de su fortaleza. De temperamento bilioso, añade un carácter astuto, desconfiado, inconstante, atrevido, soberbio y celoso de su libertad é independencia; su color y talla diferencia en cada cantón; mas todos son morenos, bien proporcionados, de ojos vivos, cabello largo, sin barba, y pintada la astucia en el semblante.

Pueblo cazador, vive en persecución de la bura, el venado, el berrendo, el oso, el jabalí, el leopardo y el puerco espín; recoge las frutas que espontáneamente le da el suelo, como la tuna, el dátíl, la pitalla, la bellota y el piñón: su manjar favorito es el mescal, que sacan del cogollo del maguey, del sotol, de la palmilla y de la lechuguilla, cociéndolo á fuego lento del mismo modo que la barbacoa. Hace también sémola ó pinole de la semilla del zacate, que recoge con paciencia en la estación, y alguna vez cosecha maíz, calabaza, frijol y tabaco, en muy cortas cantidades, y de lo que sin trabajo puede lograrse: cuenta entre sus maneras de vivir, los robos que pueda realizar en sus expediciones.

Elige para morada las sierras escarpadas, y sus chozas son circulares, de ramas, cubiertas con pieles de caballos, vacas ó cibolos.

Hombres y mujeres visten de pieles curtidas: aquellos se las acomodan al rededor del cuerpo, quedándoles los brazos libres; cubren la cabeza con un bonete ó gorro, adornado con plumas ó con cuernos; llevan en los pies